

DRAMATURGAS MEXICANAS DEL SIGLO XX TOMO I

Gabriela Ynclán
Compiladora



Universidad Autónoma
del Estado de México



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctor en Ciencias Computacionales

José Raymundo Marcial Romero

Secretario de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales

Martha Patricia Zarza Delgado

Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua

Francisco Zepeda Mondragón

Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación

Octavio Crisóforo Bernal Ramos

Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

Eréndira Fierro Moreno

Secretaria de Administración

Doctora en Ciencias Administrativas

María Esther Aurora Contreras Lara Vega

Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho

Luz María Consuelo Jaimes Legorreta

Abogada General

Maestra en Salud Animal

Trinidad Beltrán León

Secretaria Técnica de la Rectoría

Licenciada en Comunicación

Ginarely Valencia Alcántara

Directora General de Comunicación Universitaria

Doctor en Ciencias Sociales

Luis Raúl Ortiz Ramírez

*Director de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales Región A
y Encargado del Despacho Región B*

Dramaturgas mexicanas del siglo xx

Tomo I

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Gabriela Ynclán
Compiladora

**DRAMATURGAS
MEXICANAS DEL SIGLO XX**

TOMO I



Universidad Autónoma del Estado de México

"2024, Conmemoración del 60 aniversario de la inauguración de Ciudad Universitaria"

Primera edición, julio 2024

DRAMATURGAS MEXICANAS DEL SIGLO XX

Tomo I

Gabriela Ynclán

Compiladora

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-865-0

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Edith Díaz Porras

Coordinación de diseño y portada: Luis Maldonado Barraza

Corrección de estilo: Edith Muciño Martínez

Diseño y formación: Jarini Toledano Gil



Contenido

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	11
CATALINA D'ERZELL Gabriela Ynclán	13
LA CIÉNEGA Catalina D'Erzell	15
CONCHA MICHEL (1897-1950) Álvaro Espinoza	85
CAUTIVERIO EN LIBERTAD Concha Michel	87
AMALIA CASTILLO LEDÓN Gabriela Ynclán	109
BAJO EL MISMO TECHO (1941) Amalia Castillo Ledón	113
MAGDALENA MONDRAGÓN Gabriela Ynclán	191
LA SIRENA QUE LLEVABA EL MAR Magdalena Mondragón	193

PRÓLOGO

El teatro occidental nace como un ritual, un canto a Dionisio (dios del vino y del placer), un coro que hablaba desde la orquesta y una skené o escena que era ocupada por los actores. El teatro debe seguir conservando su ritualidad, y así será mientras convoque al público y lo haga partícipe de lo que se representa en la escena. Escribir teatro también es un ritual, los dramaturgos entran en él cuando imaginan y escriben la obra; cuando la trabajan y la comparten con otros escuchas o lectores.

Los rituales que presentamos en esta antología son los de la dramaturgia femenina de inicios del siglo xx.

Las mujeres que irrumpieron en la escritura del teatro desde la época de la Colonia se abrieron paso a pesar de los obstáculos, ahí estuvo Sor Juana, la más grande de su momento, a la que nadie pudo eclipsar. Las mujeres escribieron teatro en la época juarista, durante el Porfiriato dieron también testimonio. Y al llegar el siglo xx, como nunca antes, entraron literalmente a la escena, recorrieron el telón rojo y se volvieron una pieza importante dentro de la literatura. Ellas hacían periodismo, novela, eran actrices, directoras, y le dieron al teatro mexicano una cara que poco se conoce.

Mientras el grupo de los contemporáneos montaba lo más avanzado del teatro europeo, “la comedia mexicana” incluía, dentro de su programación, la dramaturgia de mujeres; fue así que se dieron a conocer sus obras en montajes de diferentes temporadas. Uno de los aportes de este movimiento fue que, por primera vez, las obras estaban escritas en el español de

México. Eso no fue cualquier cosa, ya que hasta antes de este movimiento el teatro que se presentaba en nuestro país llegaba directamente de España, y los actores mexicanos al representar la obra debían hablar como en la madre patria.

Muchas de las dramaturgas de aquella época se inclinaban por los temas más cercanos a las mujeres de la clase media y tenían de alguna manera planteamientos de género de su tiempo. También encontramos dramaturgas feministas, cuya preocupación eran las mujeres campesinas. Si bien se les acusaba de que su teatro era melodramático en esta antología podemos leer farsas, realismo mágico y piezas sociales.

La poética de sus obras en general, está llena de belleza y lirismo. Y el discurso que de ella emana abre la puerta a muchos estudios de género.

De alguna manera, al reeditar sus obras les hacemos un homenaje, ya que fueron ellas quienes abrieron el camino de la dramaturgia escrita por mujeres. No fue posible incluirlas a todas, pero sí, a las que consideramos más representativas: Catalina D'Erzell, Concha Michel, Amalia Castillo Ledón, Magdalena Mondragón, María Luisa Algarra, Concepción Sada, María Luisa Ocampo y Margarita Urueta.

Gabriela Ynclán

INTRODUCCIÓN

Las antologías son documentos importantes de toda sociedad, pues compilan obras de escritores sobresalientes dentro de las letras.

Esta compilación teatral reúne a las dramaturgas mexicanas del siglo xx que dieron un rostro diferente a nuestro país, desde una visión de género. Su compromiso social como creadoras, en un mundo dominado por hombres, fue una lucha que duró años. Sus obras reflejaron la problemática de su entorno social y cultural que abrió camino para las que vendrían después.

Releer a las dramaturgas del ayer es sumergirse en una lucha ideológica contra el autoritarismo patriarcal, en las diferentes problemáticas a las que se enfrentaban las mujeres de entonces. Todos estos temas fueron abordados por ellas, el divorcio, la pobreza en el campo, la familia, el adulterio, la violación.

El baluarte que ellas enarbolaron fue la equidad de género, la denuncia a la corrupción de la justicia.

No nos queda duda que fue importante rescatar a éstas grandes iniciadoras del teatro moderno de nuestro México ya que ellas nos muestran las primeras manifestaciones de lo que hoy sigue siendo la lucha por alcanzar la valoración y el respeto a la figura femenina.

Álvaro Espinoza

CATALINA D'ERZELL

GABRIELA YNCLÁN

Tiempos revueltos ensombrecían al país, riqueza para unos cuantos, pobreza para la mayoría. La Revolución mexicana llegó con una oleada de libertad, pero también de muerte. Porfirio Díaz, el afrancesado y eterno presidente, se quiso reelegir por sexta vez; treinta años de lo mismo y las protestas no se dejaron de escuchar. Madero, el oponente a Díaz, muere poco después de asumir el poder, la traición tiñe de rojo la Ciudad de México, la decena trágica llamamos a esos aciagos días. Luego surgirán disputas y traiciones entre los mismos revolucionarios, Zapata y Villa serán asesinados.

El cine mudo invade más tarde el país, el teatro de revista juega con las figuras revolucionarias. Y más tarde se empezará a abrir paso el teatro de autores mexicanos.

Catalina entra al mundo de las letras como periodista, dramaturga, novelista y poetisa. Hará teatro como actriz y también cine donde escribirá libretos.

Esta actriz y dramaturga nace en Silao, Guanajuato, el 29 de junio de 1897. Fue una escritora que de entrada se dedicó al periodismo y cronista de arte. Escribió en *El Universal*, sus columnas, artículos y obras de teatro trataban las problemáticas femeninas de su época. Sus novelas más importantes son: *La Inmaculada* y *Apasionadamente*.

Catalina inició su carrera como dramaturga en 1923 con la obra *Cumbres de nieve*, cuya protagonista fue María Teresa Montoya. En la mayoría de sus obras de teatro destacan los temas de tipo social e incluso político. Poniendo siempre,

a la figura femenina como protagonista de la escena y contraponiendo el discurso y pensamiento femenino al masculino. La mayoría de sus obras fueron montadas por el grupo La Comedia Mexicana, agrupación de autores y autoras de nuestro país que permitieron que se dieran a conocer las mujeres que escribían teatro. Catalina D'Erzell fue la primera escritora que estrenó dentro de esta agrupación. Obras como *Cumbres de nieve*, *Chanito*, *¡Esos hombres!*, *El pecado de las mujeres*, *Maternidad*, *Lo que sólo un hombre puede sufrir*, *La razón de la culpa* y *La ciénega*, su última obra que aquí incluimos. En ella la autora hace el retrato de un político corrupto, violador de una joven, casi niña. Leonardo, que curiosamente nunca aparece en escena, es el nombre del político.

La historia entonces se desarrolla entre Regina y Arturo, hijo de Leonardo, ellos irán cultivando un amor imposible. Hasta que Arturo descubre que el violador de Regina fue su padre. La obra menciona a la doctora Olga Martha Peña Doria, quien tiene un final metateatral, algo muy novedoso para su época.

Gana las "Palmas académicas" de Francia en 1949 por su libro *Los hijos de Francia*. Catalina muere el 1 de enero de 1950 en la Ciudad de México.

LA CIÉNEGA

COMEDIA EN TRES ACTOS

CATALINA D'ERZELL

PERSONAJES

Regina: (25 años)

Carmelita: madrina de Regina y madre de Arturo (55 años)

Arturo: abogado (32 años)

María Luisa: novia de Arturo (23 años)

Justina: viuda feminista (45 años)

Maruja: solterona feminista (40 años)

Pepita: joven lavandera (30 años)

Juana: criada joven (25 años)

José: viejo jardinero (50 años)

Marcos: prometido de Pepita

El compañero Goríbar: líder pueblerino

Tomás: jardinero

Acción: en cualquier ciudad de provincia

Época: actual

Desarrollo: lapso de dos meses

PRIMER ACTO

Una casa de campo pueblerina. A la izquierda un jardín muy bien cuidado y una callecita que conduce a la salida de la casa. Al fondo, la cristalería de un magnífico invernadero, en cuyo interior hay profusión de plantas y flores. A la derecha, fachada de la Quinta del Carmen, según reza el letrero del pórtico, al que

se asciende por una escalinata de cinco o seis peldaños. En el jardín, en primer término, algunos sillones rústicos “equipales” y una pequeña mesita. Entre los muebles y el invernadero, al borde de la callecita de salida, una estatua de la Justicia, sobre su pedestal: figura de mujer con los ojos vendados, una balanza en la mano izquierda y una espada en la diestra. Pleno día, mucho sol. Cantos de pájaros que se supone anidan en los altos árboles del fondo y de la parte posterior de la casa, donde hay una huerta. Marcado ambiente pueblerino, aunque la acción se desarrolla entre la gente de posición desahogada.

Al levantarse el telón, Justina y Maruja, que llegan de visita, contemplan las flores del invernadero comentando en voz baja. Tomás, el jardinero, sale de la casa y se aproxima a ellas.

- TOMÁS: La señora ruega a ustedes que se sirvan esperarla aquí.
- MARUJA: Aquí esperamos encontrarla como otras veces...
- TOMÁS: Es que como ella respira mejor al aire libre, los ratos que deja la cama viene a sentarse bajo los árboles. Pero ahora ha entrado a comer.
- MARUJA: Admirábamos sus flores, Tomás.
- TOMÁS: ¡Mis flores!... Sí, ahora son mías, desde que el señor las confió a mis cuidados.
- JUSTINA: Y, ¿cuándo regresa don Leonardo? ¿Viaje de negocios o de paseo?
- TOMÁS: Creo que de negocios, señorita.
- JUSTINA: Largos negocios esos. Un año lleva en México, ¿o no, Tomás?
- TOMÁS: Sí señorita, un año, y todavía ni para cuando regrese. Hasta que traspase sus fábricas, según he oído decir a la señora.
- JUSTINA: ¡Cómo! ¿Apuros económicos en esta casa?

- TOMÁS: No, no, es que la señora quiere vivir sin pendientes, y como en las fábricas hay huelgas a cada rato, ha decidido venderlas.
- JUSTINA: Sí, eso será.
- CARMELITA: (*Saliendo apoyada en Juana, la criada.*) Buenos días...
- JUSTINA Y MARUJA: Buenos días, Carmelita, ¿cómo van esos males?
- CARMELITA: Bastante mejor, gracias... (*Se sienta en un sillón donde hay cojines y una manta con la que Juana le cubre las piernas, haciendo mutis inmediatamente.*) Hablaban ustedes de las fábricas y huelgas, es decir, de Leonardo seguramente...
- JUSTINA: Sí, Carmelita... ¡Ea! Que apenas nombra usted a su marido, se le iluminan los ojos. ¿Pero cómo ha hecho usted para seguir enamorada de su marido después de treinta años de casada?
- CARMELITA: Nada extraordinario, Justina, cuando un hombre es buen marido.
- MARUJA: Y guapo además, ¿eh? Leonardo lleva gallardamente sus cincuenta años.
- CARMELITA: Cincuenta y cinco, y bien cumplidos. Y decían ustedes de Leonardo...
- JUSTINA: Nada, preguntábamos simplemente a Tomás cuándo tendría lugar su anhelado regreso. Usted sabe que todo político debe estar al pie del cañón, y como se avecinan las elecciones...
- CARMELITA: Él vendrá oportunamente, se lo aseguro.
- MARUJA: A mí me parece que debe ser bien triste para don Leonardo vivir en una fábrica de tejidos, después de haber vivido en esta fábrica de rosas.
- CARMELITA: Es verdad. La floricultura es el único vicio de mi marido.

- MARUJA: Arte, dirá usted. Explíqueme usted Carmelita, ¿cómo es que aquellos rosales dan rosas de dos colores?
- CARMELITA: Se lo explicaré Maruja, que bien aprendido lo tengo. Un injerto es algo así como una ceremonia nupcial. Dos tallos jóvenes que se besan y se confunden; dos savias que corren juntas en las arterias de la misma planta y que al fin, un día propicio, estallan en una misma rosa que a veces es de color sangre y a veces color de plata.
- MARUJA: ¡Habla usted como un poeta, Carmelita!... ¡Ay, si yo fuera rica como ustedes, tendría también un invernadero! Y nunca se marchitaría una planta en mis manos, yo sabría inyectar savia nueva a las plantas viejas.
- CARMELITA: Es que eso no siempre resulta bien. Como la sangre humana, hay savias que chocan y se repudian. En los tallos viejos ya no cicatrizan las heridas y en ellos suelen morir los tallos jóvenes.
- MARUJA: ¡Qué curioso!... Pues yo, para convencerme de ello sin perder detalle, con gusto viviría en un invernadero. En un rincón pondría mi alcoba, para que sólo flores vieran mis ojos al dormir y al despertar.
- CARMELITA: (*Riendo.*) Puede que no las viera usted. Las flores son caprichosas y traicioneras. Adoran al sol y aborrecen a la luna. Son damas elegantes durante el día y brujas maléficas por la noche.
- MARUJA: ¡Y qué importa si su maleficio está envuelto en perfumes!

CARMELITA: (*Riendo.*) En gas carbónico dirá usted, Maruja.

MARUJA: Y eso...

CARMELITA: Envenena, asfixia... Bien lo sabe Tomás, que cuando vino aquí ignoraba esas cosas y una noche tuvo la ocurrencia de quedarse dormido ahí dentro. Menos mal que consiguió abrir la puerta y arrastrarse hasta alcanzar a respirar aire puro.

MARUJA: ¡Qué raro!... ¿Has oído, Justina?

JUSTINA: Francamente no, estaba distraída...

ARTURO: (*Sale de la casa, deteniéndose contrariado al ver a las señoras.*) Mamá... ¡Ah, dispensen ustedes! Buenos días.

CARMELITA: ¿Deseabas algo, hijo?

ARTURO: Consultarte respecto a un asunto y recoger tu firma... pero ya será más tarde.

JUSTINA: No, Arturito, de ninguna manera... si es por nosotras...

CARMELITA: Dispénsenme un momento. (*Levantándose.*) Mientras, si gustan, den un paseo por el jardín, por la huerta que está primorosa.

MARUJA: Me encantará hacerlo, Carmelita, con mucho gusto. (*Mutis de Carmelita con Arturito a la casa.*)

JUSTINA: Yo no sé cómo tú puedes pensar en tonterías; que si las flores, que si la huerta. Yo vengo a lo que vengo y nada más, y si el abogadillo ese no nos hubiera interrumpido...

MARUJA: ¡Pero si después de todo a ti nada te va ni te viene en el asunto!

JUSTINA: ¿Cómo que no? ¿Y la honorable liga feminista que presido? Y tú, como yo, estás obligada a escudriñar en todo lo que parezca indeco-

roso, en todo lo que ofenda a las personas decentes. Poner a cada quien en su sitio, es la misión que me he impuesto. Bien decía mi marido que por algo me habían bautizado con el nombre de Justina.

MARUJA: *(Irónica.)* Lo decía sí, hasta creo recordar que poco antes de morir equivocó el nombre y te llamaba Injusta. Injusta...

JUSTINA: Delirio que yo traté de aliviar inútilmente. Le puse una inyección y a los cinco minutos estaba muerto.

MARUJA: Descanse en paz el pobre señor que fue un santo. Bueno, pues yo sigo el consejo de Carmelita y voy a ver el invernadero de la huerta. Ven, es preferible que ella no se dé cuenta de tu ansiedad por hablarle. Ya estuviste demasiado abismada hace rato.

JUSTINA: Vamos pues. *(Mutis. Ambas hacia el fondo, tras el invernadero. Carmelita sale de la casa y viendo que no están; llama a Arturo.)*

CARMELITA: Ven hijo, que no están esas señoras... *(Sale Arturo que permanece de pie mientras Carmelita ocupa su sillón)...* ¿Sabes, Arturo, que no me gusta verte así, tan preocupado?

ARTURO: Decepcionado, mamá, de este pueblo, de este ambiente, de mi profesión, de la ley siempre sujeta a una vergonzosa elasticidad. La mejor causa, la mejor defensa, vienen por tierra ante la pública subasta de todas las dignidades humanas. ¡Llevo seis años ejerciendo mi profesión, para sólo llegar a este amargo convencimiento!

CARMELITA: No te desanimes. Nuestros asuntos personales caminan bien...

ARTURO: Pero, ¿y los ajenos que me han sido encomendados y para los que no encuentro posibilidad alguna de éxito? No, mamá, convéncete, no hay equidad en donde tintinea el dinero. Cuando grita un influyente, la justicia tiene que enmudecer.

CARMELITA: Incidentes aislados, Arturo. Ya mejorarán los tiempos, sobre todo si Leonardo triunfa en las elecciones.

ARTURO: Esa es mi única esperanza, que mi padre consiga enmendar este tenebroso sistema de intereses y complicaciones nefastas. De otra manera, yo me iré de aquí. ¡A ver si en otro lugar existe la justicia y se puede ser un hombre verdaderamente honrado!

CARMELITA: Cómo has cambiado, hijo. Hace unos años adorabas tu profesión.

ARTURO: Sí, cuando creí que me bastaría ir con los códigos en la mano y de acuerdo con mi conciencia y con la razón. ¿Te acuerdas, mamá, el día que recibí mi título? Al llegar aquí, encontré que en aquel pedestal, en lugar de la vieja estatua de Minerva, estaba esa, la de la Justicia. Obsequio tuyo que simbolizaba todos mis entusiasmos y mis propósitos.

CARMELITA: Así lo creí, hijo.

ARTURO: Pues bien, aquel día me acerqué ahí y desde el fondo de mi alma interrogué a la diosa griega. ¿Debes estar ciega para ser Justicia? ¿Te han cegado los hombres para que tu espada casti-

gue a todos por igual, o para que no veas lo que su mano arroja en tu balanza?... y mentalmente, madre, arranqué la venda de los ojos de Temis y afiancé mejor la espada en su diestra.

CARMELITA: ¿Y ahora?...

ARTURO: Ahora, ni siquiera quiero mirar esa estatua que me dio ya ternura, porque si la miro, recuerdo inmediatamente el teje y maneje que hay en los tribunales. Se cubren las apariencias para que los testigos falsos resulten intachables. Se admiten dictámenes de peritos pagados y, por medio de mil artimañas, se preparan sentencias injustas, pero ¡eso sí! Con formas perfectas. De ahí mi decepción, mi impotencia, mi deseo de dejar esta ciudad, si no viene mi padre a enmendar tantos males.

CARMELITA: Pues confiemos en ello, hijito...

ARTURO: ¡Ah!, ya vuelven tus amigas esas, las célebres puritanas. Me voy, antes de una hora estaré de regreso.

CARMELITA: Ve y ánimoate, hijito, ánimoate y espera. (*Salen Justina y Maruja por el fondo trayendo flores y frutos. Arturo sale para la calle*)...

MARUJA: Ya estamos aquí... nos hemos permitido cortar algunas flores y frutas... ¡Ah!, la huerta está preciosa.

CARMELITA: Han hecho ustedes bien.

JUSTINA: ¿Y Arturito, se ha marchado?... ¡Ah! Carmelita, ese hijo de usted vale lo que pesa. ¡Pobrecito! ¡Cuando usted y Regina estaban ausentes, él parecía un fantasma en esta casa!... y tan inteligente... todos los días se anotaba un nuevo éxito.

- CARMELITA: Éxitos y fracasos, que en estos tiempos, un profesionalista honrado no triunfa siempre, precisamente por su honradez. ¿Y ustedes? ¿Qué han hecho durante mi ausencia? ¿Qué hay por aquí de nuevo?
- LAS DOS: (*Animándose.*) Ah, muchas cosas, verá usted...
- JUSTINA: Permíteme, Maruja. ¿Se acuerda usted, Carmelita, de aquella muchacha muy linda, hija del tendero viudo, el que dicen que en España mató a un hombre y que por eso?...
- CARMELITA: Sí, sí recuerdo a la muchacha.
- LAS DOS: Pues hace unos días se escapó con el novio.
- JUSTINA: Permítame, Maruja. Se escapó con el novio de la manera más sucia...
- CARMELITA: Yo creo que sólo hay una manera de huir con el novio, y esa criatura, sin madre y con lo que sufría con la madrastra...
- JUSTINA: Eso dice, pero es la gente tan habladora. Lo cierto es que el padre no ha podido dar con la pareja.
- CARMELITA: Pues lo siento por el padre y por la hija.
- MARUJA: Y además la mujer del inspector...
- JUSTINA: Permítame, Maruja. La mujer del inspector de policía ha dado el gran escándalo. Engañaba a su marido y éste le cayó... ¡Figúrese usted, atreverse a engañar a un inspector con un gendarme...!
- MARUJA: Y Rosita Jiménez se casó... Pero, ¡ay, Carmelita! No me atrevo a decirle a usted...
- CARMELITA: Pues no me lo diga usted, Maruja. Yo preguntaba a ustedes únicamente por los acontecimientos sociales, por los amigos, por ustedes

mismas... ¿Siempre se decide usted a las segundas nupcias Justina?

MARUJA: ¡Pero si ya se fue de paseo el candidato!

JUSTINA: No se fue, lo fui, que es muy distinto. Pero este es asunto mío, Maruja, siquiera por eso permíteme hablar... Pasó que el muy atrevido intentó besarme, Carmelita. ¡Y a mí esos adelantados a cuenta del futuro! Le pegué una bofetada y asunto concluido.

MARUJA: (*Tarareando.*) Je, je, je, je,...

JUSTINA: ¿Decías algo, Maruja?... ¡Ah, vamos, yo creía!... Con que a usted, Carmelita, le sentó muy bien el viaje.

CARMELITA: Sí, muy bien. Seis meses de descanso en un clima delicioso.

JUSTINA: ¿Y Regina? ¿También le probarían las vacaciones?

CARMELITA: También, aunque ella nunca estuvo enferma.

JUSTINA: ¡Ah! ¿No?... pues por ahí se dice...

CARMELITA: (*Bruscamente.*) ¿Qué se dice?

MARUJA: ¡Oh, en estas pequeñas ciudades es la gente tan entrometida!

CARMELITA: ¿Y en qué sentido se ha entrometido la gente con nosotras?... Vamos, hablen ustedes, por favor...

JUSTINA: ¡Ay, Carmelita, hay cosas tan difíciles de decir! Crea usted que sólo en nombre de nuestra vieja amistad... se dice que si Regina le ha dado a usted disgustos, que si ustedes hicieron mal recogéndola a la muerte de su madre...

CARMELITA: Basta. La madre de Regina fue mi mejor amiga y Regina es mi ahijada, mis brazos la llevaron a

- la pila del bautismo, tenía que ampararla cuando siendo niña quedó huérfana. Diez años hace que tengo en ella a la mejor de las hijas.
- MARUJA: Sí, lo sabemos.
- CARMELITA: (*Titubeante.*) Y... ¿Qué clase de disgustos son los que me ha proporcionado Regina?... vamos, hablen ustedes.
- JUSTINA: Pues... que si Regina se enamoró, porque claro, siendo tan linda... y sobre todo, una muchacha con tantas cualidades...
- CARMELITA: Deje usted las cualidades de mi ahijada que yo seguramente conozco y valorizo mejor que ustedes... ¿Qué más se dice?
- JUSTINA: Pues eso... que si Regina como tantas muchachas sin experiencia... y que si usted, siendo tan buena, alejó a don Leonardo para que no se enterase... y que si usted y ella fueron a cambiar de clima para...
- CARMELITA: (*Con voz ahogada.*) Acabe usted.
- JUSTINA: Dilo tú, Maruja. ¡Qué costumbre tienes de dejarme hablar cuando se trata de decir cosas tan molestas!
- MARUJA: Pues dice... ya usted comprenderá... Que si Regina se fue enferma y regresó sana... que si desde entonces Regina...
- JUSTINA: Permíteme, Maruja, que si desde entonces Regina va con mucha frecuencia a las afueras de la población, a donde en cierta casa una antigua sirvienta de ustedes está criando a un recién nacido. ¡Ah!, calumnias abominables. ¡Creerá usted que hasta se asegura que ese niño tiene gran parecido con Arturito!

- MARUJA: Ay, pero qué le sucede a usted, Carmelita...
(*Acercándose a ella mientras Justina toca el timbre. Viene Juana la criada.*)
- JUSTINA: Carmelita... Carmelita... dispéñenos usted, es que a veces, intentando hacer un bien, hacemos daños...
- CARMELITA: (*Desfallecida.*) Sí, mucho daño...
- JUSTINA: (*A la criada.*) Pronto, traiga usted agua, sales... avise a Regina que la señora se ha puesto mala. (*Mutis de Juana. Ambas hacen aire a Carmelita, quien mejora mientras llegan Juana y Regina.*)
- REGINA: Madrina, por Dios, ¿qué tienes? (*Dándole agua, sales, etc.*)
- CARMELITA: No te alarmes, hija, ya pasó...
- REGINA: (*Yendo a Justina y Maruja.*) ¿Qué ha sucedido?... ah, dispensen ustedes, no las he saludado. (*Tiende su mano que las otras no estrechan. Regina las mira fijamente y les vuelve la espalda diciendo.*) ¡Ah, ya comprendo!
- JUSTINA: (*A Maruja.*) Comprende, ¿eh? Ha comprendido.
- MARUJA: Cuando yo te lo decía...
- JUSTINA: No, permíteme Maruja, quien lo decía era yo. (*Acercándose.*) Carmelita está usted mejor, ¿verdad?
- MARUJA: Recójase usted que ya empieza a caer la tarde. Nosotras nos informamos por teléfono. ¡Pobre Carmelita! Cuidala mucho, Regina, que todo lo mejor para ella ha de venir siempre de tus manos. (*Regina las mira sin responder. Justina y Maruja se encaminan a la salida.*)

- JUSTINA: Todo es verdad, pero, ¡qué penoso es el deber que tú y yo nos hemos impuesto! Estoy profundamente conmovida.
- MARUJA: Yo también, nada, hija, el buen corazón de una...
- CARMELITA: (A Juana.) Puedes irte, Juana, ya estoy bien. Gracias.
- REGINA: (Arrodillada junto a Carmelita.) ¡Ay, madrina!...
- CARMELITA: Has comprendido ¿verdad?
- REGINA: Sí, tenía que ser. Pero ha sido demasiado pronto.
- CARMELITA: No te alarmes, por ahora sólo lo saben esas.
- REGINA: Como si lo supiera todo el mundo. ¡Ay, madrina! ¡Tú no has debido retenerme a tu lado!
- CARMELITA: Eres mi hija. Y todas las madres, cuando no supieron velar por sus hijas para defenderlas, tienen que estar a su lado para consolarlas.
- REGINA: No, madrina, abandóname, que es lo mejor para ti y para todos. Yo sabré trabajar, y mis horas serán de paz porque tendré a mi hijo conmigo, porque tú dejarás de sufrir por mi causa.
- CARMELITA: ¿Dejar de sufrir si tú te vas? Imposible, imposible, yo no puedo vivir sin ti.
- REGINA: Tu hijo y tu esposo me suplirán a tu lado.
- CARMELITA: No del todo, Regina. ¡Ya ves que te he amparado por ternura y también por egoísmo! Tú eres la hija que siempre deseé y que al fin Dios me la envió milagrosamente. Pero habla, hijita, para que yo pueda defenderte. Desde que me enteré de tu desgracia no hago más que interrogarte. Quién es él, quién es... ¡Dímelo y yo sabré obligarle a cumplir con su deber!

- REGINA: No, jamás me casaría con él y si las cosas no tienen remedio, ¿para qué nombrarle madrina? ¡Un hombre, cualquiera, qué importa!... Lo único importante es que nuestras vidas, la tuya y la mía, no pueden seguir así.
- CARMELITA: ¿Qué no?... Ya verás. Desafiaremos juntas al mundo. Tu hijo vendrá aquí.
- REGINA: Eso no, madrina. Yo con él allá lejos, sí. Él aquí conmigo, jamás.
- CARMELITA: Pues vendrá en cuanto yo hable de esto con Leonardo. Llegadas las cosas a este punto, le escribiré pidiéndole que regrese. Él es bueno, hija, yo le convenceré.
- REGINA: No, Madrina, eso no.
- CARMELITA: (*Con cierta intención.*) Y en cuanto a mi hijo.
- REGINA: (*Con un sollozo.*) ¡Arturo!
- CARMELITA: Vamos, cálmate. Todo es cuestión de valor y de tiempo, y puesto que los acontecimientos se precipitan y tú te empeñas en rechazar toda reparación, en último caso nos iremos de aquí, que algún rincón habrá en el mundo en donde podamos recuperar la paz.
- REGINA: Calla, madrina... pero mira, estás muy fatigada, vamos a tu cuarto, anda, ven... (*Carmelita va levantándose cuando entra Arturo.*)
- ARTURO: Aquí me tienes de regreso. Pero ¿qué pasa, mamá?, ¿estás enferma?
- CARMELITA: No, hijo, estoy bien.
- ARTURO: (*A Regina.*) Pues no lo parece, tienes mal semblante, ¿verdad?
- REGINA: (*Sin mirarle.*) Sí, por eso ahora mismo va a recogerse. Prepararé tu cuarto, madrina. (*Mutis terraza.*)

CARMELITA: Arturo... ven, acércate...

ARTURO: Sí, mamá...

CARMELITA: (*Escrutadora.*) Dime hijo, ¿tú crees que cuando un hombre mancha su vida, como un abogado mancha su toga, estará siempre a tiempo de reivindicarse y rectificar? ¿Lo harías tú, hijo mío?

ARTURO: Naturalmente, pero...

CARMELITA: No digas más, basta por hoy. Quizá mañana tengamos que hablar largamente. ¿Tú nada tienes que decirme, hijo?...

ARTURO: (*Seramente.*) Tal vez sí, mamá...

CARMELITA: Dilo, pues, dilo...

ARTURO: No ahora. Esta noche o mañana, madre.

CARMELITA: Está bien, esperemos a mañana los dos.

REGINA: (*Con Juana.*) Tu cama y tu té están listos, madrina.

CARMELITA: Pues vamos. (*Arturo la ayuda a levantarse con honda ternura.*) Hasta mañana, Arturo. (*Apoyada en Juana se aleja por la terraza. Regina recoge la manta y se dispone a seguirla.*)...

ARTURO: Regina, tengo que hablarte.

REGINA: Tú dirás, Arturo.

ARTURO: Hazme favor de enterarte de esta carta.

REGINA: ¿De quién?... ¡Ah! De María Luisa. ¿Riñeron?...

ARTURO: Lee... (*Regina lee sin disimular su emoción.*) ¿Qué dices?...

REGINA: Rompe su compromiso contigo... y por causa mía. Yo, Arturo...

ARTURO: Nada me digas, que no necesite justificación. A mi novia yo sabré convencerla y por eso, lo único trascendental, lo único que de esta carta me hiere, es la vil calumnia que se ha propagado en contra tuya, aunque tú estés demasiado

alto para que pueda alcanzarte esa inmunda murmuración pueblerina.

REGINA: Calla, Arturo...

ARTURO: ¿Pero tú crees que voy a callar cuando así se ofende a la hermana de mi corazón? (*Paseando nerviosamente.*) Antes de que mis padres lleguen a enterarse, yo buscaré, yo encontraré al autor de semejante infamia. Y si es una mujer la atacaré con sus propias armas, que destrozada debe de tener la propia honra quien así intenta destrozarse la honra ajena, y si es un hombre, he de romperle el rostro con mis manos... (*Regina llora.*) Pero habla, mujer, indignate, rebélate...

REGINA: ¡Oh!...

ARTURO: Está bien, si la indignación te enmudece, aquí estoy yo para hablar por ti...

REGINA: (*Con repentina decisión.*) No, Arturo... ¡Ea! Que tú tendrás que saber... No, no es la indignación la que me enmudece... es la vergüenza... y no puedo más, no puedo más...

ARTURO: Regina, tú...

REGINA: Sí, yo, que no soy más desventurada...

ARTURO: ¿Por qué? ¿Por qué?... No vas a decirme que hay algo de cierto en lo que le han dicho a María Luisa. Contesta, contesta o no respondo de mí...

REGINA: Y bien... todo es verdad, Arturo...

ARTURO: ¿Es verdad que tú has deshonrado esta casa?... ¿Y que mi madre lo sabe y no te ha arrojado de aquí?...

REGINA: Ella me ha amparado, piadosa como todas las madres, como madre mía...

- ARTURO: ¡Madre tuya! ¡No, afortunadamente! Madre tuya, cuando tú no has sabido ser una hija para ella y una hermana para mí.
- REGINA: Sí, he sabido serlo siempre, hasta que llegó la hora de mi desgracia.
- ARTURO: ¡Ah, la desgracia! Escúdate ahora en la desgracia como hacen todos los delincuentes vulgares, todas las iguales a ti.
- REGINA: (*Humildemente.*) ¿Acaso no es una desgracia delinquir?
- ARTURO: Pero eso nada disculpa. A esa clase de desgracias van siempre las mujeres con los ojos abiertos y los brazos tendidos.
- REGINA: Yo no fui así, Arturo.
- ARTURO: Está bien... ¿Y quién es tu amante? Vas a decírmelo y lo traeré ahora mismo y hundiéndole la cara en la tierra le obligaré a ofrecerte una reparación.
- REGINA: Sería inútil.
- ARTURO: Los obligaré, a ti y a él.
- REGINA: No podrás hacerlo...
- ARTURO: ¡Y esta casa que tú deshonras después de haber albergado en ella tu miseria!... ¿Por qué al menos no desapareces como deben hacerlo todos los ingratos, los que pagan con un daño todo el bien que se les brinda?...
- REGINA: Sólo por ella, por mi madrina, por no matarla, he permanecido aquí.
- ARTURO: ¡Por mi madre!... (*Pausa. Reaccionando.*) Y bien, entonces por ella y por ese hijo, porque tienes un hijo, ¿verdad?, habla, que si ella te amparó, a mí me toca defenderte o vengarte.

¿No estás viendo que tu deshonra va hacerme desgraciado para siempre?

REGINA: (Con onda ternura.) ¡A ti!

ARTURO: Ya has leído esta carta. Me acusan de ser tu seductor. María Luisa lo cree... me aconseja que cumpla mi deber. Ella se sacrifica gustosa por ese niño que cree mi hijo. ¡Ya ves hasta donde han llegado las suspicacias y la calumnia, las que seguirán su curso aunque tú llegaras a desaparecer! (Dominándose.) Confía en mí, Regina, ¿no soy casi tu hermano? ¿No me has querido siempre, no me quieres con toda tu alma?

REGINA: Sí, con toda mi alma, con toda mi alma; pero no como a un hermano, ahora ya puedo decírtelo. Te quiero más, mucho más de lo que podrá nunca quererte mujer alguna... No sé desde cuándo, tal vez desde un día que tu madre me presentó a una de sus amigas, diciendo en broma. "Mi nueva hija, la que guardo para novia de mi Arturo". Yo era una niña y sin embargo, sentí que en mi alma se hacía la luz, una ilusión, una esperanza...

ARTURO: (Triste, casi dulcemente.) Lo sé, Regina. Hay sentimientos que no pueden ocultarse y los tuyos trascendieron hasta mí, hasta la sociedad que, por eso, me acusa hoy de ser el autor de tu deshonra y cree encontrar mis facciones en la cara de tu hijo. Pero entonces, explícate. Si me querías, ¿por qué...?

REGINA: Déjame, Arturo, déjame.

ARTURO: No, en nombre de mi fraternal cariño, en nombre de tu gran amor, yo exijo... no, te suplico

- que me expongas claramente la verdad. Sea lo que sea, yo como mi madre, no te abandonaré.
- REGINA: Está bien. Vuelvo a decirte que mi hijo nació de una desgracia, ¿me crees ahora?
- ARTURO: Te creo. ¡Sistemáticamente, tú has rechazado a todos los pretendientes!
- REGINA: Porque te quería, sin esperanza alguna, pero te quería. Pronto hará un año que tus relaciones con María Luisa se formalizaron y una noche la trajiste a esta casa para presentarla a la sociedad como tu novia oficial. Entonces, sólo entonces, me convencí de que la amabas verdaderamente y quise aturdirme y lo que no había hecho nunca, bebí, bebí, y no sintiéndome con fuerzas para permanecer en el salón, vine aquí para llorar libre, desesperadamente. Después salieron tú y ella. Ahí, en ese sitio, tú la abrazaste, la besaste en la boca, ¿te acuerdas?... ¡Ah, yo sí, no lo olvidaré nunca!... Algunos invitados, hombres y mujeres, salieron a buscarlos y entonces yo, para ocultarme de todos, queriendo huir hasta de mi misma, fui al invernadero, cerré la puerta y...
- ARTURO: Sigue...
- REGINA: No sé qué me aconteció. Mis nervios... lo que había bebido, el intenso aroma de las flores... no sé... El hecho es es que echada sobre la tarima de los injertos no conseguía moverme, me asfixiaba...
- ARTURO: Y así no pudiste defenderte del miserable que te buscaba.
- REGINA: No me buscaba, estoy segura. Entró ahí por casualidad... también había bebido mucho...

Yo le vi hacerlo... Yo estaba ahí, indefensa...
¿Ves por qué te digo que mi hijo nació de
una desgracia?...

ARTURO: De un canalla. Pero quién es él..

REGINA: Cualquiera. Uno de los que estaba aquí aque-
lla noche...

ARTURO: (*Repasando casi mentalmente.*) ¿Jiménez?...
No, no es capaz... Fernando... uummm, no, no
acierto. ¿Cuál puede ser el que ocultaba su vi-
leza bajo el traje de un caballero? ... Pronuncia
su nombre, Regina, pronúncialo...

REGINA: ¿Para qué?

ARTURO: Dímelo, si no quieres que te condene y arroje
de aquí en lugar de protegerte.

REGINA: Pero... ¿No has comprendido, Arturo?... ¿Quién
es el único que en cualquier momento podía
entrar y salir de ahí? ¿Por el invernadero?

ARTURO: ¿El único?... (*Comprendiendo de pronto.*) ¡No!
¡No! ¡Él no! ¡Él no! (*Con ademán desesperado y
yendo al fin a sentarse. Larga pausa.*)

REGINA: ¿Ves por qué me empeñaba en callar?...

ARTURO: (*Exaltado.*) Lo que has debido hacer es irte
con él... irse los dos, miserables y traidores...
él y tú (*Sacudiéndola violentamente.*) Tú que
seguramente callaste sus asedios para no per-
der tu sitio en el hogar adonde fuiste recogida
de limosna.

REGINA: No, por Dios, eso no; tú no puedes juzgarme
capaz de semejante infamia.

ARTURO: Vas a negar que él, antes de esa hora maldita...

REGINA: (*Interrumpiendo.*) ¡Nunca! ¡Jamás! Aun sin ser
su ahijada, siempre me trató como si lo fuera,

más aún, como una hija... fue el alcohol, el instinto, la ocasión, mi situación indefensa... no sé... esa hora maldita.

ARTURO: ¿Pero y después?...

REGINA: (*En voz baja.*) Después, vuelta a la vida con el aire libre, allá, en un rincón de la huerta a donde él me llevara, le abofeteé, le escupí el rostro, le maldije...

ARTURO: Y él...

REGINA: Comprendió su delito... se arrastró por el suelo... intentó matarse...

ARTURO: Comedia...

REGINA: No, lo hubiese hecho. Yo lo evité, por mi madrina. Incapaz de recapacitar... comprendiendo apenas lo acontecido, fui a mi cuarto... Al día siguiente, tú lo sabes, amanecí gravemente enferma, inconsciente... al convalecer me enteré de que él no estaba en casa... ¡Negocios! ¡Huelgas!... Yo entendí... Y tu madre, mi madrina querida, adorándole, más enferma que yo por la tristeza de su ausencia... dime, ¿podía haberle confiado la terrible verdad?...

ARTURO: Pero sí debiste salir inmediatamente de esta casa.

REGINA: Sólo esperaba tener fuerza para hacerlo... Pero seguía enferma, acuérdate... Y aunque yo no ignoraba todavía la magnitud de mi desgracia, mi madrina, mi santa madrina lo sabía. El médico se lo había dicho, y no obstante, ella me cuidaba, me retenía a su lado.

ARTURO: ¡Oh!...

REGINA: Y un día me habló, con una piedad, con una ternura que me agobiaron más que el con-

vencimiento de mi infortunio. Y me juré que ella jamás sabría la verdad. Que tal como ella me ofrecía amparar a mi hijo por nacer, yo salvaría su fe de esposa ingenua y enamorada. Inventé la historia de un noviazgo, de una caída, de una imposible reparación... y me dispuse a huir.

ARTURO: Lo hubieras hecho.

REGINA: Ella lo comprendió y me dijo que mi ausencia le costaría la vida. Y a su vez, cayó enferma. Fue cuando los médicos desesperaban por salvarla, cuando tú estabas decidido a llamar a tu padre y yo tenía resuelto hasta afrontar su presencia. Y así esperando primero su mejoría y siempre lo imprevisto, por ella, sólo por ella, acepté el viaje que debía aliviarla completamente y encubrir por el momento mi deshonor. Arturo, ampárame... ya no puedo vivir lejos de mi hijo... porque yo quiero a mi hijo, lo quiero tanto más, cuanto más desdichado ha sido su advenimiento al mundo... No me condenes por esto, tú qué eres tan noble, tan justo, tan bueno. (*Arrodillada junto a él.*) No me odies, no me rechaces. Haré lo que tú quieras y entre los dos conservaremos con vida, una vez más, ese corazón de tu madre, corazón de niña crédula que no resistiría la más leve sospecha...

ARTURO: (*Tocando su cabeza.*) Levántate, Regina... (*Ella besa su mano.*) Yo pensaré... Decidiremos...

REGINA: Es que ahora todo se complica. Justina lo sabe y saberlo ella es como si lo supiera la ciudad entera... ¡Tu madre intenta enterar a su marido

de la existencia de mi hijo que él ignora, para pedirle perdón y amparo para mí! ¡Yo quiero morir, yo quiero morir!... Muchas veces he pensado en matarme... Sólo me ha detenido la vida amenazada de mi madrina y la vida pequeñita de mi hijo...

ARTURO: Desde el principio te hubieras confiado a mí...

REGINA: ¿Pero podía enfrentar a un hijo con su padre?... Júrame que no irás contra él. ¡Basta ya de desgracias provocadas por mí en esta casa! Piensa siempre en tu madre, que es en la única que pienso yo y si quieres castigar, castígame a mí, que yo no haré más que obedecerte y besar siempre tus manos... (Pausa.)

ARTURO: Entra ya, que es tarde.

REGINA: ¿No me dices nada?

ARTURO: ¿Y qué quieres que te diga?

REGINA: ¿Qué debo hacer?

ARTURO: Por ahora, ir como siempre a cuidar a mi madre. Ayúdame a salvarla, a ella, que es lo único que me queda.

REGINA: Lo dices porque has perdido a María Luisa, ¿verdad?

ARTURO: Lo digo porque en esta hora tremenda, acabo de enterrar a mi padre (Regina se dirige a la terraza y Arturo se sienta abatido.)

TELÓN

Nota importante: La autora recomienda a los actores evitar toda actitud y toda entonación melodramática. Aun en las escenas más violentas no se elevará la voz, tanto por convenir así a la

estructura de la obra y la psicología de los personajes, como porque no debe olvidarse que Carmelita reposa en la habitación cercana al jardín.

SEGUNDO ACTO

Pequeño hall de la quinta elegantemente amueblado. A la izquierda (espectador) salida para la terraza. A la derecha escalera para habitaciones interiores. Primer término derecha sofá y sillones, una lámpara de pie y una pequeña mesa con teléfono. Al día siguiente a la seis de la tarde.

Regina pasea preocupada frente al teléfono, hasta que se decide a hablar.

REGINA: *(Marca el teléfono.)* Bueno... Deseo hablar con la señorita María Luisa... de parte de una amiga... *(Pausa.)* María Luisa, ¿eres tú?... perdona, te habla Regina... no, no, espera por favor... Sí, ya sé que es un atrevimiento de mi parte, pero me urge hablar contigo... ¡Oh, de tantas cosas!... Sí, naturalmente, relacionadas con Arturo y con tu propia felicidad... ¿Por teléfono? No, no es posible... nos veremos donde tú dispongas... sí, tienes razón, sería muy expuesto, para ti... ¿Entonces prefieres venir?... En ese caso que sea ahora mismo, lo más pronto posible... Mira, hazme favor de llegar, que el jardinero te diga si ha regresado mi madrina; en ese caso hablaremos en la huerta... Si estoy sola, entras y hablamos aquí... Está bien, te espero... ¡Eres muy buena! Gracias, María Luisa. *(Mira el reloj. Pasea nerviosa.)*

- TOMÁS: Señorita, está ahí Pepita, la lavandera, que se empeña en hablar con usted.
- REGINA: Es que ahora...
- TOMÁS: Le he dicho que probablemente la señorita no podría dedicarle un momento; pero no sé qué le pasa, llora e insiste.
- REGINA: Bueno, dígale que pase (*Pausa.*)
- PEPITA: Señorita Regina, dispéñeme usted, pero...
- REGINA: Y ahora, ¿qué te pasa, Pepita?
- PEPITA: ¡Ay, señorita, que estoy desesperada, que van a quitarme a mis hijos!
- REGINA: ¿A quitártelos? ¿Pero quién? ¿Por qué?
- PEPITA: Porque lo pretende mi marido y como él ahora puede mucho... ya sabe usted que él se fue con otra mujer, que me abandonó con los niños chiquitos. Y ahora, después de seis años de no acordarse de ellos, regresa sólo para quitármelos. ¿Le parece a usted justo, señorita?
- REGINA: No, mujer, que va a ser justo eso.
- PEPITA: Pues ya ve usted. Él alega que a mi lado reciben mal ejemplo, y usted sabe, señorita, que si yo me junté con Marcos fue para que mis niños no se murieran de hambre. Usted ha visto cómo trabajo yo, aunque sea lavando ropa porque no sé hacer nada mejor.
- REGINA: Sí Pepita, me consta los trabajos que has pasado y que has sido una buena madre.
- PEPITA: ¿Verdad que sí, señorita?
- REGINA: Así es que tu marido te acusa de dar mal ejemplo a tus hijos...
- PEPITA: Sí, porque después de esperar cuatro años a que él reflexionara y volviera, o al menos que

nos mandara algo de dinero que nunca llegó, acepté la ayuda de Marcos, que es un hombre más bueno y más honrado que mi marido... Yo al principio no quería a Marcos, sólo lo hice por ellos, por mis hijos; pero ahora, como Marcos ha sido un verdadero padre para los niños...

REGINA: Seguramente, mucho más que lo fue el que les dio la vida.

PEPITA: Mucho más señorita. ¡Si los quiere casi tanto como yo!

REGINA: ¿Pero con qué derecho reclama tu marido a sus hijos y se escandaliza de tu situación irregular?

PEPITA: Con el derecho del fuerte, señorita. Ya ve usted, él ascendió de pobre empleado a personaje y yo descendí de señora de mi casa a lavandera.

Va a entrar Arturo, pero al escuchar la respuesta de Regina se detiene en la puerta.

REGINA: Pero, ¿y en lo moral? ¿Acaso hay punto de comparación entre una madre sacrificada, porque tú aceptaste a Marcos como un sacrificio, y un padre que, aún enriquecido, hasta hoy recuerda que tiene hijos sólo para arrancarlos de tus brazos?

PEPITA: Eso es, pero como él tiene dinero puede hacerse pasar por un hombre honrado, mientras que yo, siendo una infeliz, tengo que ser una mujer inmoral. Eso han dicho en el juzgado.

REGINA: ¿Pero es que no hay justicia en el mundo?

- PEPITA: Pues sí la hay, señorita, la echan a perder los hombres que la manejan.
- REGINA: ¡Ah, no todos! Allí tienes a Arturo que ha hecho de su profesión un verdadero apostolado... y como él habrá otros.
- PEPITA: Quién sabe, Marcos dice que en la vida todo es cuestión de dinero.
- REGINA: Entonces, qué puedo hacer yo por ti, muchacha...
- PEPITA: Lo que está usted haciendo, señorita, oírme, compadecerme, sólo para contarle a usted mis penas he vivido.
- REGINA: Poco es oír y compadecer. En fin, le hablaré a mi madrina, ella te ha protegido siempre...
- PEPITA: Yo no he querido contarle a ella estas cosas. Sé que su corazón anda muy mal y que la perjudican todas las impresiones...
- REGINA: Has hecho muy bien. Yo se lo diré en cierta forma... y por lo pronto, toma Pepita. Este anillo es lo único de algún valor que poseo. Véndelo y paga un abogado que te defienda.
- PEPITA: No, señorita, yo no puedo aceptarlo...
- REGINA: Acéptalo. ¡Qué mejor empleo puede tener este recuerdo de mi madre! Defiende a tus hijos y si te exigieran dejar a Marcos...
- PEPITA: Lo dejaré. Por mis hijos me junté con él y también por ellos haré el sacrificio de dejarlo, ahora que tanto lo quiero... Ay, señorita, usted no sabe lo mala, lo injusta que es la gente.
- REGINA: ¡Que si no lo sé!
- PEPITA: Sí, creo que sí sabe usted... La otra tarde vi, oí...
- REGINA: ¿Qué? ¿Cuándo?

- PEPITA: Sí, no sé cómo decírselo, señorita Regina... en fin, que usted se daría cuenta. Cruzaba usted la plaza y una señora, después de haber dicho no sé cuántos horrores... se escondieron en el portal para no saludarla... y una de ellas aconsejó a unos chiquillos que cuando usted pasara, silbaran ese corrido que dice...
- REGINA: Lo recuerdo todo, Pepita... no ha sido la primera vez ni será la última...
- ARTURO: (*Acercándose.*) ¿Qué oyó usted aquella tarde Pepita?
- REGINA: Arturo, ¿estabas ahí?...
- ARTURO: Sí, dispénsame, he cometido la indiscreción de escuchar. ¿Qué dijeron aquella señoras, Pepita?
- PEPITA: Ay, señor, yo no quisiera repetirlo... Se trataba de la señorita Regina, de la señora Carmelita, de usted... (*En voz baja.*) De un niño...
- ARTURO: Está bien. ¡Devuélvale usted esa sortija a Regina!
- PEPITA: Sí, señor, si yo no quería recibirla.
- REGINA: Yo se la he regalado.
- ARTURO: Conserva ese recuerdo de tu madre. Yo me encargaré de defender a esta muchacha.
- REGINA: ¡Oh, Arturo! Qué bueno eres. Se trata de sus hijos, de...
- ARTURO: Conozco el caso. Vaya usted tranquila, Pepita, y preséntese mañana temprano en mi bufete.
- PEPITA: Gracias, señor. Dios se lo pague, Dios se lo pagará a ustedes. Buenos días, señorita. (*Estrechando las manos de Regina.*) Hasta mañana, señor... (*Mutis.*)
- REGINA: (*Tímidamente.*) Yo también te doy las gracias, Arturo.

- ARTURO: No hablemos de ello, no tiene importancia. ¿Y mamá?... Creí encontrarla contigo, no está en su cuarto.
- REGINA: Salió con Juana y estoy inquieta porque es tarde... Nunca sale sin mí y ahora no me avisó siquiera. No sé qué pensar.
- ARTURO: Sí que es raro. Iría a ver al médico; iré a buscarla al consultorio. (*Inicia mutis.*)
- REGINA: Arturo, ¿has pensado, has decidido algo?
- ARTURO: Todavía no. En veinticuatro horas no es posible resolver un asunto tan grave, a pesar de que no hice más que pensar toda la noche. Sin embargo, ya tengo algún propósito para alejarte de aquí. Hablaremos esta noche.
- REGINA: Sí, porque esta noche creo que yo también tendré algo que comunicarte.
- ARTURO: ¿Sobre qué?
- REGINA: Sobre... dispénsame que no te diga ahora...
- ARTURO: Está bien. (*Va a salir, cuando viene Tomás. Regina se alarma pensando en María Luisa.*)
- REGINA: ¿Quién es, Tomás, quién es?
- TOMÁS: Las señoras doña Justina y doña Maruja.
- REGINA: ¡Ah!... Dígales usted que mi madrina no está en casa.
- TOMÁS: Ya lo he dicho, pero las señoras insisten...
- ARTURO: Pues dígales usted que Regina y yo no podemos, no queremos recibirlas...
- JUSTINA: (*Tras de Tomás que hace mutis.*) ¿Con que no quieren ustedes recibirnos?... Pero es que a nosotras no se nos desaira así como así. Nuestro partido representa a la sociedad, a las mujeres cultas y decentes de...

- ARTURO: *(Interrumpiendo.)* ¿Qué desean ustedes, señoras?
- MARUJA: Pues solamente veníamos con toda fineza, con toda atención a informarnos de la salud de Carmelita.
- JUSTINA: Pero a lo que parece hemos llegado en un momento muy inoportuno.
- ARTURO: ¿Qué quiere usted decir?
- JUSTINA: Nada más de lo que he dicho. *(Regina, muy inquieta, mira frecuentemente el reloj.)*
- ARTURO: Bien, pues si ustedes comprenden que son inoportunas...
- JUSTINA: Por ahí se sale, ¿no es cierto?
- ARTURO: Sí, señora.
- JUSTINA: Tiene usted razón. Ya sabemos que usted y Regina tienen mucho de qué hablar.
- ARTURO: Es verdad, señora.
- JUSTINA: Y que necesitan de su tiempo para recibir a personas tan honorables y distinguidas como la Pepita esa que acaba de salir de aquí.
- ARTURO: Recuerdo a usted que por ahí se sale, señora.
- MARUJA: Vámonos, Justina.
- JUSTINA: Sí, vámonos, pero no será sin decirle a este caballero que nos despide tan gentilmente, que su conducta es incalificable, que por causa suya Carmelita perderá a dos de sus mejores amigas y que es muy probable que, por semejante hijo, sea bochornosamente rechazada la candidatura de don Leonardo. Ya se rumora eso por ahí y nuestra Liga Feminista será la primera en tomar el partido del contrincante político.
- ARTURO: Perfectamente. Agradezco a usted el informe y le advierto que no me afecta en lo más mínimo.

- JUSTINA: Ya le afectará algún día... ¿Vamos, Maruja?
- MARUJA: Vamos, Justina. (*Mutis hablando ruidosamente.*)
- ARTURO: ¡Y estas son las damas que representan la ética de esta ciudad!
- REGINA: ¡Qué puede asombrarme ya! (*Siempre habla tímidamente*). ¡Si tú supieras, Arturo! Ayer no pude decírtelo, pero desde hace días no me atrevo a salir a la calle. No hay mujer que me salude. No hay hombre que deje de saludarme. ¡Tan elocuente la actitud de las unas como la de los otros!
- ARTURO: Miserables... Desde hoy no darás un paso fuera de la casa, ¿entiendes?...
- REGINA: Pero... ¿y mi hijito, Arturo?
- ARTURO: Tú obedece.
- REGINA: Obedeceré. (*Pausa.*) Ve a buscar a mi madrina, por favor.
- ARTURO: Voy sí, y si vuelven esas, haz de manera que no vayan a dar a mi madre un nuevo disgusto. (*Mutis.*)

Regina llama, viene Tomás.

- REGINA: ¿Salió ya Arturo?
- TOMÁS: Sí, señorita.
- REGINA: ¿Juana y el chofer no han regresado?
- TOMÁS: No, señorita, creo que regresarán con la señora.
- REGINA: Tomás, si vuelven las señoras Justina y Maruja, no les permita la entrada, ni siquiera haga usted saber su vista a mi madrina.
- TOMÁS: Está bien, señorita.
- REGINA: Y... ¿Sabe usted, Tomás?... yo espero una visita.

La señorita María Luisa a quien usted conoce. Si cuando llegue han regresado mi madrina o Arturo, condúzcala usted a la huerta y avíseme. Si no han regresado hágala pasar aquí. Y en este caso cuando vea usted venir a mi madrina o a Arturo, venga y avíseme inmediatamente. ¿Me ha entendido, Tomás?

TOMÁS: Sí, señorita, haré como la señorita dispone. (*Mutis.*)

REGINA: (*Ve el reloj y vuelve a marcar número en el teléfono.*) Bueno... la señorita María Luisa, por favor... ¡Ah! ¿Ha salido?... ¿Hace mucho rato?... ¿no dejó recado?... Está bien, muchas gracias. (*Óyese el timbre en la entrada. Regina arregla rápidamente la habitación. Enciende la lámpara de pie.*)

MARÍA LUISA: (*Cortés pero fríamente.*) Buenas tardes.

REGINA: Gracias, María Luisa,... Siéntate. ¿Viste salir a Arturo?

MARÍA LUISA: Le vi desde el auto. Él no me vio afortunadamente.

REGINA: Sí, afortunadamente, porque es preciso que él ignore esta entrevista.

MARÍA LUISA: ¿Y por qué?... Bueno, pues como tú no se lo digas... Por mí nada sabrá, puesto que no he de volver a hablar con él.

REGINA: Es probable que sí.

MARÍA LUISA: No lo creo... Y bien, te escucho; lo que tengas que decirme dilo pronto y francamente. Me siento mal aquí. No debiste hacerme venir a esta casa.

REGINA: ¿Me hubieras recibido en la tuya?

MARÍA LUISA: No.

- REGINA: ¿Habrías aceptado hablar conmigo en un parque o en algún otro sitio a donde pudieran vernos?
- MARÍA LUISA: Tampoco.
- REGINA: Pues ya ves que no quedaba otro recurso que apelar a tu bondad para que vinieras aquí.
- MARÍA LUISA: Pues aquí estoy. Abreviemos.
- REGINA: Gracias, María Luisa. Abreviaremos, si tú te dignas contestar a dos preguntas consultando a tu corazón antes de responder.
- MARÍA LUISA: Creo que soy yo quien debiera interrogarte si mi dignidad no me impidiera hacerlo.
- REGINA: Pero cómo te lo impide...
- MARÍA LUISA: ¿Qué es lo que deseas saber?
- REGINA: ¿Sigues amando a Arturo?
- MARÍA LUISA: Yo... no lo sé... no lo sé... (*A punto de llorar.*)
- REGINA: Me has contestado ya, gracias. Le quieres, puesto que has venido, y dudas y te conmueves.
- MARÍA LUISA: Y bien...
- REGINA: ¿Te casarías con él si yo lograra justificarle a tus ojos?
- MARÍA LUISA: ¿Es que intentas burlarte de mí? ¿Me has traído aquí para recrearte en tu obra o me juzgas tan ingenua para creer cualquiera historia urdida por ti, o tal vez por ustedes dos?... Entonces nada quiero oír.
- REGINA: María Luisa...
- MARÍA LUISA: Dime mejor, si te parece, que tal vez Arturo no es tan culpable como parece serlo, porque fuiste tú, tú, quien le provocó para ganar, de una manera indigna, a un hombre que no te amaba, pero al que tú querías... sí, sí, todos

sabemos que querías a Arturo, tanto más, cuanto él más te humillaba.

REGINA: ¡Jamás me ha humillado Arturo! El que se haya enamorado de ti, nunca significó para mí una humillación. Yo le quería, yo le quiero, sí, pero guardé siempre mi secreto y si otros lo conocen, si el mismo Arturo pudo adivinarlo, es porque el amor, cuando se desborda del corazón, parece brotarnos por todos los poros... pero mi amor ha sido siempre callado, humilde, sin esperanza...

MARÍA LUISA: ¿Sin esperanza?... Pues ya ves cómo supiste convertirlo en una bochornosa realidad. ¿Es que ahora pretendes simular un renunciamiento para conmover los sentimientos de Arturo como supiste conmover sus sentidos?... ¿Renuncias a la reparación para reivindicarte a sus ojos?

REGINA: Basta, María Luisa. ¿No te he dicho que Arturo ignora y debe ignorar siempre esta entrevista?... Disculpo tu exaltación, la comprendo, y por lo que ella contiene de amor para Arturo, la admiro y la bendigo. No, yo no pretendo simular renunciamiento alguno, yo sólo he querido hacerte saber que Arturo es inocente.

MARÍA LUISA: ¿Qué dices?...

REGINA: Que sí es verdad que he caído, que estoy deshonrada, que tengo un hijo, ese hijo no lleva la sangre de Arturo.

MARÍA LUISA: ¡Regina!... Entonces...

REGINA: Nada te importe saber, sino que Arturo te quiere, que nunca dejó de quererte, que es inocente

y no existe ningún obstáculo para la felicidad de los dos.

MARÍA LUISA: ¡Oh!... (*Pausa. Reaccionando.*) ¡Ah, no! Tú mientes, estás mintiendo... Justina me ha hecho ver a tu hijo y... ese niño tiene toda la cara de Arturo. ¿Por qué pretendes engañarme, Regina? ¿Es que no te basta con haber destrozado mi corazón y mi vida?

REGINA: He dicho la verdad. Te lo juro sobre la cabeza inocente de mi hijo.

MARÍA LUISA: Mentira, no te creo. La evidencia de ese parecido es más fuerte que tus palabras y tus juramentos.

REGINA: María Luisa, cálmate y escucha. Tanto te estimo, que si estaba resignada a perder a Arturo era solamente porque lo ganabas tú... Yo sé que tú por educación, por tu bondad, por tu natural nobleza, eres capaz de sepultar para siempre en tu alma la más horrenda de las confidencias... ¿No es cierto?

MARÍA LUISA: Indudablemente.

REGINA: Júralo.

MARÍA LUISA: Sí, lo juro.

REGINA: Pues bien, yo creo en tu juramento... María Luisa, (*avergonzada, en voz baja.*) Mi hijito... es hermano de Arturo.

MARÍA LUISA: ¡Qué horror!... ¡Leonardo!...

REGINA: Sí (*larga pausa.*)

MARÍA LUISA: Pero entonces, ¿qué clase de moral hay en esta casa?... Tú, Carmelita... El mismo Arturo...

REGINA: Ahora tengo que hablarte hasta lo último. El rufián huyó después de consumir su infamia.

Mi madrina, sin sospechar quién es el culpable, me ampara y me retiene en esta casa. Arturo lo ignoraba todo hasta ayer al recibir tu carta. Y yo, María Luisa, yo, si permanezco aquí, es por no provocar una sospecha que acabaría con la vida de mi madrina. ¡Ayúdame tú a salvarla, porque esa vida está en tus manos ahora!... Porque es mi madrina lo único que me importa... Olvida lo que te he confiado y que sea tu cariño lo que guíe a Arturo para decidir lo que más convenga a todos... ¿Lo harás, lo harás María Luisa?...

MARÍA LUISA: Calla, me parece que alguien viene...

TOMÁS: Señorita, el señor Arturo llega...

REGINA: Está bien, Tomás. (*Mutis Tomás.*) ¿Qué hacer?... Ven, que no te vea, ven a mi cuarto... (*Inicia mutis.*)

ARTURO: Mamá no está en el consultorio del doctor. No atino a dónde pudo haber ido.

REGINA: Saluda, Arturo.

ARTURO: María Luisa, tú aquí...

REGINA: Yo le he rogado que viniese y ella ha sido tan buena que atendió mi súplica.

ARTURO: (*Severamente.*) Y ¿con qué objeto...?

REGINA: Perdóname, Arturo... no deseaba que tú supieras...

ARTURO: ¿Con qué objeto has hecho venir a María Luisa?

REGINA: Con el de ser yo, yo que tanto daño te he causado, quien pusiera nuevamente a María Luisa en tus brazos...

ARTURO: Y le has dicho...

REGINA: Que te han calumniado, que tú estás demasiado alto para...

- ARTURO: ¿Nada más?
- REGINA: (*Titubeante.*) No... para justificarte, me he visto precisada a decirle la verdad.
- ARTURO: ¿Tú has hecho eso? ¿Quién te autorizó para revelar un secreto vergonzoso que por desgracia no es solamente tuyo?
- REGINA: Ya lo sé... perdóname... pero María Luisa es muy buena, comprende, callará...
- MARÍA LUISA: Seguramente, callaré...
- ARTURO: Es posible. ¿Pero es que tú, Regina, no acabarás nunca de hacernos daño?
- REGINA: ¿Daño? ¿A ti?... ¡Si yo sólo aspiro a verte feliz!... y lo serás, Arturo, lo serás como lo es ya María Luisa sabiéndote inocente.
- ARTURO: ¿Es verdad eso, María Luisa?
- MARÍA LUISA: ¡Oh, sí, Arturo! ¡Es como si mi corazón acabara de resucitar!
- REGINA: Entonces, no aplacen más su matrimonio. Llévatela, Arturo, llévatela, lejos de todas estas amarguras, todas estas miserias...
- MARÍA LUISA: No, eso no.
- REGINA: ¿Qué dices?...
- MARÍA LUISA: Que yo te quiero Arturo, que te quiero con toda mi alma; pero que no puedo casarme contigo.
- REGINA: ¿Pero es que no te basta con saber que Arturo no sólo sigue siendo digno de ti, sino que ha sido víctima de la más vil de las calumnias?

Arturo calla y, cruzado de brazos, se limita a escuchar y a observar a las dos mujeres.

- MARÍA LUISA: Naturalmente que eso basta a mi corazón, pero ¿voy a desafiar al mundo entero? Puesto que la verdad ha de quedar oculta, ¿qué pensaría la sociedad, qué diría mi familia si yo me casara con un hombre que aparece como seductor de otra mujer y padre de un hijo que por mí habría de quedar sin amparo y sin nombre?...
- REGINA: No, no la tienes. El verdadero amor jamás puede sujetarse al parecer de una sociedad, de una familia que...
- MARÍA LUISA: El mío sí, aun siendo verdadero, porque está de por medio Arturo mismo. Si yo me casara con él, expondría ante el mundo mi propia reputación y entonces ya no sería yo una esposa digna de él.
- REGINA: Y cómo más digna que compartiendo su pena, su secreto, su destierro... Lo sabrían tú y él y esto es lo único que debe importarte... ¡Eso sería lo único que me importaría a mí!
- MARÍA LUISA: Porque tú... dispensa, Regina, no quiero ofenderte, pero es que tú, por desgracia, ya lo tienes todo perdido.
- REGINA: Y tú lo posees todo. ¡Por eso no te asusta sacrificar tu amor!
- ARTURO: Ni una palabra más, Regina. He callado, para dejar hablar libremente a María Luisa, a las dos. Tú estás obcecada. María Luisa tiene toda la razón. La posición social que está cimentada en la opinión pública, de conservarse a toda costa, aunque para ello sea preciso atropellar los sentimientos, las conciencias, los dictados

más elementales de justicia. Lodazal es el mundo y las personas decentes tienen la obligación de evitar que el lodo las salpique.

REGINA: Pero Arturo...

ARTURO: Te ordeno callar. Tú, María Luisa, te debes a tu casta, a tu buena fama, a tu posición social, a tus principios. Admiro tu discreción y tu fortaleza, y reverentemente te devuelvo tu palabra.

MARÍA LUISA: Y no obstante, yo te quiero y sufro mucho, Arturo.

ARTURO: Lo sé y te agradezco, pero ya lo ves, aun cuando el mundo conociera la verdad que en este caso nos llena a todos de vergüenza, tú quedarías del mismo modo, irremisiblemente perdida para mí.

MARÍA LUISA: No, Arturo, entonces no...

ARTURO: También, porque jamás una mujer de tu categoría social y moral, distinguida, virtuosa, valiente hasta el punto de prescindir de su amor por honrar a su familia y a su sociedad, podría adquirir lazos de unión con una familia deshonrada por un viejo sin escrúpulos y por esa madre de un hijo bastardo. (*Regina al oír, se echa a llorar calladamente.*)

MARÍA LUISA: Sin embargo, si la verdad se supiera...

ARTURO: No digas más. Serías tú capaz de constituirte en consolatoria de un hombre atado a una familia odiosa. Pero, ¿yo podría admitir semejante sacrificio?...

MARÍA LUISA: Arturo, creo encontrar un dejo de ironía en tus palabras...

ARTURO: ¡Oh, por Dios, de ninguna manera!

MARÍA LUISA: No sé... me siento agobiada, aturdida... ¿Me permites pensarlo todavía?... Me trajo aquí una esperanza de no sé qué... una esperanza indefinida...

ARTURO: La de que Regina confesara públicamente una falta cometida con cualquier aventurero, y que de esa manera yo, a salvo de toda sospecha, sin que pudiera alcanzarme la deshonra de esa mujer que al fin y al cabo no es mi hermana, pudiera ofrecerte el nombre limpio que tú mereces. Pues ya lo ves, en lugar de eso has encontrado aquí mayor vergüenza de la que imaginabas.

MARÍA LUISA: De lo que tú no eres responsable, Arturo.

ARTURO: ¡Pero eso sólo lo sabemos ella, tú y yo!...

MARÍA LUISA: Desgraciadamente.

ARTURO: Entonces, María Luisa, no sigas exponiéndote ni un minuto más a que la sociedad se entere de tu estancia en esta casa. Tu generosidad al venir aquí, la que tú no sabes cuánto te agradezco desde lo más profundo de mi alma, sería tildada de indigna complacencia, quién sabe si hasta de complicidad...Permíteme, María Luisa, que te acompañe...

MARÍA LUISA: ¡Oh! Nadie se enterara. He dejado mi coche en la esquina y lo he conducido yo misma.

ARTURO: Has hecho perfectamente. Entonces, te acompañaré sólo hasta la puerta.

MARÍA LUISA: Gracias, Arturo. Buenas noches, Regina.

ARTURO: Adiós, María Luisa...Y calla lo que sabes, por favor.

MARÍA LUISA: Lo he jurado (*Mutis con Arturo. Regina queda abismada. Regresa Arturo y pasea por el hall.*)

Ninguno se atreve a hablar. Regina mira a Arturo casi con miedo. Pausa.)

REGINA: Arturo, me guardas rencor ¿verdad?

ARTURO: *(Con afecto.)* No.

REGINA: Has dicho bien, yo nunca acabaré de hacerle daño.

ARTURO: No hablemos de ello.

REGINA: No parece sino que he nacido para herir a los seres que amo y respeto más profundamente.

ARTURO: *(Deteniéndose frente a ella.)* Cierto, hasta hoy parece que ese ha sido tu destino. Pero, ven acá, *(conmovido ante el silencioso dolor de Regina, toca afectuosamente su barba levantándola y obligándola a mirarle.)* ¿No sabes tú que el destino suele cambiar si sabemos colocar sobre él una mano que no tiemble?

REGINA: ¿Quieres decir con valor y voluntad?

ARTURO: Sí.

REGINA: ¡Oh, valor no me falta y mucho menos voluntad!... por eso me he puesto en tus manos, como quizá debí hacerlo desde un principio, para que tú dispongas... Pero por favor, no vuelvas a llamarme “madre de un bastardo”, ni me recuerdes que no soy siquiera hermana tuya.

ARTURO: ¿Es que no comprendiste por qué he hablado así?

REGINA: Porque tienes razón, porque yo no valgo nada, sobre todo para ti que eres el mejor de los hijos y el más noble de los hombres. *(Reclinando tímidamente la cabeza en el pecho de Arturo, quien la deja hacerlo compadecido. Luego, para terminar la situación dice.)*

- ARTURO: Bueno, se acabó. Mañana mismo intentaré convencer a mi madre de que debes abandonar la casa.
- REGINA: No lo conseguirás.
- ARTURO: Pues entonces, hablaré con él.
- REGINA: ¿Con tu padre?
- ARTURO: Con el padre de tu hijo.
- REGINA: No, eso no. ¡Él nada puede hacer tampoco!
- ARTURO: Puede sí, puede consolar a mi madre de tu ausencia con su... con su ternura de esposo modelo. Ella le quiere demasiado y el tiempo y la costumbre harán lo demás... ¿Y no me preguntarás qué voy a hacer por ti?...
- REGINA: ¿Para qué?
- ARTURO: ¿No te interesa?
- REGINA: No, teniendo a mi hijo conmigo y sabiendo que tú me desprecias.
- (Óyese un auto que llega.)*
- ARTURO: Serénate, que parece que mamá ha llegado... *(Yendo a la puerta y regresando con Carmelita que se apoya en él y en Juana, muy enferma.)*
- ARTURO: Llama al doctor.
- CARMELITITA: No. *(Regina y Arturo dan agua y sales a la enferma, Juana se va.)*
- REGINA: Madrina, es que lo necesitas.
- CARMELITITA: Lo que necesito es hablar contigo y con Arturo. No es el médico, sino ustedes, los que pueden hacer algo por mí.
- ARTURO: ¿Nosotros mamá?
- CARMELITITA: Sí, tú, hijo... tú, que bien sabes a lo que voy a referirme.
- ARTURO: Lo sé, madre.

CARMELITA: Y bien...

ARTURO: Y estoy dispuesto a ayudarte a solucionar este asunto de la manera más conveniente para todos.

CARMELITA: No hay más que una, Arturo.

ARTURO: De ella precisamente quería hablarte. Es preciso que Regina se aleje inmediatamente de aquí...

CARMELITA: ¿Qué dices?... ¡Qué se aleje la víctima, sin que tú, el culpable, rectifiques tu conducta y des tu nombre a tu hijo!

ARTURO: ¡Madre!

CARMELITA: Sí, a tu hijo. Y aun así, jamás dejaré de sentir la vergüenza de que tú hayas sido capaz de olvidar el respeto que merecen tu hogar, tus padres y esta pobre niña confinada a tu ternura de hermano.

ARTURO: Mamá óyeme...

CARMELITA: Nada. Regina no quería confesar para evitarme la pena de saber que mi hijo, educado cristianamente, dentro de la moral más estricta, pudiese haber cometido una felonía semejante. Y yo, ¡cómo podía sospecharlo de un hombre que parecía haberse erigido en paladín de la moral y de la justicia!... Pero ayer Justina me mostró la realidad, “el niño es igual a Arturo”. Y yo que no le había visto desde el día que naciera, he ido a verle y llena de dolor, me ha convencido de tu infamia.

REGINA: No, madrina, mi hijo no puede parecerse a Arturo. Te han sugestionado... te equivocas.

CARMELITA: Me equivoqué cuando juzgaba a mi hijo un hombre excepcional. Pero la naturaleza es

inflexible, no perdona, y en la cara de tu hijo, Arturo, grita y te acusa.

ARTURO: Me acusa...

CARMELITA: (*Esforzándose en dominar su mal, se acentúa.*) Sí, de haber seducido a una muchacha enamorada de ti desde niña... mientras tú amabas a otra... quizá no tan digna de ser amada... Te acusa de haber olvidado tus deberes de caballero y hermano, tu religión... los principios morales que te inculcaron tus padres...

ARTURO: Calla, calla, mamá.

REGINA: Madrina, acusas a Arturo injustamente. Repito que estás sugestionada, que mi niño no puede parecerse a él, porque es hijo de otro hombre al que yo me entregué celosa, despechada para acallar mi amor del que nunca debió ser para mí más que un hermano... He sido yo, solamente yo quien olvidó tus enseñanzas, quien deshonoró esta casa, quien mancilló tus canas y labró la infelicidad de todos...

CARMELITA: No sigas mintiendo... por cariño a él y por piedad a mí... es inútil... Ya él no podrá casarse con María Luisa enterada de esto como todo el mundo... Ahora veo claro, porque la gente sabe a qué atenerse y no por haberte amparado, era que se reía de mí, de mi credulidad, de mi ciega confianza en un hijo que hace mucho tiempo dejó de merecerla, (*bebe agua sintiéndose mal.*) Y lo que es peor, tras la culpa de callar... hablar de equidad, de justicia, de maldad de los hombres... y ahora, en vez de morir de vergüenza, negar... ¡Negar!...

- REGINA: Es que todos se equivocan, todos mienten, madrina.
- ARTURO: (*Tomando de pronto una resolución.*) No, no mienten, no se equivocan. Cálmate madre.
- CARMELITA: Arturo... Confieras al fin...
- ARTURO: Sí, mamá, confieso.
- REGINA: Pero yo niego, yo niego...
- ARTURO: Regina, ¡te mando callar!
- CARMELITA: Sí déjale que confiese... pero acá Arturo... Cómo es que tú, el buen hijo, el hombre probo, el profesionalista intachable... ¡cómo es que pudiese caer tan bajo!
- ARTURO: No sé, no sé...
- CARMELITA: Dime... ¿conoces a tu hijo?... ¿Le has visto?... ¡Eres tú, tú recién nacido!... Y ella, ¿no sabes cuánto te quiere, cuánto te ha querido siempre?... Remediarás el daño causado... ¿no es cierto, hijo?...
- ARTURO: ¡Cálmate mamá! Ten la seguridad de que se hará lo que tú quieras.
- CARMELITA: Te casarás con ella...
- REGINA: Eso no, madrina, seríamos desgraciados.
- CARMELITA: ¿Por qué?... Si es él mismo quien va a ofrecerte, como una reparación, toda su vida... Se casarán, recogerán al niño y los tres se irán de aquí hasta que se olvide este escándalo. De Leonardo me encargaré yo. Lo convenceré y les juro que jamás tendrá para ustedes un reproche... Y tú, Arturo, disculpa mis palabras demasiado duras... ¡Bien las has merecido hijo!... Regina... me siento muy mal... Llévame a mi cama y tranquilízate ya, hija... (*Se levanta ayudada por ambos y se encamina a su habitación.*) Arturo,

ahora sí llama al doctor... ¡Ah!... y contesta este telegrama de tu padre. (*Dádoselo.*) Dile que le esperaremos a más tardar dentro de un mes... ¡Ahora sí ya puede decidirse a venir! (*Hace mutis llevada por Regina y Arturo, quien regresa enseguida, llamando al teléfono.*)

ARTURO: ¿Doctor?... Sí Arturo, buenas noches... Le ruego que venga a la mayor brevedad, mi madre está mal... una impresión, un disgusto... Sí, ya sé que puede ser el fin para ella, pero desgraciadamente hay cosas que no se pueden evitar... Sí, doctor, cuanto antes... Muchas gracias.

Se acerca a la lámpara y lee el telegrama elevando la voz maquinalmente.

“Espero tu llamado no se deba a causas de salud. Imposible regresar hasta terminar liquidación de negocios. Mis partidarios tendrán paciencia. Saluda a Arturo. Háblame de Regina...” (*No lee más. Masculla la última frase, hace pedazos el papel y lo arroja con ira. Apaga la lámpara y se sienta en el sillón más apartado, hundiendo su figura y su pena en la oscuridad del hall. Pausa. Viene Regina envuelta la cabeza en un chal, caminando de puntillas, llevando un pequeño bulto de ropa y, sin ver a Arturo, atraviesa el hall y va a salir.*)

ARTURO: ¡Regina!

REGINA: ¡Ah! ¡Estás ahí...!

ARTURO: ¿A dónde vas?

REGINA: ¡Oh, Arturo!... (*Sollozando casi pegada a él.*)

ARTURO: ¿A dónde vas? (*Sin tocarla, pero sereno y afectuoso.*)

- REGINA: No lo sé... Allá... al mundo... adonde sea... lejos de aquí.
- ARTURO: ¿Y tu hijo?
- REGINA: Le llevaré conmigo.
- ARTURO: ¿Y... mi madre?
- REGINA: ¡Ella!... tú velarás por su vida... tú la consolarás.
- ARTURO: No es este el momento propicio para desaparecer. ¿No has pensado que tu huida después de lo acontecido la haría comprender y para ella no habría consuelo?
- REGINA: Pero, entonces, Arturo...
- ARTURO: No te vayas.
- REGINA: ¿Lo mandas tú?
- ARTURO: Te lo ruego. ¡Quédate!

Regina lentamente se dirige al fondo.

TELÓN

TERCER ACTO

La misma decoración del primer acto, jardín, invernadero, árboles, terraza, etc. Declina la tarde. Hay huellas de reciente lluvia, plantas destrozadas, la estatua de la Justicia con la espada rota. Han transcurrido cerca de dos meses.

Regina cerca de una labor de crochet que está sobre la mesita. Pepita y Marcos, que acaban de llegar están de pie.

- REGINA: Siéntate, Pepita, siéntese usted, Marcos.
- PEPITA: No señorita, muchas gracias. No hemos llegado a casa, porque antes que a los niños, Marcos y yo hemos querido dar a usted la buena noticia.

- REGINA: Pues me alegro y los felicito.
- PEPITA: ¡Ay, señorita! Si hubiera usted oído al señor Arturo... ¡Cuántas verdades les dije al juez y a mi marido! Al oírle me saltaba el corazón de una manera... Todo quedó arreglado en algo más de un mes, hasta mi divorcio.
- MARCOS: Y eso que el señor Arturo estaba tan apenado por la gravedad de doña Carmelita. Porque estuvo muy grave, ¿verdad?
- REGINA: Sí, cuarenta días de angustia, hasta que Arturo y yo conseguimos salvar, una vez más, la vida de mi madrina.
- MARCOS: Toda la población estaba afligida, como doña Carmelita ha sido siempre tan buena con todos...En el partido se esperaba que viniera don Leonardo.
- REGINA: No, Arturo no quiso avisarle... para no apenarle también, naturalmente. *(Para cambiar el asunto.)* Y ahora usted, Marcos, se casará con Pepita, ¿verdad?
- MARCOS: Es claro, señorita, de ser posible, mañana mismo. Y entonces ya serán míos los niños, que tontitos y traviosos sí son, pero a los que yo quiero muchísimo.
- REGINA: Ya lo sé, ya.
- PEPITA: Y esos niños y esa felicidad, se la deberemos a ustedes, señorita. ¡Dios les pagará lo que han hecho por nosotros!
- REGINA: Que le pague a Arturo que es quien lo merece y lo necesita.
- PEPITA: Ya le ha pagado dándole una... novia como usted, señorita.

- REGINA: Una novia... ¡Cómo yo!
- MARCOS: Claro una novia, una esposa como usted... Porque nosotros no podemos creer lo que por ahí se dice.
- REGINA: ¡Ah! Se dice todavía...
- PEPITA: ¡Marcos!
- MARCOS: Vaya, es bueno que la señorita lo sepa, para que si llega el caso pueda defenderse.
- REGINA: ¿Defenderme?
- MARCOS: Sí, señorita, porque ese antipático viejerio de la Liga Feminista, dice...
- PEPITA: Nada nuevo, señorita... que si ustedes se casan o no se casan... que si la señorita María Luisa...
- REGINA: ¡María Luisa!
- PEPITA: Sí, que si sigue enamorada del señor Arturo...
- MARCOS: Pero eso no es lo peor, sino que... si está resuelta a quitarle a usted el novio y el niño.
- REGINA: ¡A mi hijo!
- PEPITA: Sí, por eso ha hecho usted bien trayéndoselo a su lado.
- MARCOS: Claro, ¿cómo lo va a sacar de aquí?... ¡Aunque quisiera!
- PEPITA: Pero no se alarme usted, señorita Regina, ¡Apoco el señor Arturo que acaba de devolverme a mis hijos, iba a permitir que a usted le quitaran al suyo!...además sabemos que él...
- REGINA: ¡Él!...
- MARCOS: Que él, ahora, desprecia a la señorita María Luisa y nisiquiera ha consentido en hablar con ella.
- REGINA: ¿De veras?
- PEPITA: Pero si es la cosa más natural del mundo,

porque el señor Arturo es honrado y bueno. Sólo me explico que haya cometido una mala acción en uno de esos malos ratos que tenemos todos... Esas cosas vienen así, rodando, rodando como me vino a mí lo de éste... (*Por Marcos.*) ¿Verdad? Señorita.

REGINA: Sí, así vienen... rodando, hasta cercarnos primero, hasta aplastarnos después.

TOMÁS: Señorita, acaba de llegar un telegrama, es para la señora.

REGINA: Sí, es para ella. Está en su cuarto, lléveselo Tomás. (*Mutis Tomás.*)

MARCOS: Pues ya verá usted, señorita, cómo ustedes van a ser muy felices como nosotros, si ésta sigue siendo buena como hasta hoy lo ha sido.

REGINA: Lo será Marcos, no lo dude.

MARCOS: Y nos vamos, señorita. Le hemos dicho a usted, como al señor Arturo esta mañana, todo lo agradecidos que estamos.

Tomás sale de la casa y va al fondo.

PEPITA: Nunca olvidaremos lo que ustedes han hecho por nosotros, sobre todo usted. ¡Es como si el anillo que lleva usted en esa mano me hubiera traído la buena suerte, con solo tocarlo!

CARMELITA: (*Saliendo de la casa, a un tiempo alarmada y alegre.*) Regina... Regina... ¡Leonardo llega!

REGINA: ¡Llega!...

CARMELITA: Hoy mismo, dentro de un rato. El mensaje viene retrasado... Pepita, Marcos, háganme favor de buscar a Arturo. Díganle que su

- padre llega en el tren de esta noche. Que venga inmediatamente.
- PEPITA: Con mucho gusto, señora. Vamos enseguida.
- MARCOS: Adiós, señora y la felicito por el regreso del señor. (*Mutis con Pepita.*)
- CARMELITA: ¿Qué dices de esto, hija? Todo se precipita... Pues nada que como Leonardo no puede encontrar las cosas como están, ahora mismo tú y Arturo...
- REGINA: Sí, madrina, pero no te agites. Ya vendrá él y decidirá.
- CARMELITA: Ya todo está decidido. No hay más que ir y firmar el acta. Lo de la Iglesia lo haremos después. ¡Ay, que venga pronto Arturo!... Tomás... ¡Tomás! (*Muy nerviosa.*)
- TOMÁS: Señora...
- CARMELITA: El señor llega esta noche.
- TOMÁS: Esta noche, venir precisamente cuando la tempestad de la madrugada ha hecho tantos destrozos en el jardín... ¡Qué va a pensar el señor de mí...! Mire usted señora, hasta la estatua... ¿Pues no se le ha roto el sable?
- CARMELITA: Bueno, bueno, arregle usted al menos lo que él ha de ver al entrar.
- TOMÁS: Ya he apuntalado el magnolio grande y aseguraré la bugambilia sobre las tapias... Pero vea usted, señora, vea usted desde aquí... (*Señalando.*) Mire nomás el estanque. ¡Está hecho un lodazal!...
- CARMELITA: Pues ande, procure limpiarlo... conecte todas las mangueras... que salgan chorros de agua clara... pronto... (*Mutis Tomás.*) Y tú, Regina, corre, arréglate para salir conmigo y con Arturo.

REGINA: Todo se hará madrina. Pero domínate, te lo suplico.

Suena el timbre de la calle.

CARMELITITA: Y ahora, creo que alguien viene. Tomás, no recibo a nadie (*A Tomás que atraviesa un lado de la escena.*)

Voz de TOMÁS: La señora no puede recibir a ustedes.

Voz de JUSTINA: Es que nos urge hablar con Carmelita.

Voz de MARUJA: Es urgente, se trata de don Leonardo.

CARMELITITA: ¡De Leonardo! ¡Hágalas pasar Tomás!

REGINA: No madrinita, no las recibas.

CARMELITITA: ¿Pero no has oído que se trata de Leonardo?

REGINA: Está bien, te dejo con ellas. Yo no puedo, no quiero verlas. Y ojalá que no vengan a darte un nuevo disgusto. (*Mutis Regina por la terraza.*)

Vienen Justina, Maruja y un tipo estrafalario —sin llegar a la caricatura— ni joven, ni viejo, entre obrero y catrín algo así como esos politicastros de pueblo, o dirigente —sin que él mismo sepa qué de un sindicato. Este personaje no hablará, concentrándose a secundar todo lo que Justina y Maruja dicen, con movimientos de cabeza que significan “Sí” o “No”, y a veces también con movimientos de manos.

JUSTINA: Buenas tardes, Carmelita. Tengo el gusto de presentarle a usted al compañero Gorívar, uno de los dirigentes de nuestro partido.

CARMELITITA: Mucho gusto, señor. (*El “compañero” se quita el sombrero saludando, sin atreverse a hablar y disimulando su turbación.*)

JUSTINA: Aunque hace tiempo que no visitábamos esta casa, Carmelita, ahora no hemos resistido el deseo de venir a felicitarla por el regreso de su esposo.

CARMELITA: Pero cómo lo saben ustedes, si yo apenas hace un momento...

MARUJA: Es que don Leonardo avisó al partido por teléfono. ¡Y no se imagina usted el recibimiento que le preparan sus partidarios! Se está engalanando toda la ciudad. *(Goríbar asiente, volviendo la cabeza para mirar a Maruja o a Justina, conforme hablan. Su comicidad está en tales ademanes.)*

CARMELITA: Pues yo creía...

JUSTINA: ¿Qué se le rechazaba políticamente? Nada de eso. Desde que Maruja y yo supimos que Arturito y Regina se casaban, no hemos hecho más que atraer la opinión pública en su favor. La Liga Feminista adherida a nuestro "Partido Orientador", que fue la primera en oponerse a su candidatura, ahora ha trabajado por recuperar el terreno perdido con el asunto de los muchachos.

CARMELITA: *(Ilusionada.)* Entonces...

JUSTINA: Ya sabe usted, Carmelita, que suelen influir mucho esos asuntos íntimos. La gente no se conforma con antecedentes políticos, se desempeña a escudriñar en la vida privada... pero una vez solucionado el caso...

MARUJA: Solucionado gracias a la energía de usted, Carmelita, y al oportuno aviso que hace dos meses Justina y yo permitimos...

- JUSTINA: Permítame, Maruja. Decía yo, que una vez solucionado el caso, don Leonardo ha vuelto a ser el candidato del pueblo, el hombre que representa todos los anhelos sociales de mejoramiento y justicia. (*Grandes ademanes de asentimiento del camarada.*)
- CARMELITITA: Pues les agradezco a ustedes la buena nueva. Muy ajena estaba yo de sospechar semejante reacción a favor de Leonardo.
- MARUJA: ¡Qué mayor sería para los muchachos si se hubieran casado ya!
- CARMELITITA: Lo hubiesen hecho Maruja; pero mi larga enfermedad... y ahora esta decisión de Leonardo, tan repentina...
- JUSTINA: No tanto, que Maruja y yo hemos preparado a usted esta sorpresa.
- CARMELITITA: ¿Ustedes? Y cómo...
- JUSTINA: Como amigas de usted, como presidenta y secretaria, respectivamente, de la Liga Feminista, nos permitimos telegrafiar a Leonardo: “Venga usted, nuestra ciudad lo necesita”. Y agregamos como argumento definitivo: “Casados Arturo y Regina, Carmelita queda sola y enferma”. Y ya ve usted los resultados.
- CARMELITITA: (*Reaccionando indignada.*) Pero hacerle saber eso, sin consultarme siquiera...
- JUSTINA: ¡Oh, está usted tan enferma! ¡Peor hubiera sido hacerle saber lo otro... lo del niño...! Y además, no olvide usted que políticamente urgía una determinación. Ya no son tiempos en que la opinión de las mujeres no servía para nada. Ahora las mujeres podemos mucho, lo pode-

mos todo. Y ésta y yo, en la última asamblea del Partido, convencimos a los compañeros, que aquí entre nosotros, son en su mayoría muy brutos...

COMPAÑERO GORÍBAR: (*Asiente como de costumbre, pero dándose cuenta de lo que ha oído, levanta la mano.*) ¡Moción de orden!... Compañera, en vista de lo que usted acaba de expresar, por dignidad, yo me retiro... (*Encaminándose a la salida.*)

JUSTINA: (*Tratando de enmendar.*) Un momento, compañero, usted no me ha dejado terminar. “Son en su mayoría muy brutos, excepto una selecta minoría a la cual pertenece el compañero aquí presente”.

COMPAÑERO GORÍBAR: (*Regresando.*) ¡Ah, vamos! (*Colocándose donde estaba y continuando en una actitud anterior.*)

JUSTINA: Terminado el incidente, continuaré. Decía a usted, Carmelita, que ésta y yo demostraremos que una vez reparada la falta cometida por su hijo, no había porque privar a nuestra ciudad de la honesta actuación pública del padre.

CARMELITA: Es verdad, pero además de que disgusta mucho que dentro de un partido político se discutan nuestros asuntos íntimos, esta oficiosa intervención de ustedes ha echado por tierra todos mis proyectos. Lo que yo deseaba hacer saber a Leonardo con todo tacto y delicadeza, tendrá ahora que saberlo en forma ruda, repentina, cruel.

MARUJA: En realidad, nosotras no creíamos que él se decidiera a venir tan pronto.

JUSTINA: Tú no, Maruja, yo sí contaba con ello. Su tierra y sobre todo su hogar, le necesitan. Ya ve usted, Carmelita, que todo ha sido hecho con la mejor intención.

CARMELITA: Sí, como siempre, ya lo veo.

JUSTINA: Y nos vamos. Usted tendrá que dar prisa a estos muchachos para... bueno, usted me entiende, si es que todavía hay tiempo hoy... Si no, mañana, don Leonardo... Nosotras estamos citadas en el partido para formar parte de la comitiva que ya debe estar preparándose para ir a la estación.

MARUJA: ¿Usted no irá, Carmelita?

JUSTINA: No, cómo va a ir... convaleciente como está no le convienen las aglomeraciones... Puede esperar a don Leonardo en el balcón... le verá llegar. ¡Está la estación tan cerca! ¿No es verdad, Carmelita?

CARMELITA: Sí.

JUSTINA: Pues adiós, entonces, ya que sólo hemos querido prepararla a usted para esta gran felicidad que le espera. Buenas tardes, Carmelita.

CARMELITA: Adiós. *(Se adelantan Justina y Maruja. El compañero Goríbar se acerca a Carmelita.)*

COMPAÑERO GORÍBAR: Buenas tardes, compañera. *(Y ante el movimiento de Carmelita rectificava.)* ¡Señora! ¡Buenas tardes, señora!...

(Carmelita no responde y él sale.)

CARMELITA: ¡Regina!

REGINA: Madrinita...

- CARMELITITA: Ellas, ellas son las culpables de este inesperado regreso de Leonardo.
- REGINA: Lo presentía...
- CARMELITITA: Y Arturo que no viene...
- REGINA: Ya vendrá madrina... anda, descansa un momento... Mira que después de este disgusto que habrá sido grande...
- CARMELITITA: No del todo... Lo mismo de siempre aunque ahora atenuado por la buena noticia del entusiasmo con que van a recibir a mi pobre Leonardo... Es justo, es justo...
- REGINA: De todas maneras te conviene calmarte, reposar un rato... Yo te avisaré cuando llegue Arturo.
- CARMELITITA: Es que apenas tendrán ustedes tiempo...
- REGINA: Lo tendremos. (*Con intención.*) Yo le juro que todo se arreglará ahora mismo.
- CARMELITITA: ¡Ah! Naturalmente.
- REGINA: Pues entonces, cálmate, estás muy nerviosa.
- CARMELITITA: ¡Claro! Figúrate, volver a ver a Leonardo después de tan larga ausencia y de tantas amarguras.
- REGINA: Muy triste sería que fueras a recaer, precisamente ahora que vas a ser tan feliz... Anda, madrinita, recuéstate un rato. (*Encaminándose a la terraza.*)
- CARMELITITA: Y me avisarás... ¿Verdad?
- REGINA: Sí, te lo prometo (*Mutis Carmelita.*) ¡Tomás!
- TOMÁS: Señorita...
- REGINA: Vaya usted, pronto, corra usted todos los sitios donde pueda estar Arturo y dígame que venga enseguida.
- TOMÁS: Iré directamente a su bufete.

- REGINA: No está ahí, ya he telefonado.
- TOMÁS: Entonces iré... ¡Ah! Pero abren la reja... debe ser el señor... sí, es él, señorita.
- REGINA: Está bien, vaya a sus ocupaciones Tomás. (*Mutis Tomás. Llega Arturo precipitadamente.*) Arturo, ¿sabes?...
- ARTURO: Lo sé.
- REGINA: Y...
- ARTURO: Y vengo por ti, Regina.
- REGINA: ¿Por mí?...
- ARTURO: Sí, inmediatamente, antes de que llegue aquel a quien tú no debes ver.
- REGINA: ¡Oh sí! Sálvame de mirarle, llévame contigo.
- ARTURO: Prepárate con mi hijo. Saldremos de aquí en el mismo tren en que llega él...
- REGINA: ¿Saldremos?... ¿Tú, Arturo?...
- ARTURO: Sí, yo.
- REGINA: No discuto lo que tú ordenas. Obedeceré. Pero habla antes con mi madrina... ¿Qué va a decir?... Está resuelta a que vayamos inmediatamente al registro civil... Entiendo que ya ella tomó con anterioridad las medidas necesarias...
- ARTURO: Iremos, pues.
- REGINA: Oh no, eso no...
- ARTURO: Óyeme Regina, cuando un padre de familia muere y deja pendiente una deuda, los hijos están obligados a pagar. Ahora se trata de una deuda de honor y yo pago. Es el mismo caso.
- REGINA: No, esta deuda es tan personal y tan... bochornosa, que yo no admitiré que tú la pagues sacrificándote.

- ARTURO: ¿No la habías admitido ya?
- REGINA: Nunca. Obedecí callando y esperando, nada más. (*Pausa.*) Arturo, tú debes saber que María Luisa ha reflexionado, y que está dispuesta a arrojarse todo, abjurar de sus prejuicios y casarse contigo.
- ARTURO: Lo sé. Demasiado tarde porque ahora he reflexionado yo.
- REGINA: Habla tu resentimiento.
- ARTURO: Habla mi convicción. He dejado de amarla.
- REGINA: ¡Arturo!
- ARTURO: (*Sin atenderla.*) O tal vez no la quise nunca. De otra manera no hubiera sido tan rápido, tan definitiva mi desilusión al verla acobardada ante un fallo social que ella sabía injusto y por injusto despreciable.
- REGINA: Eres demasiado severo al juzgarla. A la sociedad no se le desafía impunemente. Y no olvides que la mujer que teme al fallo social, ya ofrece, sólo por eso una garantía de virtud.
- ARTURO: Virtud convencional, por orgullo o por miedo.
- REGINA: De cualquier manera, virtud. (*Siempre hablando con humildad.*)
- ARTURO: Pues insignificante será siempre la mujer que sólo es virtuosa por temor a la sociedad, y egoísta la que, por parecerlo, realiza, a sabiendas, una injusticia nefasta. No, Regina, el camino recto no lo señala la sociedad, sino la conciencia.
- REGINA: Es verdad, pero en ocasiones se establece una pugna entre lo que la sociedad exige y lo que la conciencia ordena. Y en tal disyuntiva estuvo María Luisa. Perdónala...

ARTURO: *(Interrumpiendo.)* No hablemos más de ella, te lo ruego.

REGINA: Está bien Arturo. Pero aunque tú ya no la quieras, yo no puedo admitir el sacrificio de toda tu vida por cubrir las apariencias. Desapareceremos mi hijo y yo, a través del tiempo, que todo borra, otra mujer vendrá para hacerte feliz.

ARTURO: Regina... *(Tomando de pronto una resolución.)* Ven aquí cerca de mí y escúchame. *(Sentándola a su lado.)* Existe para mí una sola hora inolvidable entre todas las de mi vida. Fue aquella en que, junto a una novia medrosa y empequeñecida, vi de pronto levantarse a una mujer a la que me pareció mirar por primera vez. Una mujer bellísima en su humildad y en su infortunio, la que ultrajada por el hombre que como un padre debió ampararla, permanecía sin embargo en esta casa atada por la gratitud hacia una esposa ingenua, enferma, anciana y desvalida. *(Regina que al principio le miró sorprendida y después emocionada, empieza a llorar calladamente cubriéndose el rostro con las manos.)* Era una mujer victimada por la maldad ajena, acorralada por el puritanismo social, atormentada hasta en aquello que otras mujeres honran y divinizan, la maternidad.

REGINA: ¡Oh!... *(Sollozando.)*

ARTURO: Después volví a mirarla... cerca del hijo de su vergüenza para llenarlo de besos... cerca de mi madre casi moribunda, para ayudarme a salvarla. ¡Una vez más! Con sus desvelos y su

ternura... Y yo, siempre sediento de justicia y de verdad, de actitud y de amor, ¿podía, dime, dejar de comparar, de compadecer, de preferir y de amar?

REGINA: Arturo... Arturo... (*Enclavijando las manos y mirándole.*)

ARTURO: Te quiero, Regina... No sé, si por deslumbramiento, o porque sin comprenderlo te había querido siempre.

REGINA: ¡Oh, repite eso, repítelo!

ARTURO: Te quiero... ¡Óyelo!... ¡Te quiero!

REGINA: Dilo, dilo otra vez...

ARTURO: Te quiero y ya no podré amar nunca a otra mujer, después de haberme asomado al alma de la mejor de todas las mujeres.

REGINA: La mejor de las mujeres... ¡Yo!... ¡Y es él, él quien lo dice! Gracias Arturo... Ahora sí podré seguir mi camino, valiente, dichosa, segura de mí misma.

ARTURO: Y conmigo, Regina, conmigo.

REGINA: No.

ARTURO: ¿Qué dices? ¿No habías aceptado ese matrimonio que el mundo, que mi madre misma nos impone, como la única solución posible?

REGINA: No, ya te he dicho que sólo simulaba aceptarlo como tú, esperando siempre lo imprevisto.

ARTURO: Pero ahora, sabiendo que te quiero y que sólo en ti está mi felicidad...

REGINA: Menos aún. Ese matrimonio que en último caso sólo habría sido un recurso heroico de tu parte para salvar a otros, ahora sería amor, y por lo tanto, culpa.

- ARTURO: No por amarnos habremos dejado de encubrir la vileza ajena, de salvar la vida y la tranquilidad de mi madre, de acatar lo que nos ordena en nombre de la ética social.
- REGINA: Cierto, pero tú lo has dicho. Sobre la sociedad está la conciencia.
- ARTURO: Y qué hay en tu conciencia y en la mía sino claridad y amores puros. ¡Qué culpa tenemos nosotros de la equivocación del mundo que por redimir un pecado que no hemos cometido, nos conduce precisamente a lo que él mismo denominaría inmoralidad!
- REGINA: ¿Ya lo ves? ¡Inmoralidad!
- ARTURO: No para nuestra conciencia. Ser inmoral presupone voluntad de serlo y nosotros no hemos hecho más que sufrir, salvar a otros y, ahora, obedecer. Crimen es la destrucción y nosotros solo tratamos de reconstruir. La reputación de un gran político, la existencia de mi madre, las nuestras, la de tu hijo.
- REGINA: ¡Mi hijo!
- ARTURO: Tu hijo que si no llevara mi sangre, si fuera hijo de cualquier aventurero, darle mi nombre sería ante la sociedad, la acción más caritativa y noble; pero al que siendo mi hermano, llevando la misma sangre que corre por mis venas, no puedo darle el nombre que por derecho le pertenece porque eso sería para el mundo un hecho indecoroso, atentatorio a los principios de la sociedad honrada. ¿Y vamos a someternos a tan equivocado concepto de moral y del sentimiento humano?

- REGINA: Así es la vida, Arturo.
- ARTURO: No, la vida no, que es obra de Dios. Así es el mundo, que es obra de los hombres.
- REGINA: Pero entre hombres vivimos.
- ARTURO: Pues vayamos más allá de la humanidad mezquina. No olvides que se me exige una reparación y que ahora mi alma te la ofrece leal y tiernamente.
- REGINA: Pero te la exige porque todos ignoran la verdad.
- ARTURO: Pues será la primera vez que algo bueno realice la ignorancia.
- REGINA: Si la verdad se conociera se nos acusaría de un hecho infame casi incestuoso...
- ARTURO: Apreciación convencional, tan injusta, tan falsa, como el concepto que se tiene del gran político que llega hoy. *(Pausa.)* Ven Regina, *(llevándola al centro de jardín.)* Contempla desde aquí aquellas torres engalanadas, esa pequeña calzada que conduce a la Estación, llena de gente que se apresta a recibir con música, banderas y farolitos al hombre probo que representa infinitos anhelos de justicia y reivindicación social. Y mira ahí, a Tomás, empeñado en extraer agua clara del estanque convertido en ciénega por la tempestad. ¡Ah, Regina, también la inconciencia y la maldad humana han hecho del mundo una inmensa ciénega, de la que en vano queremos extraer, tú y yo un poco de agua clara!
- REGINA: Lo sé. Por eso ya no espero nada, a no ser de ti y de mi madrina,
- ARTURO: *(Suavemente.)* De mi madre, pobrecita, que es como aquella flor única en medio del lodazal.

- REGINA: Pues que permanezca siempre así, blanca, pura, erguida sobre el cieno que la rodea.
- ARTURO: Pero para eso es preciso que nunca llegue a saber, a sospechar siquiera... y esto sólo tú y yo podemos conseguirlo.
- REGINA: ¿Hundiéndose también en la ciénega?
- ARTURO: No, asomándonos solamente a ella desde lo alto, como las estrellas.
- REGINA: (*Suspirando.*) ¡Oh, Arturo!
- ARTURO: (*Tomándola por ambas manos.*) Ya no dudes más, ya no tienes tiempo para dudar. (*Ella sonríe y baja la cabeza.*) Anda, avisa a mi madre que nos vamos, prepárate rápidamente... (*Conduciéndola hasta la terraza.*) Y pronto, Regina, que es tarde...
- REGINA: (*Volviéndose. Desde la terraza.*) Arturo... dime una vez más que me quieres.
- ARTURO: Con toda mi alma.
- REGINA: Oh, así de cualquier manera, pase lo que pase. ¡Qué feliz soy Arturo! (*Entra y se la oye decir adentro.*) Madrina, ha llegado Arturo...
- ARTURO: (*Llama y dice a Juana que viene.*) Juana ayude usted a la señorita Regina y hágame el favor de arreglarme en un veliz algo de ropa. Poca, lo más indispensable. Lo demás lo mandarán después.
- JUANA: ¿Se va de viaje el señor?
- ARTURO: Sí, ahora mismo, dese usted prisa, por favor. (*Mutis Juana.*)
- CARMELITA: Hijo, gracias a Dios que has venido ¿sabes ya, verdad?
- ARTURO: Sí mamá, he hablado con Regina.

CARMELITA: Acaba de decírmelo, y muy emocionada, llorando, me ha pedido que la bendiga.

ARTURO: Y tú...

CARMELITA: Con mi bendición le he dado toda mi alma. Serás feliz con ella... Arturo, y nunca te arrepentirás de lo que vas a hacer.

ARTURO: Lo sé, madre.

CARMELITA: Y vamos, que no tenemos tiempo que perder.

ARTURO: Tú no irás, mamá, te lo suplico... quédate para recibir al que llega... Regina, el niño y yo, nos vamos de esta casa y de la ciudad.

CARMELITA: ¿Se van?...

ARTURO: Ahora mismo.

CARMELITA: Por tu padre, ¿verdad?... Sí, tal vez sea lo mejor. Así yo podré hablar con él más libremente, mañana, de ser posible ahora mismo... y de esa manera cuando ustedes regresen dentro de algunos días...

ARTURO: Es que yo he resuelto radicar lejos de aquí.

CARMELITA: ¡Irse! ¡Dejarme! ¿Y por qué?

ARTURO: Porque no quiero vivir entre esta gente que tanto ofendió a Regina.

CARMELITA: Por causa tuya, hijito... Pero una vez que...

ARTURO: De todas maneras. No quiero proporcionar a... esa gente, el gusto de llevar a cabo una rectificación de su actitud.

CARMELITA: ¿Y yo, Arturo?

ARTURO: (*Emocionado.*) ¡Tú, madre!

CARMELITA: Sí, yo, ¿cómo podré vivir lejos de mis hijos, de mis tres hijos?

ARTURO: Porque tendrás cerca de ti a otro ser que te es tan amado como nosotros.

- CARMELITA: Mi Leonardo, sí; pero él no podrá suplirlos a ustedes en mi vida y en mi corazón.
- ARTURO: Suplirnos, no. Consolarte de nuestra ausencia, sí podrá hacerlo, mamá.
- CARMELITA: Ah, no. Tú reflexionarás, estoy segura, los tres volverán muy pronto para alegrar este viejo nido. Unos días, sólo unos días mientras yo afronto la situación. Después, ya ni sombras ni temores, volverán para abrazar a su padre...
- ARTURO: No podemos discutir eso ahora...
- CARMELITA: Pues vayan, hijo, que un pequeño viaje sí es conveniente. Pero no olvides que tu padre y yo nos hacemos viejos y que se van acortando las horas que hemos de pasar a tu lado.
- ARTURO: Para que las tuyas sean dichosas, mamá. ¡Oh, tú no lo sabes! Regina y yo somos capaces de todos los sacrificios. (*Viene Juana con un veliz y un abrigo. Arturo le indica que deje todo en la terraza. Mutis Juana.*)
- CARMELITA: Lo sé, mi hijito, cómo no voy a saberlo, Por eso volverán en cuanto yo les avise... porque los dos también saben que sin ustedes no hay tranquilidad para mí, ni siquiera sabiéndolos dichosos. (*Óyese una música lejana.*) ¿Oyes?... Es el tren que llega, que viene Leonardo... ¡Regina!... ¡Juana!... ¡Juana!...
- JUANA: ¿Señora?
- CARMELITA: Dile a Regina que se apresure, que venga inmediatamente, Hijo, ya es de noche... ya no podrán casarse... (*Muy nerviosa.*)

- ARTURO: Y además, el tren llega... y se va... pero no te aflijas, lo haremos mañana mismo, allá... no sé adónde... Adónde vayamos.
- CARMELITA: Júralo, Arturo, júramelo por ti, por Regina, por el niño.
- ARTURO: Sí, madre, sobre todo ante Dios.
- CARMELITA: Claro, ante él que todo lo sabe y lo perdona.
- ARTURO: Tú lo has dicho. Que todo lo sabe y lo perdona.
- CARMELITA: Confío en ti y él... ¡Regina! ¡Regina!
- JUANA: La señorita Regina no está...
- CARMELITA: ¿No está?
- ARTURO: ¿Cómo?... ¡Tomás! ¡Tomás!
- TOMÁS: Señor...
- ARTURO: ¿Ha visto usted a la señorita Regina?
- TOMÁS: Sí señor. Hace un momento salió con el niño y me hizo conducir algunos bultos a la puerta chica de la huerta. (*Señalando atrás de la casa.*) Ahí tomó un coche que la esperaba. Seguramente lo llamará por teléfono.
- ARTURO: Está bien... (*Mutis Tomás y Juana.*) ¡Se ha ido, madre!
- CARMELITA: Sí, se ha ido. Por eso lloraba, por eso me pidió que la bendijera... ¡Oh, Arturo! ¡Es que ella sigue dudando de ti, corre hijo, alcánzala, convéncela, dile que la quieres... que no la abandonarás... que Leonardo y yo los esperaremos siempre, siempre! Anda, hijo... (*Arturo toma veliz y abrigo y Carmelita le sigue hasta la terraza.*)
- JUANA: Señora... Venga usted al balcón, creo que el señor viene; la gente corre hacia la Estación (*Mutis.*)
- ARTURO: Ve, mamá, ve tranquilízate... Yo buscaré a Regina y todo se hará como tú deseas.

CARMELITA: Y me escribes, mañana mismo.

ARTURO: (*Abrazándola.*) Sí, mamá, ¡adiós mi viejita querida!...

Se oye que la música se acerca. Voces lejanas que lanzan vivas. Carmelita entra. Arturo se dirige a la salida, pero, para evitar el tumulto o quizá para no encontrarse con el que llega, regresa encaminándose hacia la parte de atrás de la casa, donde Tomás ha indicado que se encuentra la puerta pequeña de la huerta. Al hacerlo pasa junto a la estatua de Temmis, sonrío amargamente y dice.

ARTURO: ¡Pobre Astrea!... ¡Si pudieras verme huir así, decepcionado de tu triste significación en la conciencia humana, a mí, que tanto te he buscado y defendido!
¿Me condenarías acaso? ¿Me condenarías tú, Madre de la Ley, de la Equidad y de la Paz que para la humanidad, más ciega que tú, son deidades falsas y palabras vanas?... Y sin embargo, tú existes, existes ahí (*señalando al público.*) En la conciencia de cada hombre... (*Al público.*) Y vosotros, que ahora sois mi conciencia, Decid si voy en pos de estos dos seres inocentes que el mundo condena, un niño que lleva mi sangre y una mujer que está en mi corazón. ¿Consumo una indignidad o cumplo con un deber?... ¿Soy solamente un desventurado o soy también un inmoral? Emitid vuestro fallo que yo escucharé aquí, dentro de mí mismo. Por lo pronto (*mirando su reloj.*) Va a partir el tren que ha traído al triunfador que viene

a realizar todas las esperanzas de un pueblo,
y lleva una vencida cuya única esperanza está
en el hijo que comparte su deshonra y su des-
amparo. No puedo detenerme más...
Señoras y señores, muy buenas noches.

*La música se escucha hasta el último, así como las voces, acer-
cándose mientras Arturo se encamina a la salida de la huerta.*

TELÓN

CONCHA MICHEL (1897-1950)

ÁLVARO ESPINOZA

En los surcos de las parcelas de México todavía resuenan sus pasos y los campesinos de Michoacán escuchan los corridos que cantaba acompañada de su guitarra.

Para Concha Michel, el principio de vida es: la madre, el padre y el hijo. No Dios ni el diablo ni el dolor. Ella es una de las mujeres más importantes de la época posrevolucionaria, que incursionó en diferentes ámbitos del arte en nuestro país. Escribió teatro social, histórico y musical. Fue investigadora de nuestras raíces. Defensora de las mujeres del campo. Durante el Cardenismo viajó por todo el país enseñando a las mujeres campesinas otros oficios. Rescató la música indígena en diferentes estados.

Michel vivió el nacimiento de lo que más tarde sería el PRI y vio pasar, desde su militancia feminista, todos los sexenios priistas hasta 1991.

En 1918 se hizo militante del Partido Comunista, durando sólo dos años, por no estar de acuerdo con los lineamientos partidistas y la actitud machista de los dirigentes. Concha, como sus allegados la llamaban, estaba en desacuerdo con las formas de tratar la violencia de género como reacción, cuando la mujer comete adulterio, el macho mexicano no sabe perdonar, porque no está capacitado, decía Concha Michel.

Llevó a Europa su colección de trajes de diferentes regiones, hechos por mujeres indígenas y joyas diseñadas por orfebres mexicanos que lució en su espectáculo de canto en los teatros europeos.

Luchó siempre, hasta su muerte, por la igualdad de género. Precursora de la teoría de la dualidad; el equilibrio entre la mujer y el hombre, la equidad de género. Eso de lo que hoy se habla tanto fue un aporte de Concha Michel. Su teatro de crítica social sigue vigente contra todo lo establecido por el autoritarismo patriarcal. El sol redondo y colorado alumbra a todos, pero la justicia social para el campesino no llega.

Cautiverio en libertad es un drama sinfónico que trata sobre la forma en que se aplica la justicia, en donde no se incluye a la mujer. Carmina es maltratada por el marido, él la acusa de adúltera para quitarle a su hijo y el juez le da la razón a éste. Carmina, de manera inteligente le hace creer al marido que está arrepentida para, finalmente, ella quedarse con su hijo.

Entre sus obras de teatro más importantes están: *Teatro Revolucionario y Popular, Obras de teatro para la mujer, Organismo, De nuestra vida. Mitos en ocaso.*

Concha Michel fue una activista, cantante, dramaturga, poeta e investigadora antropológica, formó el Instituto del Folklor en Michoacán y Guanajuato.

CAUTIVERIO EN LIBERTAD

CONCHA MICHEL

DRAMA SINFÓNICO EN 2 ACTOS Y 6 CUADROS

PERSONAJES DEL PRIMER ACTO:

Maga Primera, 50 años
Maga Segunda, 20 años
Carmina, 20 años
Brujo, 50 años
Niño, 2 años
Un juez
Un comisario
Un policía

PERSONAJES DEL SEGUNDO ACTO:

Carmina
La Madre ciega
El Hombre bestia
Victoria
Isabela
Mujeres campesinas con niños
El Amo Mayor
Las dos magas
Cinco pillos
Diez guardias

Vestuario: Maga Primera, de blanco; Maga Segunda, de azul; Carmina, de morado y rojo; Niño, de blanco. Los demás personajes, de oscuro.

ACTO PRIMERO

PRIMER CUADRO

ESCENARIO: *Pradera florecida. Hora, amanecer.*

Inicia la obra con preludio musical, al ir finalizando éste, se acercan las magas al centro de la escena y comienza la Maga Primera su invocación, con acento de profetiza.

MAGA PRIMERA: ¡Mares!... ¡Montes!... ¡Moles majestuosas
he morado!

¿Por qué?, ¿de dónde?, ¿no pregunto ni me ufano!

¡Natura por sí misma va cantando!

¡Vibra la vida por doquier va pasando!

¡Oh, toda madre, todo padre es la esencia de
la vida!

¿A qué temer?... ¿por qué la duda de la nada y
los delirios del diablo y del dolor?

¡Dios, dolor, diablo, de la ignorancia el resultado!

¡Afirmación: madre, padre, hijo!

de lo cual soy origen, ¡oh prodigio!

y en orden alternado

¡unas veces soy el producto

y otras soy el principio!

CARMINA: *(Con expresión de perplejidad interrumpe.)*

¡No comprendo lenguaje tan extraño,

y sin embargo, presiento un infinito
de poder y grandeza!...

No me ufano en definir las palabras.

¡Lo que quiero es la esencia!...

Si es que tú como yo, somos origen

y también resultado,
pues como tal nos corresponde un sitio.
¡Y ese lugar no lo hallo,
por más que lo he buscado!...

MAGA SEGUNDA: Tienes razón;

tu análisis es cierto.
El lugar del PRINCIPIO,
¡Dios, diablo y dolor lo han ocupado!
Y así en monstruoso AYUNTAMIENTO
Dios, diablo, usurpan al PRINCIPIO,
—MADRE, PADRE, HIJO—
¡La raíz madre sitio!
¡Es la carcoma que se nutre de vida
y deja el exterminio!

CARMINA: ¿Es que el principio mismo está dañado,
y de carcoma y monstruos,
somos el resultado?...

MAGA PRIMERA: ¡Es la sombra el reverso de la luz!
¡Es la muerte el reverso de la vida!
¡Es lo malo el reverso de lo bueno!
¡Pero una cosa es causa, y otra efecto!
¡Nuevamente vayamos a la causa
y otro efecto hallaremos!
La distancia de la fuente a nosotros
de agentes está lleno.
Pues vayamos cuanto antes a la fuente
y al traficante de la vida
¡Quitémosle de en medio!
(*Hablando para ella misma.*)
¡El producto puede estar contra el germen
pero el germen no está contra sí mismo!

CUADRO SEGUNDO

La escena se ha oscurecido lentamente. Desaparecen las magas y Carmina se queda dormida sobre el césped. Sin bajarse el telón, el escenario se transforma en una sala de comisaría, alumbrada débilmente, por unos focos sucios. En actitud de severidad insolente y torpe están el Juez y el Comisario levantando un acta de acuerdo al quejoso, quien es el Brujo, que asume una actitud de duda y desconcierto. Cargando tiene a un hermoso niño de dos años de edad. Al terminar el acta, entra Carmina precedida por un agente de la reservada. Carmina se precipita para abrazar a su hijo, que lo es el niño que carga el Brujo. El niño se prende al cuello de la madre y el Brujo lucha por separarlos. El Juez llama la atención.

JUEZ: ¡Orden... orden...! ¿Pero qué es esto?... Señora, si no hay respeto a la autoridad ¡peor para usted!... ¡Oiga con atención el acta que se le va a leer!... Señor Comisario, lea usted el acta.

COMISARIO: *(Leyendo.)* En la Ciudad de México, a las 15 horas del mes de mayo de... *(Es interrumpido por la madre, que arranca de los brazos del Brujo al niño, que se queda complacido; pero no así el Brujo, que emprende nuevo esfuerzo para quitárselo, alegando que ella no tiene ya derecho sobre el niño.)*

BRUJO: ¡Señor Juez, dé usted a conocer el fallo de la ley a esta señora!

JUEZ: *(Exaltado.)* ¡Señora, oiga usted el acta! ¡Ha perdido usted la patria potestad sobre su hijo! ¡Esa autoridad pertenece sólo al padre! ¡Usted ha sido acusada de abandono de hogar y de inmoralidad! *(La madre no atiende a las pala-*

bras del Juez y solamente lucha contra el Brujo que insiste en arrancarle al niño. Éste llora y la madre se impone de nuevo quedándose con el niño y tratando de salirse con él a la calle. Es detenida por la policía y tratan de nuevo, el Juez y el Comisario, de que se entere que aquel niño ya no es suyo y que huir con él sería un delito que ameritaría la prisión.)

JUEZ: ¡Señora! ¡Entienda usted que si trata de huir con ese niño, comete usted el delito de robo de infante! *(Al Comisario y al Policía).* ¡Terminemos de una vez! ¡Quítenle al niño y que se cumpla la ley! *(Entre el Comisario y el policía logran arrancar al niño de los brazos de la madre, la que, exasperada, coge una pistola que está sobre la mesa del Juez. Al levantar el brazo para hacer el disparo, el policía lo impide y el tiro se hace al aire. Le quitan el arma y el Juez pretende aclarar contra quien sería la intención de disparar: pero Carmina comprende en ese momento la situación y encubre rápida e inesperadamente su indignación, por una aparente actitud de humildad y resignación.)*

JUEZ: ¿A quién agredía usted?

CARMINA: *(Se arrodilla a los pies del Brujo llorando.)* ¡Si no me lo hubieran impedido, habría roto mi corazón exteriormente como lo está por dentro! *(sin levantarse dice para ella en voz baja:)* ¡Calumnia, vanidad, hipocresía!, esas son sus armas; ¡Me serviré de ellas! *(dice al Brujo.)* ¡Hombre generoso y noble! ¡Por ese precioso niño que tanto amas, te ruego que de nuevo

- me tomes a tu lado aunque sea como una esclava! Te juro por este niño que lleva mi sangre, someterme sin réplica a tu voluntad y deseos. (*Colgándose insinuante del brazo del Brujo.*) ¡Comprendo que he debido satisfacer sin límite todas y cada una de tus inclinaciones y facultades, que tu voluntad debe ser mi ley!
- BRUJO: (*Conmovido y torpe.*) Señor Juez, creo que mi esposa me ofrece una reconciliación en condiciones que debo aceptar, sobre todo por el bien de nuestro hijo.
- JUEZ: ¡Pero todo el trámite judicial se ha hecho y parece que usted no se da cuenta de que al cambiar así su actitud, usted mismo desautoriza el caso fallado a su favor! Y aquí hay mucho por hacer todavía. Una cosa es que usted admira a esa señora, fuera de la ley, perdonarle que le haya ofendido y otra que se destruya la situación ganada legalmente.
- BRUJO: La ley ha fallado de acuerdo con la justicia y esta señora no pretende violarla.
- JUEZ: En ese caso de orden personal yo no tengo nada que hacer, pero el trámite requiere que la señora firme el acta expresando así su conformidad y asunto terminado.
- CARMINA: ¡Señor Juez! Por la señora madre de usted, le ruego que reflexione sobre la inconveniencia para mi hijo de que su madre firme un acta que la acusa de faltas que no ha cometido.
- JUEZ: (*Interrumpiéndola.*) De acuerdo con la ley, ese niño ya no es su hijo. Si el padre la admite de nuevo en su casa, por los motivos que a

él le plazcan, no afectan en nada lo resuelto por la autoridad. Usted debe firmar esa acta y no estar distraído a este Juzgado en sus labores. *(El niño llora desesperadamente porque ansía ser acogido por los brazos de la madre y porque está asustado de la escena tan violenta y terrible.)*

BRUJO: Señor juez, demos a la señora la oportunidad de rectificar su conducta y que ahora no firme el acta.

JUEZ: ¡Claro se ve cuál de los dos lleva aquí los pantalones!... ¡y ese chiquillo berrea de manera insoportable! ¡Váyase y ya entenderá que la ley no es un juego! *(Dice al Comisario y al policía:)* ¡Cierren todo y vámonos que ya es noche! *(La escena queda en oscuridad.)*

CUADRO TERCERO

Es de noche y llueve tempestuosamente. Aparece la pradera donde habitan las magas. A lo lejos se distingue la forma de una mujer que avanza penosamente con su hijo en brazos. A un lado del escenario se distingue una luz que sale de la tienda donde habitan las magas. Abren el frente de la tienda y ayudan a Carmina a penetrar en ella.

MAGA SEGUNDA: ¿Qué te mueve a transitar estos campos en noche tempestuosa y con tu hijo en brazos?

CARMINA: ¡Oh! ¡La tempestad que me atormenta!
¡El alma es mil veces más cruel y huracanada!
¡El vástago que dieron mis entrañas
y que nutrió mi savia!
¡El hijo que brotó de mi vida

y que es más mío que nada!
¡El que aún vive en mí,
cual de la tierra vive la planta!
¡El que es mi vida misma!
¡y la razón de mi alma!
¡fue atormentado por horrenda furia!
¡hecho que mi lenguaje
a definir no alcanza!
¡Comisarios..., jueces..., leyes!
¡Paternidad malsana!
¡So pretexto de una moral monstruosa,
angosta a la mujer y al hombre ensancha,
moral sin ética, sin relación humana!
¡Máscara inmundada
que lascivia encubre
e hipocresía malvada!
Si cedo a la inmundicia y miento,
se me admite. ¡Si digo la verdad
soy rechazada!
¡He desertado, pues, de esa absurda maraña
y en la quietud que ustedes han logrado,
quiero ser refugiada!

MAGA PRIMERA: ¡La enfermedad más grande que hasta hoy
la humanidad sufriera
es un mal sin diagnóstico preciso!
¡Pero algún día se llegará al unánime acuerdo
de que esa enfermedad es la hemiplejia!
¡Su gesto la denuncia claramente,
un lado que se agita sin sentido
mientras el otro permanece en la inercia!
¡Movimiento sin ritmo. Acción sin fuerza!
—El contagio cundió por todas partes—

El hombre que se agita fuera de órbita.
La mujer sometida y estancada.
¡Fuerzas sin equilibrio!
¡Sinfonía inarmonizada!
—¡Esto es doliente madre,
lo que atormenta tu alma!

MAGA SEGUNDA: ¿Pero cómo es que conociendo el mal
que al mundo atañe
no te duelas de él
y en su auxilio no vayas
descubriendo el motivo
que a todos nos amarga?
Aislarse del contagio está muy bien;
pero emprender debieras
contra ese horrendo mal,
una fuerte campaña.
¡En tus manos pondría todas mis fuerzas
para lograr un día la dicha humana!...

MAGA PRIMERA: ¡Calla, insensata. Bien se ve
que no sabes de qué hablas!
¡Ese mal se devora a sí mismo
y del final en el umbral se halla!
¡No hay fuerzas que en su hazaña destructora
hacia el final no vaya!
Aquieta tus impulsos, y comprende
que la acción que a nosotras concierne
es la de unir los hilos de la vida a la vida,
sin dejar que la angustia y el dolor nos afecte;
que quien en vida tiene sus raíces
no le afecta la muerte...
Obra calladamente,
concentrando tus fuerzas en ti misma.

¡Muévete con el Cosmos
y su armonía comprende!
Analiza y atiende
los genuinos principios
Y así también tendrás
resultados genuinos!

CARMINA: Pero las conexiones de esos hilos
que ligen la vida con la vida,
¿cómo hacerlas podremos,
si aisladas nos hallamos
en tan débil y alejada guarida?
La ciencia es ligar fuerza con fuerza
y de ella no carecen los que a espaldas dejamos.
¡Transformemos su fuerza negativa
en acción positiva!
¡Y así, nuestra flaqueza,
que sólo nos impulsa a huir,
se tornará en potencia!

MAGA PRIMERA: ¡Que la luz de un nuevo día ilumine lo que
en esta tiniebla la vista de ustedes no percibe!
*(Se desvanece la luz en la tienda, y queda todo
en silencio. La orquesta da principio a una obra
musical con temas melódicos imprecisos y su
parte armónica en desacuerdo con su melodía.
Pero poco a poco empieza a ser coherente y se
transforma en una bella y majestuosa sinfonía.
Desde sus dos movimientos finales, empieza el
amanecer embelleciendo la escena con su luz cre-
puscular. Las magas abren la tienda y Carmina
se levanta con ellas. La orquesta continúa con un
fondo musical, de acuerdo con los movimientos y
oraciones de las tres mujeres.)*

MAGA PRIMERA: *(Con el cuerpo erguido dirigiéndose al oriente.)*

¡Mares! ¡Montes! ¡Moles magestuosos he morados!
¿Por qué? ¿De dónde? ¡No pregunto ni me ufano!
¡Natura por sí misma va cantando!
¡Vibra la vida por doquier va pasando!
¡OHM!... ¡Toda MADRE, todo PADRE,
es la esencia de la vida!
¿A qué temer?... ¿Por qué la duda de la nada
y los delirios del diablo y del dolor?...
¡DIOS, DOLOR, DIABLO; de la ignorancia
el resultado!...
¡Afirmación: MADRE... PADRE... HIJO...!
de los cuales soy origen. ¡Oh prodigio!
Y en orden alternado, unas veces soy
el producto.
Y otras soy el PRINCIPIO!...

MAGA SEGUNDA: *(En la misma actitud que la Maga Primera.)*

¡Luz!, ¡más luz Veda a vos Victoria!
¡Para esta OHM Esfinge Escuela!
*(Carmina, entretanto, desarrolla una bella danza
ante la aurora. Se atenúa el sonido de la orquesta
y empieza el sol su recorrido.)*

MAGA SEGUNDA: ¡El gran sol me señala el camino!

¡Tierra y fuego enlazan su existencia
y aparece la vida!
¡Soy forma femenina...
forma complementaria
de la esencia y la fuerza masculina!
¡Cúmplase en mí la LEY!
¡Tierra y agua soy yo!
¡El viento y fuego!
¡Las potencias no brotaron de la nada!

¡FUERZA Y FORMA; INTEGRÉMONOS!

(La Maga Segunda avanza hacia el oriente y se confunde entre la luz radiante del sol. Carmina poseída de fuerzas emocionales acelera su danza impulsada por el ritmo y tema de la sinfonía. Luz, danza y música se confunden y la escena es cortada por el telón que desciende rápidamente.)

ACTO SEGUNDO

PRIMER CUADRO

ESCENARIO: *En primer término, un acantilado circundado por el mar. Cima de planicies irregulares sobre las que estará reclinada Carmina.*

CARMINA: *(Con acento emocionado.)*
¡Oh, mitad de mi ser o mi ser mismo!
¿Cómo es que sin mi anuencia
dentro de mi alma vives?
¿Quién te franqueó la entrada?
¿Fue una de aquellas noches
radiantes y serenas?
¿Fue aquel ancho camino
donde en tu compañía
hoy perderme quisiera?
¿Fueron aquellas calles
tortuosas cual mi vida
cual ella contrastadas
por la luz y la sombra?
¿Quién te franqueó la entrada
para que en mi alma vivas?
¡Amo tu ardiente boca,

que sin besarme
me dio la dicha!

¡Te amo sin tu presencia!
Y es tan grande el orgullo
que al amarte me anima,
que pienso ciertamente
que tu presencia me estorbaría

.....
¡Pero una voz muy honda me grita desde dentro,
con acento tan triste, que ahogarla yo quisiera!

Me atormenta el oído repitiendo mil veces:

¡SOLO UN SEGUNDO
SEPARÓ DOS ALMAS!
SOLO UN SEGUNDO
SEPARÓ DOS VIDAS
QUE PUDIERON FUNDIRSE
EN UNA SOLA
¡Y ASÍ QUEDAR UNIDAS!
¡Y PENSAR QUE UN SEGUNDO
SOLAMENTE POR NO SER
EL TERCERO,
EL CUARTO O EL NOVENO,
SE OBSTINA CIEGAMENTE
EN QUE POR SER EL SEGUNDO
DEL PRIMERO
PUEDE FALLAR
TAN ARBITRARIAMENTE
EN LO QUE LE ES AJENO!
¡Y ASÍ CAMINA TODO:
LO QUE ES DEL CORAZÓN
LO QUE FALLA EL TIEMPO!

¡A LA BELLEZA LA DOMINA
EL PRECIO
A LA FEALDAD LA ENTRONIZA
EL DINERO
PERO YO ME REBELO
CONTRA TODO!
CONTRA EL PRECIO, EL DINERO
¡Y CONTRA EL TIEMPO!
Y AUNQUE ME QUEDE SOLA
POR ESTO QUE A TODO
ME REBELO.
¡TE AMARÉ A MI MANERA:
CON EL AMOR DEL CIELO,
DE LA TIERRA!...
¡Y EN ESTE AMOR NO HAY PRECIO
NI DINERO NI TIEMPO!
¡TE AMARÉ EN UN SEGUNDO
QUE PUEDO HACER ETERNO!

.....
*(En lo máximo de su exaltación amorosa,
Carmina canta:).*

NO DESDEÑES LA COPA DE MI VIDA
QUE PARA TI REBOSA
MI ALMA TUYA DESPIERTA
AL NUEVO DÍA
CUAL BLANCA MARIPOSA.

*(Es interrumpido este canto por la Madre Ciega
que viste andrajos color oscuro).*

MADRE CIEGA: ¡Maldito sea el amor que tus labios invocan!
¡Maldita sea tu voz que a llamarlo se atreve!
¿No has palpado el dolor
que esta furia provoca

ni has mirado las víctimas
que sus ansias conmueve?
¡Insensata de ti!
Mis tinieblas me impiden reconocer
quién eres.

—Semejaste tu voz a la de mi hija Carmen;
pero no puede ser, que mi Carmina
¡fue ahogada en la miseria!...

CARMINA: *(Parándose sorprendida.)*
¡Oh anciana que tanto dolor revelas!
¿Es posible lo que oigo
que tú mi madre seas?...
¿Y cómo tus pupilas
quedaron en tinieblas?...
(Se acerca.)

MADRE CIEGA: *(Reconociéndola.)* ¡Hijaaa!

CARMINA: ¡Madre!
*(Hija y madre se estrechan efusivamente,
permaneciendo así unos instantes, los que in-
terrumpe el Hombre Bestia llegando jadeante
y precipitado.)*

HOMBRE BESTIA: *(Arrancando a la hija de los brazos de la madre.)*
¡Ven a mis brazos, linda!
¿Cómo puedes estrechar a esa vieja?
*(La madre se lanza sobre el Hombre Bestia en
defensa de su hija y entre los tres se entabla
una horrible lucha.)*

MADRE CIEGA: ¡Aléjate de aquí!
¿Quién te ha llamado?
¿Por qué rompes la dicha infinita
y para mí, postrera,
de habernos encontrado?

- HOMBRE BESTIA: ¡Vieja bruja!... ¡Chacal de los infiernos!
Oí tus maldiciones cuando a tu hija encontraste.
¡Y a su llamado vengo!
- CARMINA: *(Defendiendo a su madre.)*
¡Yo a ti no te llamé y te prevengo!
(Es cortada esta frase por el Hombre Bestia que casi arrastrando lleva a la Madre al desfiladero, logrando tirarla al abismo. Carmina refuerza su lucha y también consigue arrojar al Hombre Bestia por el mismo lugar que cayó la madre. Horrorizada y abatida, se retira del precipicio, y llorando se deja caer en el mismo lugar que antes estaba. Se oscurece la escena.)

SEGUNDO CUADRO

El escenario muestra una gran plazuela rodeada de arquería en ruinas. Luz prematinal que apenas permite distinguir a un numeroso grupo de mujeres del pueblo; unas amamantando a sus hijos, otras, con éstos dormidos en distintas posiciones. Al lado del escenario y en posición diagonal, habrá un gran pórtico y a los lados de éste, unos torreones para los centinelas. El grupo de mujeres estará colocado de tal manera que se aproxime su forma de conjunto a la de una esfinge. Los personajes que van hablando al principio, van siendo iluminados por reflectores, hasta que habrá claridad matinal, al fin del acto.

- VICTORIA: *(Con ademanes enérgicos y voz dolorida.)*
¡Mujer!... ¡Eres menos que nada!...
El fruto de tu vientre
es destruido en mil formas.
¿Por qué no lo defiendes?

Ya ni la ley del instinto
que hasta la fiera ejerce
y la hembra más ínfima.
¿Por qué ni eso puedes?
¡Esfinge impenetrable!
—por lo menos, tú sólo eres de roca
y eres grandiosa. ¡Esfinge!
pues tus dos vastos senos
y tu vientre que debió ser fecundo
ya no nutren a nadie.
¡Ya no dan nuevas vidas a los buitres!
¡Admiro tu enseñanza!;
¡Oh, esfinge! ¡Oh, esfinge!
¡En cambio tu mujer!
¡Madre del Hombre!
¡Todopoderosa!
—pues de tus manos
pende su existencia
cuando es pequeño y débil,
tal como ahí lo tienes—
¿Por qué no has desgarrado tus entrañas
y arrancado tus pechos
antes de dar la vida
a quien la vida no ama?
¿Por qué no seleccionas la semilla
sin cultivar la vida
es lo que más te ufana?...
CARMINA: ¡Deja ya de clamar al suicidio
y a la desesperanza!...
¡No evoques al pasado,
que hacia atrás no se avanza!
O es que tú misma,

- poseída de impulsos
y por ellos cegada,
¿no has visto que a tu vera
se presenta una entrada?
- ISABELA: ¡Oh, esa entrada!
¡Esa entrada mil cerrojos la impiden
porque es precisamente
frontera que señala,
de un lado la miseria
del otro, la abundancia!
¡Y si acaso te empeñas en franquearla,
en buitre quedarás transformada!
¿No ves aquí las víctimas?
(Indica a las mujeres madres.)
¡Son el agostadero
que el manjar les prepara!
¡O eres buitre y devoras
o serás devorada!
—El dilema es muy simple...
- VICTORIA: ¡Ni buitre, ni manjar,
porque existe una entrada!
¡Si somos mayoría
bien podemos franquearla
- CARMINA: La mayoría es la fuerza
pero en su acción
debe ser encauzada...
¿Cómo concibes, dime,
esa acción bien trazada?
- VICTORIA: Mil y mil de mujeres
aquí nos acompañan.
Entre ellas nuestros hijos
con los suyos se hallan.

- ¿No estamos pues unidas?
¿No es una gran potencia que tenemos
para abrir esa entrada?...
CARMINA: ¿Y has medido las fuerzas de nosotras
con las que esa puerta guardan,
y has pensado que esa masa inerte
de mujeres
que a nuestro lado se halla
no sabe distinguir entre nosotras
y los pillos
que en esas condiciones las dejaran?
*(Un grupo de cinco pillos entra por el fondo in-
sultando mujeres. Entre éstos, unos son maridos,
otros líderes y otros representantes de sectas.
Silbando y gritando despiertan a los niños y todo
entra en agitación.)*
- PILLO 1: ¿Qué traman estas viejas?
¿Qué pueden sin nosotros?
¿Qué indisciplina es ésta?
- PILLO 2: ¡Mujeres sin marido
nada pueden valer!
- PILLO 3: ¡La maldición de Dios
sobre sus hijos,
pronto puede caer!...
- PILLO 4: ¡Viejas alborotadas!
¡Arre... arre!...
¡A lavar y a barrer!
*(Los pillos asustan a las mujeres y a los niños
y tratan de hacerlas salir de la plaza. Ellas obe-
decen como rebaño, a excepción de las tres que
hablan, Isabela impide la salida interponiéndose
entre las mujeres.)*

- VICTORIA: (En voz alta:)
¡Mujeres!... ¡Madres!...
¿Por qué volver atrás?
¡Junto a nosotras hay una entrada
que conduce a la vida!
¡Unidas lograremos
vencer su resistencia!
¡Mujeres... Madres... Todas!
¡Hacia acá... hacia allá!
- PILLO: (Gritando.)
¡Arre... bestias inmundas!
¡Hacia allá... hacia allá!
(Se establece una horrible confusión. La masa de mujeres se inclina a seguir a las mujeres que las llaman y manifiestan su interés en abrir aquella misteriosa puerta, pero sus amos las atemorizan y en sus movimientos muestran la subordinación a dos fuerzas contrarias.)
- CARMINA: (Resueltamente.)
¡No más vacilaciones!
¡A vencer la funesta resistencia!
(Carmina encabeza el impulso de todas las mujeres hacia la puerta. Cuando hacen el ademán de empujar, salen, por los dos lados de los torreones, dos grupos de cinco guardias por cada torreón, y después, el Amo Mayor. Todos empuñan sus armas amenazando a las mujeres. Cuando el Amo Mayor va a disparar, aparecen junto a él las dos Magas. La Maga Primera contiene el brazo del Amo Mayor. La Maga Segunda tiene a su hijo en brazos. Todo queda en suspenso.)

MAGA PRIMERA: *(Con autoridad.)*

¡Hijo abyecto! ¡Detén tu torpe mano!
¿Por qué obstruyeron la vida?
¿Para eso te la he dado?

AMO MAYOR: ¿Quién eres tú
que tan autoritariamente
me has llamado?
¡Deja mi brazo libre,
que la ley, la fuerza,
todo está de mi lado!
¡Pero dime; quién eres,
pues tu hijo me has nombrado!

MAGA PRIMERA: ¡Hijo mío: depón tu resistencia y soberbia!
¡Haz tu vida solidaria a la nuestra!
¡Declara la verdad; y aquí confiesa
que en una prisión te hallas,
que toda tu aparente potencia
no te engaña a ti mismo!
—¡ya que en el interior de tus dominios
vencer nunca ha podido
esa otra fortaleza
que aquí encubre tus muros!...
¡Abre, pues, esa puerta!

AMO MAYOR: ¡Madre! ¡Tu sabiduría es grande
y en verdad me encuentro sorprendido!
¡Necesito las fuerzas que me brindas,
que sin ellas vencer nunca he podido
esa otra resistencia!
¡Guardias! ¡Abran la puerta!

*(Hay unos momentos de expectación: el gran
pórtico se abre haciendo crujir los goznes y
cerrojos. Al abrirse plenamente, aparece ante*

todos, después de una corta distancia, otro pórtico similar al abierto, con torreones y muros a los lados.)

MAGA PRIMERA: ¡He aquí la vida!

¡De obstáculo en obstáculo avanza!

¡Vencimos el primero

y a nuestro frente,

el que sigue se halla!

¡No hay esfuerzo perdido!

¡Lo que entender se debe

es no estancar energías

ni fraccionar las fuerzas!

MAGA SEGUNDA: *(Conduciendo del brazo al Amo Mayor.)*

¡Potencias solidarias!

¡A vencer la otra entrada!

(Todas las mujeres empiezan a cruzar el pórtico, al tiempo que baja el telón.)

FIN

AMALIA CASTILLO LEDÓN

GABRIELA YNCLÁN

En las primeras décadas del siglo xx las cosas están cambiando para nuestro país. Con música de Agustín Lara, cine del Indio Fernández y milagros del Niño Fidencio, vemos cómo los militares revolucionarios se han convertido en grandes empresarios y políticos. La burguesía es próspera, ella y la clase media pueden gozar de teléfono, radio y gas; visitar los nuevos centros comerciales y sociales. El crecimiento habitacional está en auge, ahí vive cómodamente esa tan creciente clase media. Ahora se tiene al “Estado Benefactor”.

El año de 1929 es de gran relevancia; la UNAM consigue, después de varios meses de huelga estudiantil, su autonomía. En mayo se estrena *Cuando las hojas caen*, de Amalia Castillo Ledón¹ y en ese año nace formalmente el grupo La Comedia Mexicana que ella preside,² el cual reúne a una serie de dramaturgos que estrenan en diversos espacios de la capital y tienen como característica algo inédito; montar las obras de dramaturgos y dramaturgos mexicanos.

Amalia es una gran promotora cultural. Egresada de Filosofía y Letras, estudia teatro, creadora de muchísimos

¹ Amalia Castillo Ledón (1898-1986) nace en Tamaulipas y muere en la Ciudad de México.

² Peña, Olga Martha Doria (2005). "El desarrollo de la dramaturgia femenina en México", en Castillo Ledón, Amalia. *Sufragista, feminista, escritora. El alcance intelectual de una mujer*. Tomo 1. Colección Nuevo Siglo. Gobierno de Tamaulipas.

proyectos. Auspicia el teatro en todos sus niveles, comercial y de asistencia social para adultos y para niños. En su paso por diferentes puestos políticos realiza una gran campaña de culturización del pueblo; lleva el teatro³ a los barrios populares con la creación de seis carpas modernas, de foros giratorios, los decorados son de Diego Rivera. Las seis compañías teatrales deambulan de un lado a otro, rotándose en las carpas. También promueve el teatro guiñol y en general el teatro para niños.

Su otra faceta, la de precursora feminista,⁴ no deja menos frutos; en 1934 forma el Ateneo Mexicano de Mujeres y otras asociaciones femeninas por medio de las cuales ve cómo se hace realidad el voto de la mujer a partir de 1953.

Doña Amalia nunca abandona la escritura: poesía, ensayo y desde luego el teatro. *Bajo el mismo techo* es la tercera obra de su producción. En ella retrata a una de esas familias de clase media de su tiempo y remarca la importancia que tiene la educación femenina y el trabajo de la mujer; pensamiento moderno que a mucho tiempo de distancia apenas se está concretando. El eje de la historia son las mujeres, la madre y la hija, que se enfrentan al dominio masculino en la familia.

La obra maneja una estructura lineal y un estilo realista, heredado del teatro español. En *Bajo el mismo techo*, por algunos momentos, se juega con los hechos melodramáticos para darle acción al texto y en otros va hacia la toma de conciencia característica de la pieza como género. Esta historia es también una apología a esa familia mexicana de clase media alta, característica del “Milagro Mexicano” con todo y final feliz.

³ Castillo Ledón, Beatriz. *Tramoya*, 18 de agosto 1988.

⁴ Lamas, Martha (2011). *Proceso*, noviembre, México.

Amalia Castillo Ledón, una mujer inteligente, dinámica y muy culta. Entre sus obras están también, *Cubos de Noria*, *Coqueta* y *Peligro Deshielo* (1962).

BAJO EL MISMO TECHO

(1941)

AMALIA CASTILLO LEDÓN

PERSONAJES

GABRIELA, la madre, 38 años

Los hijos:

BERNARDO, 20 años

MIGUEL, 19 años

JOSEFINA, 18 años

JULIETA, 14 años

ARTURO, el padre, 50 años

ABUELITA, 60 años

JORGE, 20 años

ENRIQUE, 21 años

MARÍA ELENA, 18 años

LUPE (VARÓN), 19 años

DON ERNESTO, 45 años

DON RAMÓN, 50 años

PRIMER ACTO

Vestíbulo de la casa de la familia Reyes, amueblado con modesto buen gusto. Están distribuidos en la estancia libreros, mesas, un radio, teléfono, lámparas, cuadros, sillones, etc., hay diseminadas cuatro guitarras. Al lado derecho hay una escalera que conduce a las recámaras. Al fondo, una puerta que da al comedor y otra que lleva a otras habitaciones.

Tres de los muchachos de la casa, los amigos Jorge, Lupe y María Elena, la novia de Bernardo, adornan la estancia para festejar el santo de Gabriela. Bernardo y Josefina están subidos en sendas escaleras, arreglando una instalación de luz extraordinaria, y Lupe, el amigo pobre, les ayuda a los dos. Jorge sentado y María Elena bulliciosa, están arreglando un panneau de flores naturales, a la mexicana, con el nombre de Gabriela, la fecha del día y la palabra: ¡Felicidades!. Julieta entra y sale ayudándoles a todos, tirando objetos al pasar, riendo de todo, bajando y subiendo el volumen de un aparato de radio y tomando continuamente chocolates de una caja que está sobre la mesa.

BERNARDO: Lupe, dame las pinzas más chicas, pronto.

LUPE: ¿Éstas?

BERNARDO: No, las que están en mi cuarto. Corre porque se me hace corto circuito.

JOSEFINA: Lupe, detenme la escalera porque me caigo. *(La escalera en efecto se mueve alarmanamente.)*

LUPE: *(Que sube grotescamente la escalera, se devuelve azorado. Tiene un modo de hablar ridículo con los dientes apretados.)* ¡No, no te caes! ¡Ah! *(Le sostiene la escalera.)* ¡Ahorita voy, Lalo!

BERNARDO: No me digas Lalo, dame ese cordón, ¡vuela!

JOSEFINA: ¡Lupe, detenme la escalera, me caigo!

JULIETA: *(Que ha estado desde un principio con un cordón en las manos, al que le hace algún arreglo, dice a Bernardo.)* Yo te lo doy, ya están conectados tres soquets, aquí los tienes. Manda comprar más tela aisladora y focos.

BERNARDO: No tengo dinero. ¡Lupe!, anda a mi cuarto por alambre y por las pinzas.

- JULIETA: Dile a mi abuelita que nos preste cinco pesos para lo que te encargué.
- JOSEFINA: Y tú, búscate una roseta.
- JULIETA: Tráeme todos los soquets que te encuentres.
- LUPE: (*Dudando en soltar la escalera.*) Iré, pero repíteme despacio lo que debo traer.
- JOSEFINA: ¡Lupe, sostenme! si me caigo y me rompo las piernas tú eres el responsable.
- LUPE: ¡Oh! ¡Oh! (*Sube la escalera. Risas de todos.*)
- MARÍA ELENA: Todos aquí son electricistas. ¿Desde cuándo?
- JOSEFINA: Desde que Bernardo aprendió, la entendemos todos.
- JULIETA: Aquí las tareas las estudiamos en orfeón.
- JOSEFINA: Todos sabemos de electricidad, mecánica y radio, por Bernardo. Tenemos gran erudición en bulbos, ondas, separación de frecuencia, transmisiones receptores, osciloscopios...
- JORGE: (*Se rasca la cabeza y cierra un ojo.*) ¡Ejem! eres un diccionario.
- BERNARDO: Todos sabemos nuestros clásicos, aquí, por la literatura (*señala a Josefina.*) Leguleyamos porque Miguel es pasante de derecho, y nos sabemos de memoria toda la música de los Tchaikowsky y los Shostakovich por afición de...
- JULIETA: (*Saltando.*) Por mí, la música soy yo. (*Sube y baja el volumen del radio.*)
- BERNARDO: La sorpresa que se va a llevar mi mamá cuando se encuentre esto convertido en gran salón de fiesta.
- JOSEFINA: En trajinera de Xochimilco, dirás, porque eso está pareciendo.

- BERNARDO: Mejor, más mexicano. ¿Cómo está quedando esto Lena?
- MARÍA ELENA: ¡Colosal! ¡Brutal!
- BERNARDO: (*Se ríe de sus interjecciones, baja precipitadamente de la escalera, rodea la espalda de María Elena con un brazo y le pregunta a quemarropa.*) ¿Me quieres?
- MARÍA ELENA: (*Después de una risa franca.*) ¿Qué modos de preguntar, Bernardo!
- BERNARDO: Yo te adoro, ¿y tú?
- MARÍA ELENA: ¡Por Dios! te lo diré después, a solas.
- BERNARDO: Si no me lo dices, no continúo el arreglo, tú dirás si lo dejamos tirado todo.
- JORGE: ¿Y lo acabamos solos Josefina y yo? ¿Qué flojera! María Elena, contéstale a Bernardo.
- JOSEFINA: Anda, María Elena, pronto, si ya todos nos sabemos el diálogo de memoria. (*Imitando la voz de Bernardo.*) “Lena, mi vida, mi amor... ¿me quieres? (*Imitando la voz de ella.*) “Creo que... quién sabe.” Anda dile tú “quién sabe”.
- MARÍA ELENA: ¡Cómo eres Josefina! Ya me burlaré de ti cuando tengas novio.
- JULIETA: (*Maliciosa.*) ¡Claro, cuando tenga novio!, porque ahora, pues no tiene.
- JOSEFINA: Julieta: ¿qué quieres decir?
- JULIETA: Nada, yo no he dicho nada.
- MARÍA ELENA: ¿Tienes novio, Josefina?
- BERNARDO: ¡Qué va a tener! (*A Josefina.*) ¡Malcriada!, ¡solterona!, ¿qué sabes tú de amor? Por eso te burlas de nosotros.
- MARÍA ELENA: Además, yo no sé por qué he de hacer siempre las cosas cuando lo acuerda toda la familia.

- Que me lo pida Bernardo, bueno, me parece natural, pero no me parece bien que se enteren todos, y comenten y opinen sobre nuestras cosas.
- JOSEFINA: Todo esto ha sido una broma, Lena, estamos de buen humor por el día que es, y no tomamos nada en serio.
- MARÍA ELENA: (*Insistiendo.*) Pero esto es siempre. A veces me parece que Bernardo no sabe tener intimidad. Todos ustedes viven una comunidad extraña, sin fronteras espirituales, que a mí me resulta incomprensible, a veces intolerable, adoro la libertad, la independencia...
- JOSEFINA: Esas maravillas las adoramos todos los seres normales. ¿Qué ser podría vivir sin intimidad, sin vida propia? Mis largas horas de meditación solitaria no las cambiaría yo por ningún tesoro, esas son mías solamente, y en ellas no comparto mis pensamientos, mi sensibilidad ni mis sueños, con nadie. Pero después, en el seno familiar todos somos hermanos en el gran sentido de la palabra, nos prestamos hasta la inteligencia y nos damos el corazón. Tú no sabes de esto Lena y lo siento por ti.
- BERNARDO: (*Oprimiendo cariñosamente a Lena por los hombros.*) Sí, lo sabes y lo comprendes, ¿verdad mi vida? Hemos hablado mil veces de ello. Por lo demás, tú tienes razón, yo debo de ser más discreto contigo, más serio... (*Le habla en secreto, con ternura, y los dos sonríen. Ella vuelve a su tarea y él sube de nuevo por la escalera.*)

JORGE: *(Tiene la voz abierta de gente del norte, entonación monótona y seria. Alarga siempre las vocales al final de las palabras.)* Este letrero es realmente conmovedor. Los norteños somos más secos, no sabemos expresarnos de esta manera tan tierna.

JULIETA: “¡Eres el hombre de la máscara de hierro!”

JOSEFINA: *(Sentándose en un peldaño de la escalera.)* ¡Es que tenemos una madre!

JULIETA: ¡Es adorable!, y tan joven. ¿Verdad que no parece mamá de nosotros?

JORGE: Es joven, alegre y optimista. Tiene la gran cualidad de saber ser camarada de los muchachos, sabe ponerse al nivel de todos, por eso la queremos. Yo no sé a veces si vengo aquí por Bernardo o por ella, encuentro siempre su consejo y su cariño cuando más lo necesito.

LUPE: *(Bajo la escalera casi enredado en alambres, soquets, focos, pinzas, etc.)* Sólo porque se trata de tu mamá hago estos sacrificios de buscar en el maremágnum mecánico de tu cuarto. Me he dado toques en las mesas, en los tableros y hasta en la cama.

JULIETA: *(Con una gran carcajada.)* ¿No se te abrió sola la puerta de su cuarto?

LUPE: Sí. ¡Qué horror! Parece una trampa de novela de espantos.

(Suena el timbre de la calle y gritan los tres hijos.)

BERNARDO: ¡Es mamá!

JOSEFINA: ¡Es la Nena!

- JULIETA: ¡Es ella!
- MARÍA ELENA: ¿Es tu mamá, tan pronto?
- JORGE: Voy a ver.
- BERNARDO: Apaguen la luz para darle la sorpresa.
- JOSEFINA: No hable nadie.
- JORGE: *(Abre la puerta sigilosamente. Don Arturo llega con dos maletas y un portafolio que deja en cualquier parte.)*
- ARTURO: ¿Qué misterio es éste? ¿Se ha apagado la luz en la casa, a pesar de los técnicos Reyes?
- JULIETA: *(Enciende la luz.)* ¡Papacito! ¿Eres tú? *(Corre y se le cuelga del cuello efusivamente.)*
- JOSEFINA: ¡Papá, qué alegría de verte en casa! ¡Sólo la Nena puede hacer estos milagros!
- ARTURO: *(Besa a todos, los abraza y dice palabras entrecortadas.)* ¡Claro, es el santo de ella, no faltaba más! ¡Hijita, qué grande estás! ¡Mi vida!
- BERNARDO: ¡Papá!
- ARTURO: ¡Hombrote!
- BERNARDO: ¡Qué bueno que llegaste antes que mamá, le queremos dar una sorpresa! *(Saca las dos maletas de la habitación.)*
- ARTURO: María Elena, ¿qué tal? ¡Qué buena moza estás! ¿Cómo están tus padres, mis viejos amigos?
- MARÍA ELENA: Bien, señor, recordándolo siempre.
- ARTURO: *(A Jorge.)* ¡Amiguito! *(Jorge saluda.)*
- ARTURO: ¿En dónde dicen que está tu mamá? ¿Y Miguel y la abuelita?
- JOSEFINA: Está en el trabajo. ¿Qué te parece, a pesar de ser día de su santo? Miguel fue por ella.
- ARTURO: Siempre tan fiesteros, tan querendones y tan efusivos. Los cuatro salieron a su madre.

Me alegra que ninguno heredó mi tristeza. Me hacen tanta falta allá en la soledad en donde vivo. Su barullo, su alegría, y hasta sus pleitos. (*Suspira.*) ¿A qué hora vuelve tu madre?

BERNARDO: Ya no ha de tardar. A ver. Josefina, vamos a probar la luz.

(*Josefina hace una conexión y se encienden numerosos foquillos de colores.*)

JULIETA: Hay que colocar el letrero ya.

(*Los tres muchachos lo levantan en alto y Bernardo y Jorge, subidos en las escaleras, lo colocan frente a la puerta de entrada.*)

ABUELITA: (*Entrando al interior de la casa.*) ¡Ay, qué lindo ha quedado esto! ¿Es obra de Bernardo, no?

JULIETA: De todos, abuelita, no solamente de tu consentido.

ABUELITA: ¡Arturo! ¡Pero si ya llegó! ¡Estás muy bien!

ARTURO: No tanto como usted, que cada día le da más lustre a la familia.

ABUELITA: Pues esto está precioso, pero mi comedor, ¡vengan a ver!

MARÍA ELENA: ¿Pusieron en la mesa el pastel que le hice a la señora?

ABUELITA: ¡Cómo no, hijita! ¡Está delicioso! ¡Estupendo...! ¡Brutal!, como dirías tú.

LUPE: Yo le he escrito unos versos, no sé si atreverme a decírselos...

- JORGE: Haces bien, no te atrevas. Déjate llevar por tu timidez siempre tan oportuna.
- ABUELITA: ¡Pobrecito muchacho! A lo mejor son bonitos sus versos. Lupe, hijo, tráeme mis llaves que dejé en el comedor.
- JULIETA: (*En secreto.*) De paso me recoges unas cuantas almendras de la mesa.
- MARÍA ELENA: ¡Lupe! tráeme las velas para colocarlas en el pastel.
- JOSEFINA: Papá, ¿sabes que le hemos comprado la cuelga a mamá? Nos cotizamos todos, hasta mi abuelita.
- ARTURO: (*Pregunta con la comida.*)
- JOSEFINA: Un diccionario enciclopédico que ella ha deseado mucho para preparar sus clases. (*Dirigiéndose a Lupe*). Lupe, tráete el diccionario.
- LUPE: (*Que camina hacia el comedor, se detiene alarmado.*) ¿Los treinta tomos?
- JOSEFINA: Por supuesto, necesitamos tener aquí el regalo para cuando venga la Nena.
- BERNARDO: Pero corre, Lupe, que el tiempo vuela.
- LUPE: (*Sale ridículamente de prisa.*)
- ARTURO: ¿Qué, este pobre muchacho sigue de esclavo incondicional de la familia?
- JORGE: Naturalmente, los Reyes siguen siendo los Reyes.
- JULIETA: (*Trata de quitar sola las escaleras desocupadas.*)
- ARTURO: Ayuden a esa niña que se cae con las escaleras.
- BERNARDO: (*Carga violentamente.*)
- JORGE: (*Se levanta con pesadez de su asiento y se lleva la otra fuera de la habitación.*) (*Vuelven los dos.*)
- JULIETA: (*Con inquietud se asoma, hincada, frente a una ventana que queda sobre el sofá y grita entusiasta:*)

- ¡Ahí vienen mi tío Ernesto, don Ramón y el primo Enrique! Este primo es guapísimo.
- JORGE: No seas exagerada, es común y corriente.
- JULIETA: ¡Guapísimo! Se parece a... a todos los artistas de cine. ¡Ah! me olvidaba. Una noticia. Yo ya tengo novio...
- TODOS: ¿Tú? ¿De veras?
- JULIETA: Son dos estrellas: Robert Cummings y Richard Green.
- TODOS: (*Desilusionados por la inocentada.*) ¡Ah!
- JULIETA: Voy a abrir la puerta.
- ERNESTO: (*Entra con dos botellas en las manos.*) ¿Todavía no llega la consentida? Aquí traigo estas botellas de champaña que a ella le encanta. ¡Buenas noches a todos!

(*Todos contestan el saludo.*).

- RAMÓN: Y estas dos botellas de coñac.
- ERNESTO: (*A Enrique entregándole las botellas.*) A ver, hijo, pon esto por ahí.
- ENRIQUE: (*Las toma y se dirige a Josefina quien las recoge y las coloca sobre una mesa.*) ¿Por qué no saliste? Te esperé toda la tarde, por poco me descubren Bernardo y Lena y eso te disgustaría. Me choca ese misterio.
- JOSEFINA: Estábamos ocupados en esto, mira...
- ENRIQUE: ¡Qué bonito! Y, ¡qué linda eres tú! Por esto te quiero, por linda y por buena. Estaba desesperado por verte. Nada ni nadie en el mundo me interesa sino tú. ¿Me quieres tú, mi vida?

- JOSEFINA: (*Asiente con la cabeza y con los ojos sonrientes y murmura.*) ¡Mhmm!
- ENRIQUE: ¿Cuándo vas a permitirme que se lo diga a papá y a los tuyos?
- JOSEFINA: No, eso no. ¡Qué disgusto para la Nena y para todos!
- ENRIQUE: ¿Insistes? Ser primos no es ninguna barrera infranqueable.
- JOSEFINA: Yo te lo ruego...
- ENRIQUE: Como tú quieras, pero...
- JULIETA: (*Otra vez en la ventana.*) ¡Allí están ya la Nena y Miguel!
- MARÍA ELENA: Yo apago la luz. (*Lo hace.*)
- BERNARDO: Silencio.

(*Hay una pausa, después se oye el ruido de la llave en la cerradura y penetran al vestíbulo Gabriela y Miguel.*)

- GABRIELA: ¡Qué oscuridad! ¡Qué extraño! Enciende, hijo.
- MIGUEL: (*Se acerca al apagador.*) No funciona esto, creo que se ha fundido algo.

(*Pausa. En medio de la oscuridad se empiezan a escuchar los acordes de las cuatro guitarras de los hermanos y las voces de todos que cantan Las Mañanitas. Al terminar encienden las luces de colores y todos se lanzan sobre Gabriela que los abraza emocionada. Al terminar las efusiones recorre con la vista el decorado del vestíbulo y se detiene ante el adorno floral.*)

- GABRIELA: (*Conmovida.*) ¡Qué primor! ¡Qué maravilla! Todo lo hicieron entre todos, ¿verdad? (*Ellos asienten con la cabeza.*) ¡Arturo, qué sorpresa

tan agradable! Gracias, gracias a todos. ¡Mis chiquitos adorados! Estos hijos míos son perfectos, se quieren, se ayudan, se completan. Son como los cuatro mosqueteros: “Todos para uno y uno para todos”.

ERNESTO: En realidad es un caso excepcional el de este hogar. En mi vida he visto tal espíritu de cooperación familiar.

GABRIELA: Más que un mérito es una gracia. Hemos descubierto que nos complementamos unos con otros. Hacemos una familia alegre, cómoda y cariñosa, sobre todo cariñosa. Lo más interesante es que todos se siguen unos a otros en sus diferentes aficiones. Así vemos a veces al mecánico escribiendo cuentos, a la literata construyendo radios, a la pequeña, ávida de todo. Tienen actividades, aficiones y estudios por ciclos. Así, yo que lo observo y que los dejo obrar libremente digo: la familia estudia electricidad, la familia aprende guitarra, la familia lee a los clásicos, la familia baila, la familia entra en actividad social...

ABUELITA: Por lo que nunca les da es por los quehaceres de hogar. Estas niñas deberían estudiar menos biología y raíces latinas y aprender a coser y a cocinar.

MARÍA ELENA: Eso dice mi mamá, que a ella no le interesan las niñas con educación científica, ni artística, sino que sepan ser buenas amas de casa.

ABUELITA: Muy bien dicho. Ese debe ser el lema eterno de toda mujer bien nacida.

GABRIELA: Una verdadera mujer debe saber de todo. Tener cultura superior y ser mujer de su hogar.
¿No lo crees así, María Elena?

MARÍA ELENA: *(Contesta con un gesto vago.)*

(Arturo se acerca a Gabriela y le rodea el talle con su brazo tiernamente. Después se retira cabizbajo.)

JOSEFINA: Ésa eres tú, Nena, estás pintando un autorretrato.

GABRIELA: ¡Qué sé yo cómo soy! ¡Quizá algo amorfo, echado a perder! Una pequeña fuerza que se diluye entre todos y que no llega a ninguna parte.

BERNARDO: Recuerda que la modestia no te queda, no cuadra con tu tipo arrogante.

GABRIELA: Detesto la modestia, me parece una cualidad negativa. *(Se acerca cariñosamente a Arturo.)* Me alegra mucho que hayas venido. Me haces tanta falta; cuéntame de las cosas del rancho.

ARTURO: Ya hablaremos...

LUPE: *(Entra cayéndose por venir cargado de una gran colección de libros y un pastel.)* ¡Doña Gabriela, muchas felicidades!

GABRIELA: ¡Por Dios, Lupe, déjame que te ayude! *(Le quita algunos libros. Lupe le besa la mano.)*

(Los cuatro hijos se apoderan de los libros y solemnemente los ofrecen a su madre.)

MIGUEL: Nosotros cuatro y mi abuelita te hacemos este pequeño regalo que tú necesitas tanto para tu trabajo.

- BERNARDO: (*En broma.*) Además, nos lo has pedido todo un año, casi nos lo has exigido.
- GABRIELA: (*Ríe.*) ¿Yo?
- JULIETA: Claro... “necesito una enciclopedia, me hace falta una enciclopedia, quiero una enciclopedia.
- BERNARDO: ¿Qué quiere decir cristiano?
- GABRIELA: (*Conmovida.*) Pero han gastado mucho. ¿De dónde han sacado este dinero?
- ABUELITA: Pues tú dirás.
- ERNESTO: Y tú comprenderás...
- JOSEFINA: Lo cierto que los dos nos han ayudado, pero además nuestros domingos, los radios que ha compuesto Bernardo...
- JULIETA: ¡Ah y no sabes! El primer pleito que ganó Miguel como futuro abogado.
- ARTURO: (*Se acerca de nuevo a Gabriela y ella lo mira con ternura.*) (*En tono exclamatorio.*) ¡Yo no te he traído nada! Nena...
- GABRIELA: (*Se acerca y le acaricia la cabeza.*) Pero has venido. Nos has hecho tanta falta. Esta casa alborotada, un poco loca a veces, necesita de ti, de tu presencia, de tu consejo.
- ARTURO: Todos son como niños. Tú la niña mayor, no has crecido nunca, pero es tu mejor gracia. (*Sonríe tristemente.*)
- JULIETA: (*Con alborozo.*) ¿Verdad que es la niña de todos? Sí eso digo yo. Lo he visto en la escuela cuando da sus clases. La respetan porque la quieren, porque es linda y graciosa, pero ella no sabe imponer el orden. Hace reír a los alumnos, les cuenta anécdotas y no los castiga nunca. No sabe hacerse respetar.

- ARTURO: Eso es lo interesante de tu madre. ¿No lo has observado? Burla burlando, entre ingenio, gracia y niñería hace su vida y nos la ordena a todos. Tiene el don de convencer y de mandar, sin dejarlo sentir. Ya ves, ni tú misma te has dado cuenta.
- LUPE: Pues a mí, ella es la única que no me manda.
- ARTURO: Porque tú le adivinas la orden, y la obedeces con gusto.
- GABRIELA: No me digan tanto halago que acabaré siendo intolerable. Brindemos porque tú estás aquí, porque estamos todos juntos, porque somos alegres y buenos.
- ERNESTO: Brindemos, que para eso he traído el champaña.
- ABUELITA: Pasemos al comedor ya, que se me hace tarde para que admiren mi obra. (*Toma el portafolio que está sobre una mesa.*) Voy a guardar estos papeles, todo lo dejan tirado.
- GABRIELA: Vamos allí. (*Todos se encaminan hacia el comedor.*)
- MIGUEL: ¿Cómo está el rancho papá? Ya sabes que me interesa la agricultura. Yo debí estudiar para agrónomo.
- ARTURO: (*Aparte a Gabriela.*) Yo quiero decirte algo, pero a solas. Quédate aquí un momento. ¿Quieres?
- GABRIELA: (*A los demás.*) Pasen y brinden por mí, yo iré enseguida.
- ERNESTO: No te tardes, que para ti es la fiesta y el rumbo del champaña.
- GABRIELA: Iré luego.
- ARTURO: Quiero decirte algo el día de hoy, es mi presente, no he traído paquete de cosas ba-

ladíes, pero voy a darte una noticia que te alegrará mucho.

GABRIELA: Dámela ya.

ARTURO: Tú me has ayudado durante quince años a llevar la carga del sostenimiento de esta casa. Yo en el rancho, dirigiendo las tareas de la siembra. Tú aquí trabajando de maestra y formando a los muchachos. Entre los dos hemos mantenido decorosamente este edificio familiar que va saliendo bien.

GABRIELA: Los cuatro muchachos son magníficos, tenemos que darle gracias a Dios. Bernardo y Miguel quieren empezar a trabajar para ayudarnos en algo... pero yo me opongo, descuidarían el estudio y eso es lo más importante.

ARTURO: Quizá ya no sea necesario. De eso quiero hablarte. Las tierras del rancho hasta ahora han rendido muy poco, porque no tiene agua, como tú sabes. Son tierras míseras, secas, sembramos de temporal y las más de las veces se pierde la cosecha. Yo he trabajado mucho y no he podido progresar. Sufro con la pobreza, con la ausencia casi constante de ustedes y con pensar que tú trabajas fuera de la casa. Esta idea se me ha hecho obsesión. En las mañanas cuando veo salir el sol detrás de la montaña, pienso en ti, que irás muy abrigada por estas mañanas frías de México, camino de la escuela. Y te evoco con tal realidad, creo verte tan cerca, que me dan ganas de gritarte: ¡Nena, no vayas más, devuélvete a tu casa y quédate ahí para siempre!... pero no me oirías

- y no he estado en posibilidad de decírtelo de ningún modo.
- GABRIELA: No me mortifiques así, a mí me gustan mis actividades. Si vieras qué interesante es asistir al...
- ARTURO: (*Interrumpiéndola.*) No es cierto, Nena, yo sé que te cansan y que preferirías no salir de casa. Mira, he hecho, sin decírtelo, grandes obras en el rancho. Quería darte la sorpresa. Se ha terminado completamente un amplio sistema de riego. Anchos canales de agua fresca y limpia, surcan los terrenos y la tierra nuestra, de nuestro rancho. ¡Los Reyes!, será fértil. Si la vieras, ahora está húmeda, negra, perfumada.
- GABRIELA: ¡Magnífico, Arturo! Ahora la tierra producirá más, mucho más y ya no sufriremos pobreza... pero, ¿de dónde has sacado tanto dinero? Esas son obras costosas.
- ARTURO: Invertí en eso el dinero que teníamos para comprar nuestra casa.
- GABRIELA: (*Desalentada.*) ¿Lo de la casa? Eso no es posible. ¿Cómo pudiste hacer eso Arturo? Ya no tendremos casa. ¡Tenía tanta ilusión!
- ARTURO: Qué más da que no tengamos una casa material, con muros y puertas, si tendremos pronto una auténtica casa, un hogar verdadero en el que estarás tú al fin, en tu verdadero hogar y estaremos todos juntos.
- GABRIELA: Hemos trabajado tantos años sin descanso, reuniendo esa cantidad, peso por peso, para comprar una casa, nuestra casa, y ahora,

cuando empezamos a ser viejos, estamos de nuevo en la calle, sin casa, sin un centavo, sin nada más que proyectos dudosos. No creo que debiste hacer eso, así, tan a la ligera. Debiste consultarlo... Se trata de una cantidad fuerte que habíamos reunido los dos. Yo había aportado la mayor parte. Ese dinero era sagrado, porque era más que dinero, era la ilusión de todos nosotros.

ARTURO: Naturalmente que he tenido consejeros. Los técnicos de agricultura me han ayudado, y es de tal manera noble la inversión, que en muy poco tiempo dará frutos y el dinero se duplicará. Tú no sabes de negocios. Las mujeres sólo saben hacer una inversión: comprar casas. Hasta para los negocios tienen un espíritu hogareño, son conservadoras, retrasadas, con romanticismo retrógrado. ¡Las limitaciones femeninas! ¡Terrible cosa! ¡Cuánto ánimo me das para proseguir mis negocios! Nunca pensé que tú fueras como todas que no saben pensar más que en cosas comunes. Eso es tonto y cobarde. *(Ha ido subiendo el tono de la voz, airada, y vuelven del comedor Ernesto, Josefina y Miguel. Bernardo entra después.)*

ERNESTO: ¿Te pasa algo, Arturo?

ARTURO: ¡Nada! Que he querido darle una grata sorpresa a Gabriela haciendo grandes obras de irrigación en aquel rancho miserable, que no rendía nada, y ella se ha disgustado.

GABRIELA: Es que se han ido ahí los ahorros de toda nuestra vida. Veinte años de privaciones que a mí

me parecían leves, porque anhelaba una casa mía, cuatro paredes propias, en las cuales refugiarme con mis hijos. Las mujeres somos así, buscamos siempre, casi instintivamente, un rincón que sea nuestro, y yo no soy más que una mujer. Ahora de pronto, tengo que resignarme a la idea de que, a estas horas, vamos de nuevo a empezar la jornada, y yo no sé si me alcanzarán las fuerzas. Otra vez a vagar por las casas de alquiler y de nuevo a las privaciones para reunir un pequeño fondo de reserva...

ARTURO: Gabriela, me irrita que no comprendas. Te he explicado claramente la situación y tú pareces sorda o tonta. Las mujeres son tercas y cuando creen ser cultas, son pedantes, intolerables... Ernesto, hazla comprender tú, porque a mí no quiere entenderme.

ERNESTO: Es que yo no sé claramente quién está en lo justo.

ARTURO: ¿Tú también?

ERNESTO: Los hombres vamos a los negocios por el interés mismo de ellos, somos un poco aventureros, mientras más atrevida es la empresa, más nos apasiona, sin que logre detenernos ni el temor del fracaso. Las mujeres, en cambio, por su misma índole esencialmente recogida, porque piensan en la familia, sienten de modo diferente, su mínima ambición y aún lo más amplia, es siempre la misma: adquirir un hogar propio.

JOSEFINA: Mamá tiene razón. Todos soñamos con nuestra casa. La cooperación nuestra consistía en pri-

varnos de cines y teatros, de reuniones sociales; los conciertos los oímos por radio. Entre todos habíamos hecho los planos y ahora...

MIGUEL: (*Indignado.*) No se hable más de esto, es grotesca la incomprensión de ustedes. Si papá ha emprendido estas obras es que es lo conveniente, lo próspero, lo inteligente. Están tratando de humillar a papá delante de todo el mundo. Las mujeres son inconscientes y estúpidas en estos menesteres y se inmiscuyen en lo que no les concierne.

BERNARDO: Cuida tus palabras, Miguel. Una de estas mujeres es nuestra madre.

MIGUEL: Es lo mismo, ella es igual que todas. No entiende de negocios y pretende maniatar a mi padre. Todo porque ayuda un poco...

BERNARDO: (*Le da una bofetada. La riña empieza a establecerse y Ernesto los separa.*)

ERNESTO: ¡Estéense quietos! ¡No tienen juicio! ¿Así celebran a su madre?

BERNARDO: ¡Vete Miguel! ¡Lárgate! (*A gritos.*) ¿No oíste? ¡Lárgate! ¡Te prohíbo que estés delante de mi madre!

GABRIELA: ¡Hijos! ¡Por Dios!

MIGUEL: (*Se marcha desesperado, avergonzado por haber lastimado a Gabriela. Sale violentamente.*)

GABRIELA: ¡Miguel! ¡No te vayas Miguel! ¡Hijos! ¡Si todos tienen razón! (*Miguel no se detiene.*)

ARTURO: ¡Vaya! ¡Tonterías! ¡Todos dicen y piensan tonterías!

(*Los demás han ido entrando poco a poco, menos la abuelita.*)

GABRIELA: (*Tratando de serenar los ánimos.*) Tiene razón tu padre, quizá también Miguel. Las mujeres nos asustamos de las cosas atrevidas. Empiezo a creer que todo ha estado muy bien hecho. Hasta se me está despertando una gran ilusión por ir a ver el rancho remozado. Claro está que Arturo está en lo justo. La tierra de “Los Reyes” tan seca, tan árida, casi inútil, no era ningún negocio estimable.

ARTURO: Muchas veces llegué a sentirme poco viril por no atreverme a grandes empresas. Me he culpado a mí mismo de la precaria situación económica de la familia por mi cobardía para los grandes y nuevos negocios, por mi falta de iniciativa. Por eso ahora, casi sin pensarlo me he embarcado en esto que a ustedes les ha parecido una calaverada, pero no es más que un lógico y viejo procedimiento para la agricultura.

JOSEFINA: (*A Gabriela.*) Tú no estás conforme. ¿Cómo vas a resignarte así, de improviso, a perder la única ilusión de tu vida?

GABRIELA: ¿Mi única ilusión? No me envejeczas. A mí me interesa todo en la vida. Tengo la gran fortuna de tener el alma llena de ilusiones. Ya ves, ahora la más grande de todas es ir a ver por mis propios ojos la transformación del rancho. Yo también quiero entender de negocios. He oído decir muchas veces que asistir al desenvolvimiento de una empresa próspera, es como cuidar a un niño sano. Un asunto como el de “Los Reyes”, que está tan ligado a nuestra vida,

tan lleno de peripecias y fracasos, me interesa muchísimo. Yo no he tenido un hijo enfermo por gracia de Dios, pero necesito asistir y vigilar a este pobre rancho maltrecho que con todo y su vida miserable nos ha dado de comer a todos durante 20 años.

BERNARDO: *(A Gabriela.)* Te adoro, mi amor, te adoro...

GABRIELA: *(Refugiándose en su comprensión y hablándole en voz baja.)* No puedo más.

BERNARDO: Esto es superior a tus fuerzas. Las cosas se arreglarán, ya verás.

JULIETA: ¿Iremos todos de paseo al rancho? ¿Verdad papá? Correremos por el campo, pasearemos a caballo, correré descalza por los canales, comeremos fruta... *(Abraza a Arturo.)* ¿Cuándo nos iremos?

ARTURO: Cuando lo disponga tu mamá. Me alegra que ya esté conforme con mi disposición. ¿Qué dices del viaje, Gabriela? ¿Se irán conmigo?

GABRIELA: Como tú quieras.

JOSEFINA: Yo no iré. No me interesa la bucólica.

GABRIELA: Iremos todos. Tú gozarás más que nadie. *(Le acaricia las mejillas.)* ¡Eres tan sensible! ¿Verdad Bernardo que tú también tienes un gran entusiasmo por ir a “Los Reyes”?

BERNARDO: *(Displicente.)* Por supuesto.

ARTURO: Yo traía en las manos los documentos del rancho. ¿Dónde los habré dejado?

JULIETA: Creo que mi abuelita se los llevó a guardar.

GABRIELA: Ernesto, por las buenas nuevas, por nuestro futuro, por el viaje al que tú te agregarás. ¿No crees que debemos brindar?

ERNESTO: Claro, por todo eso y por ti. Mereces, champaña. A ver muchachos, traigan las copas. (*Lupe y Julieta las acercan de nuevo y Ernesto las sirve.*) La primera copa y por ser una mujer extraordinaria.

(*Los muchachos al chocar las copas hacen gran algarabía.*)

ARTURO: Brindemos por Miguel, que es un buen hijo, aunque un poco impulsivo.

GABRIELA: ¿Qué hará en este momento mi pobre chiquillo?

JOSEFINA: ¿Tú no dices nada tío Ramón?

RAMÓN: Observo como siempre, y los gozo. ¿Para qué decirles nada si mi presencia constante les dice que soy dichoso en este hogar feliz? Mis tres hijos crecieron y se fueron... estoy solo... ustedes me dan juventud. (*Julieta lo besa alocadamente.*) He traído unos regalitos para todos, para Gabriela en primer lugar. (*Los distribuye.*)

GABRIELA: ¡Ramón! Siempre tan generoso y tan espléndido. (*Los muchachos los rodean.*)

RAMÓN: Este otro para María Elena, mi futura sobrina, estos para Jorge y Lupe.

BERNARDO: ¡Felicidad! ¡Felicidad! ¿Por qué hablan de ella si nunca es completa ni duradera?, es superficial, formamos un grupo de seres humanos con buen humor, con el corazón bien puesto, con la sal y pimienta de los disgustillos intrascendentes... algunas lágrimas a veces... pero eso sí, la cooperación y la unión familiar, es perfecta. Bloque duro, irrompible. Escollera que resiste todas las mareas del exterior.

- Aquí dentro estamos nosotros, los Reyes, gozando de una democracia familiar que todos defendemos hasta con nuestra propia vida.
- TODOS: *(Aplauden como si fuera discurso. Gritos de ¡Ole! ¡Bravo!, etc.)...*
- ERNESTO: Brindo por las democracias privadas. Bernardo, ¿quieres ir a traer otras botellas de champaña? Necesitamos brindar de nuevo y no quiero parecer tacaño. Toma mi coche, está sin llave.
- BERNARDO: Encantado, tío Ernesto. ¿Vamos Lena?
- ERNESTO: Aquí tienes. *(Le da dinero.)* Anda a la tienda de don Pedro y compra una botella de *La Viuda*.
- BERNARDO: *(Saliendo.)* No me tardo.
- LUPE: *(Tímidamente extendiendo un papelito que saca de la cartera.)* ¿Puedo yo ahora decir el verso que hice para doña Gabriela? *(Los muchachos gritan y hacen señales ruidosas, de protesta.)* ¡No, no! ¡Eso no! ¡Tú no!
- GABRIELA: *(Lo atrae maternalmente.)* Dímelo a mí sola, hijo. Después de todo, estos poemas dedicados a una persona, tienen algo de intimidad...
- LUPE: No, gracias, no puedo... es una impertinencia mía... No debo decirlos, son muy feos.
- GABRIELA: ¿No son para mí? A mí me gustarán mucho. Han de ser muy tiernos, como eres tú. Anda, dílos, pero dílos en voz alta para todos.
- LUPE: *(Lee el poema tímidamente.)*

*El poema no aparece en el texto que me fue proporcionado por Beatriz Castillo de Ledón.

- GABRIELA: Es muy lindo tu poema Lupe porque allí está tu afecto, limpio y cándido. (*Todos aplauden.*)
- JULIETA: Tío Ernesto, a propósito, ¿querrías hacerme un favor, un gran favor? ¿Podrías darle un empleo a Lupe? Es tan bueno, tan inteligente, aunque no lo parezca y tan cumplido y tan...
- ERNESTO: Lo conozco, no continúes. Además le debemos una indemnización a este pobre muchacho.
- JULIETA: Está muy necesitado de dinero. Si no consigue un empleo con determinado horario que le permita continuar sus estudios, tendrá que cortar su carrera. Y tú sabes, Lupe, tan tímido. ¿Qué sería de él sin una carrera?
- ERNESTO: (*A Lupe.*) Oye muchacho, anda por mi oficina que por ahí tengo algo para ti.
- JULIETA: Gracias, tío Ernesto. Gracias. (*Lo besa.*)
- LUPE: ¿Le tengo que llevar algo?
- ERNESTO: No, hombre al contrario, es un empleo que te librá de esta familia.
- LUPE: Gracias don Ernesto, gracias. (*Le da un prolongado apretón de manos a Ernesto y abraza a don Ramón que se sorprende.*)
- ARTURO: (*Volviendo del interior de la casa se acerca a Gabriela.*) ¿No crees que debemos ir a la mesa ya?
- GABRIELA: Tienes razón, estoy aturdida.
- ERNESTO: Dime, Arturo, ¿tu rancho no está cerca del nuevo volcán? Cuando éste brotó me acordé de ti. Lo único que yo sé de “Los Reyes” es que está en Michoacán. No conozco su ubicación.
- ARTURO: Por fortuna está lejos. Terrible vecindad debe ser esa.

- ERNESTO: ¿No has ido a verlo?
- ARTURO: Sí, es una maravilla. Se eleva tan rápidamente, que casi se le ve crecer. Yo lo he visto de día y de noche y a todas horas es imponente. (*Los jóvenes lo rodean para escucharlo.*) Ríos de gente en coches y en ómnibus llenan la carretera de Uruapan a Paricutín. Por aquellos caminos indios resuenan todas las lenguas; inglés, francés, húngaro, ruso... Los coches se hunden en la capa de arena y de ceniza que tiene más de un metro de espesor. Cuando al fin se llega frente al volcán que está naciendo, se siente uno sobrecogido. De lejos es un espectáculo grandioso, fantástico... De cerca, yo llegué hasta la falda misma hirviente, se palpa la realidad de un gran fenómeno cósmico. Dos elementos primordiales: la tierra y el fuego, brotan de las profundidades misteriosas del centro de la tierra, 500 kilómetros abajo. La arena candente se eleva sobre el cráter a una inmensa altura, y desde allí cae lentamente, como lluvia fina. Millares de peñascos encendidos se elevan también como cohetes y al caer producen un ruido musical al chocar con las laderas con los otros peñascos. De pronto se detienen en un punto y ahí quedan rojos, iluminados, transparentes, decorando la montaña nueva.
- GABRIELA: ¡Qué prodigio! ¿Por qué no vamos todos a verlo?
- ARTURO: Es singular. A pesar del viaje accidentado, la vigilia y el desvelo, no se siente cansancio. Antes bien, energía, vigor. Es natural si lo pensamos detenidamente. ¡Qué cantidad de fuerza

intacta trae a la superficie este desbordamiento de la naturaleza! Después de un momento de estar ahí, ya está uno saturado de la fuerza elemental. Una noche, después de mirar largo rato, en medio del misterio de la noche iluminada de fuego, me incliné hasta el suelo y tomé, estremecido, un poco de tierra entre las manos. Tierra virgen, pensé. Esta tierra y estos peñascos, al amanecer el día, recibirán el sol por primera vez.

BERNARDO Y MARÍA ELENA: (*Vuelven alegremente, Bernardo entrega la botella.*) Tu coche no está abajo, quizás se lo llevó Miguel, pero fuimos a pie, encantados.

ERNESTO: (*Con naturalidad.*) Sí debe habérselo llevado. ¡Brindemos de nuevo antes de ir a cenar! ¡Lupe! ¡Trae copas, hijo!

(*Lupe y Julieta las distribuyen. Ernesto sirve el champaña y hay de nuevo alegría en la reunión.*)

ERNESTO: Brindemos por ella, por lo que más nos agrada de su persona. (*A Arturo.*) A ti ya sé que te gusta totalmente, tú no entras en la cuenta. A ver Bernardo, ¿por qué brindas tú?

BERNARDO: Por su guapeza y su salero.

TODOS: (*Cortan.*) ¡Ole!

ERNESTO: ¿Y tú Julieta?

JULIETA: Brindo por su alegría, sabe reírse tan bonito...

JOSEFINA: Yo por su corazón.

(*Gabriela la mira con ternura.*)

- ERNESTO: ¡Demasiados piropos! Yo brindo porque me gusta el champaña y porque hay el pretexto del santo de Gabriela. (*Todos ríen. Suena el teléfono y va Josefina a atenderlo. Las risas continúan y Josefina les hace seña de que se callen.*)
- JOSEFINA: ¡Bueno! ¡Bueno! Sí, sí, esta es la casa de la familia Reyes. Habla usted con una de las señoritas Reyes. Sí, Miguel es mi hermano. (*Sorpresa.*) ¿De la Cruz Roja? ¿Qué? ¿Cómo? (*horrorizada*). ¡Ah! ¡No! ¡No! ¿Pero cómo? ¡Qué horror! (*Se vuelve hacia su madre mientras termina de escuchar.*) Ahora vamos, sí.
- GABRIELA: (*Está de pie frente a ella, con las manos crispadas y los ojos desorbitados.*) ¿Vive?
- JOSEFINA: Sí.
- GABRIELA: ¿Choque? ¿Atropellamiento? ¿Qué? ¿En dónde?
- ARTURO: ¿Está en la Cruz Roja?
- JOSEFINA: Un choque en el automóvil de mi tío Ernesto, pero vive y quizá se salve.
- GABRIELA: ¡Ah! ¿Qué le pasaría por la cabeza? ¿Cómo sería? ¡Dios mío! ¡Pero vamos allá! ¡Hijo mío!
- JOSEFINA: Iba desesperado, loco, avergonzado de sus palabras violentas... (*A Bernardo.*) ¡Tú tienes la culpa de esta desgracia!
- BERNARDO: ¡Josefina!
- JOSEFINA: ¡Por haberlo corrido, por avergonzarlo públicamente!
- ARTURO: Si Miguel muere, tú y todos serán los culpables. Fue un castigo excesivo por una palabra siempre de adhesión a su padre...
- ABUELITA: ¡Dios misericordioso! Hay que tener temor. ¡Estos muchachos atrevidos!

GABRIELA: (*Compadecida por los dos hijos.*) ¡Mis pobres hijos! ¡Llévame Arturo! (*Se refugia en su brazo.*) (*Bernardo la toma por el otro brazo y salen todos.*)

JOSEFINA: (*A Ernesto.*) Dime por teléfono lo que sea. ¡Por Dios!

(Cuando ellos se han ido Josefina se sienta desolada junto al teléfono para esperar la llamada. Enrique junto a ella la alienta con cariño. Julieta frente a la ventana busca ansiosa a lo lejos y manda, por señas a Lupe, hacia el comedor. María Elena y Jorge recorren con la vista la iluminación y el panneauux.)

ABUELITA: Apaguen esas luces.

(María Elena apaga los focos de colores y solo queda encendida una lámpara de mesa con escasa luz. Los dos amigos van por las escaleras, las colocan a ambos lados del letrero y suben en silencio a descolgarlo. Mientras bajan las escaleras con él desciende el telón, lentamente.)

TELÓN

SEGUNDO ACTO

Tres meses más tarde en el mismo vestíbulo de la casa. Los muebles en orden. Varios libreros llenos de libros. Dos escritorios femeninos, sobre uno de ellos hay algunos libros. Dos mesas colocadas simétricamente tienen sendas lámparas que iluminan discretamente la estancia. El radio funciona a medio tono y cerca de él Julieta está tirada en el suelo boca abajo, haciendo una tarea escolar sobre múltiples hojas diseminadas en el

piso. Tiene dos libros abiertos y casi al mismo tiempo lee, repite y escribe. La Abuela y Arturo sostienen un diálogo casi a gritos tratando de escucharse mutuamente por encima de la voz monótona de Julieta y de la música del radio.

JULIETA: Primera ley de las combinaciones químicas de Lavoisier. En un sistema de cuerpos que sufren una modificación química, la masa total de los cuerpos que integran el sistema, es la misma antes que después de efectuarse la modificación, es decir, es invariable. Segunda ley de las proporciones definidas. Los elementos que se unen para formar un compuesto definido...

ABUELITA: Lo que yo digo, es que no era necesario que tú abandonaras el rancho durante tres meses, para lamentarnos todos ahora de las pérdidas, de la ruina.

ARTURO: No podía dejar a Gabriela sola, con el problema de Miguel que era de vida o muerte.

ABUELITA: A mí me parece, claro es sólo una opinión, que desde el rancho hubieras ayudado mejor. No se habría perdido la cosecha y en la casa habría con qué pagar las operaciones de Miguel, los gastos diarios, en fin...

ARTURO: Usted es una terrible materialista, sólo habla de dinero, de comida. Para usted no cuentan los problemas sentimentales, los morales.

ABUELITA: Sí cuentan. Sí cuentan y mucho, pero después de la responsabilidad del puchero cotidiano.

ARTURO: En eso diferimos totalmente de opinión.

ABUELITA: Eres el yerno perfecto.

- ARTURO: Miguel es, no digo que mi hijo predilecto, pero sí el que me comprende mejor que todos. Yo tenía que estar a su lado en este trance.
- ABUELITA: Pues mira, no te ha visto mucho al pie de su cama en estos tres meses.
- ARTURO: Tenía que esperar su completo restablecimiento.
- ABUELITA: ¿Y a quién corresponderá entonces esa tarea materialista que a ti te repugna tanto?
- ARTURO: A mí, señora. Yo sé que esa responsabilidad es mía. Ya verá usted como muy pronto, quizás hoy mismo, entrará abundante dinero a esta casa, todo el que ustedes desean.

(Sube precipitadamente la escalera.)

- ABUELITA: ¿Abundante dinero? *(Observa los pasos de Arturo, después se dirige hacia el comedor, pero antes de salir dice a Julieta.)* Criatura, levántate, aprende a ser una señorita distinguida, como Lena. *(Sale.)*
- JULIETA: *(Continúa estudiando.)* En un sistema de cuerpos que sufren una modificación química, la masa total de los cuerpos se integran al sistema...
- ARTURO: *(Baja la escalera rápidamente y se va en dirección contraria. Va hacia el teléfono y se detiene un momento nerviosamente, después pide a su hija.)* Julieta, hazme un favor...
- JULIETA: *(Interrumpe el estudio y pregunta.)* ¿Qué?
- ARTURO: Tráeme... sí, eso es, mis lentes que dejé olvidados en alguna parte, creo que en el abrigo, no sé, búscalos.

JULIETA: *(Mientras sube continúa repitiendo la lección en voz baja.)*

ARTURO: *(Apenas Julieta ha desaparecido Arturo se precipita al teléfono y marca un número. Espera impaciente. Habla al fin, con cierto tono de misterio.)* ¡Bueno! ¿Es el despacho del señor Cortés? ¿Está él? ¿Puedo hablarle? ¡Muy bien! *(Pausa.)* *(En ese momento, la abuelita que viene del comedor se detiene en la puerta al oír hablar en un tono tan singular. Arturo, sin mirarla continúa hablando.)* Bueno, ¿el señor Cortés? Lo llamo para decirle que todo está listo en la notaría. *(Pausa.)* ¡Ah! *(Pausa.)* Ahora mismo, a las cinco. *(Pausa.)* Yo salgo para allá, sí. Hasta luego, señor Cortés. *(Toma precipitadamente el sombrero y sale a la calle, cuando él va hacia la puerta Julieta baja la escalera y al verlo marcharse lo llama pero él no la oye.)*

JULIETA: ¡Papá! *(A la abuelita que entra.)* Se ha ido sin los lentes. ¡Qué raro! Y yo no los encontré.

ABUELITA: No te preocupes, no hacen falta, estudia, hija, que ya es tarde *(Julieta vuelve a su tarea.)* ¿Dónde está tu mamá?

JULIETA: Curando a Miguel.

(La abuelita sube la escalera.)

JULIETA: *(Sube un poco el radio y escribe.)* En un sistema de cuerpos que sufren una modificación química, la masa total de los cuerpos que integran el sistema, es la misma antes que después de efectuarse la modificación, es decir... *(En ese*

- momento llaman a la puerta y Julieta se levanta a abrir.)* ¡Hola, primo Enrique! ¡Qué milagro que te decides a entrar! Me vienes a ver a mí, ¿verdad?
- ENRIQUE: Sí, claro, a ti y a todos.
- JULIETA: Entonces, ¿quieres que llame a toda la familia?
- ENRIQUE: *(Ríe y exclama.)* ¡Pícara!
- JULIETA: Espera un momento. *(Sube la escalera a saltos y baja igual.)* Ahora vienen mi papá, mi mamá, mi abuelita y mis hermanos.
- ENRIQUE: Muy bien gracias por el concurso. Y tú, ¿qué haces con esos papeles? ¿Juegas?
- JULIETA: Eso quisiera. Yo nunca tengo tiempo de jugar. Los niños y los jóvenes somos unos desgraciados, nos hacen estudiar de día y de noche. Esto es química. ¿Tú la entiendes?
- ENRIQUE: Yo no, ¿y tú? *(Ríen los dos.)* ¿Ya tienes novio?
- JULIETA: Sí, ahora sí.
- ENRIQUE: ¿Estás muy enamorada?
- JULIETA: Muchísimo. ¡Qué lindo es el amor!
- ENRIQUE: ¿Y él, corresponde?
- JULIETA: No, él es muy tonto, sólo se fija en las señoras casadas. ¡Figúrate! Pero a mí me encanta.
- ENRIQUE: ¿Quién es?
- JULIETA: D'Artagnan, de los tres mosqueteros.
- ENRIQUE: *(Ríe y exclama.)* Julieta, sigues siendo la misma niña. ¡Me encantas!
- JULIETA: *(Con fingida malicia.)* Cuidado, que ahí viene Josefina.
- ENRIQUE: *(A Josefina que baja la escalera.)* Esta chiquita es deliciosa, tenemos que cuidarla entre todos. *(Cuando Josefina ha llegado, él la besa en las*

dos manos. La retiene y le dice bajito.) Necesito hablarte, no puedo más, me has impuesto una separación absurda.

JOSEFINA: Es imprudente que vengas aquí.

ENRIQUE: ¿Por qué? Nadie, excepto Julieta sabe que nos queremos, además, no tienen nada de particular que dos jóvenes se quieran.

JOSEFINA: El mal es que la Nena viene ahora con Miguel y nos sorprenderían. Ella no me perdonaría nunca mi falta de confianza hacia ella.

ENRIQUE: Julieta podría ayudarnos reteniendo adentro a tu mamá y a tu hermano. Necesito hablar contigo ahora mismo.

JULIETA: Hoy nadie me quiere dejar estudiar, todos me confían misiones importantes. *(Se levanta del piso donde se había vuelto a acomodar para repetir la frase de química dicha anteriormente, mueve las llaves del radio hasta ponerlo fortísimo.)*

JOSEFINA: Baja el radio, Julieta.

JULIETA: *(Lo hace callar definitivamente y exclama antes de salir.)* Misión en Oriente, misión encubridora. ¡Muy importante! *(Se va repitiendo la fórmula química.)* Los elementos que se unen para formar un compuesto definido, se combinan siempre en las mismas proporciones...

ENRIQUE: ¡Encantadora criatura!

JOSEFINA: Es muy buena.

ENRIQUE: Déjame mirarte, ¡qué linda estás! Eres la muchacha más bonita de todo el universo.

JOSEFINA: No soy vanidosa.

- ENRIQUE: ¡Chiquilla mía! ¿Qué te has propuesto hacer conmigo? ¿Qué te has propuesto contigo misma?
- JOSEFINA: Lo que te dije en mi carta es definitivo. Lo medité mucho, antes de resolverlo.
- ENRIQUE: (*Sonriente.*) Vamos hablando en serio.
- JOSEFINA: Me disgusta que tomes las cosas así. Quiero que sepas que mi decisión no obedece a ningún impulso violento, ni a un capricho, es una razón que te la expliqué en mi carta.
- ENRIQUE: Pareces una niña que está jugando a las señoras grandes. (*La acaricia con ternura.*) Vamos a ver: ¿qué significa eso de que no te casarás en mucho tiempo, que te quieres quedar al lado de tu madre hasta que se arreglen los conflictos y se casen tus hermanos y que por lo tanto me dejas en libertad?
- JOSEFINA: Yo no puedo dejar a la Nena sola, con mil problemas encima, para irme yo egoístamente, dizque a ser feliz contigo.
- ENRIQUE: Mi vida, eres una niñita boba y adorable. ¿Qué es eso de que tú y yo hemos terminado nuestras relaciones, que no nos veremos más, que hay incompatibilidad de caracteres? No te comprendo. ¿O es que ya no me quieres o no te convengo? ¿Es posible? Dime...
- JOSEFINA: Sí, es triste, pero así es. Después de dos años de noviazgo encuentro de pronto, que hablamos idiomas diferentes.
- ENRIQUE: ¿Por qué dices eso? Siempre nos hemos entendido hasta completarnos las frases y compartir la emoción. ¿A qué te refieres? No hables en parábolas.

- JOSEFINA: Mis palabras son tan limpias, tan leales, que no las puedes comprender ahora. Quiero decirte solamente que tú y yo hemos terminado nuestras relaciones.
- ENRIQUE: Ven acá, mi vida. ¿Qué tienes en contra de mí?
- JOSEFINA: Tú lo sabes mejor que yo.
- ENRIQUE: ¿Quién te ha envenenado contra mí? Yo no puedo irme así nada más ¿Te han hecho algún daño?
- JOSEFINA: Lo sé todo Enrique, lo vi yo todo y no sé cómo puedo vivir todavía después de haberte visto del brazo con ella...
- ENRIQUE: No sé a quién te refieres, yo no salgo a la calle más que contigo.
- JOSEFINA: Y no poder comentarlo con nadie, ni refugiarme en nadie, porque yo misma me encerré en esta isla de soledad.
- ENRIQUE: Mi vida, lamento que me hayas encontrado. Tienes que ser comprensiva, yo acompaño a veces a esa pobre muchacha, porque es tan desdichada, está tan sola, es tan desvalida, que hasta ha intentado matarse... Por piedad, la veo alguna vez, le doy algún consejo, alguna ayuda económica... eso es todo.
- JOSEFINA: Y esas acciones tan generosas me las habías ocultado siempre. Y por piedad la llevas al cine, la llevas a bailar... y por altruismo la besas, como yo lo vi al despedirte de ella.
- ENRIQUE: Josefina, ¿me espías? ¿Es posible?
- JOSEFINA: Te encontré con ella de casualidad, y poseída de una pasión extraña, no pude resistirla y te seguí.

- ENRIQUE: Mi amor, estás exaltada y yo te aseguro que no tienes motivos, no hay nada serio con ella...
- JOSEFINA: Déjame, no me toques. La besas a ella y a mí y quizás a muchas. Retírate Enrique, vete, no quiero verte más.
- ENRIQUE: ¿Es cierto que ella te llamó por lo de ayer? Me lo avisó Julieta.
- JOSEFINA: Todo es sucio, increíble. Me siento ya como una mujer madura... como una cosa marchita.
- ENRIQUE: Perdóname Josefina, todos cometemos errores, locuras... Yo te quiero solamente a ti. Yo sé ahora que no puedo vivir sin ti, te adoro.
- JOSEFINA: Vete, Enrique. Yo ahora voy a luchar contra mí misma para tratar de olvidarte.
- ENRIQUE: Entonces, ¿me quieres todavía?
- JOSEFINA: Eres despreciable y vulgar. No quiero verte más, ¿entiendes? Creíste que porque yo era pariente pobre, te podrías burlar de mí, de mis sentimientos. Tú eres más pobre que yo. ¡Los pobres ricos!
- ENRIQUE: No me insultes, Josefina ¿Qué tiene que ver el dinero con mi corazón?
- JOSEFINA: ¡Los pobres ricos! Todo lo que compran es falsificado, hasta el amor. Nosotros los pobres, tenemos muy pocas cosas, pero son verdaderas. Mi amor, mi rico amor, no está en venta. Lo regalo, pero no a ti.
- ENRIQUE: Esto si ya no te lo tolero, has ido demasiado lejos, más allá de los celos. Te burlas de los ricos, quizás por despecho. Ya verás cómo podré encontrar pronto otra muchacha con menos complejos.

- JOSEFINA: Enrique, estás ofendiendo mi pobreza.
- ENRIQUE: Tú me lastimaste primero. También la riqueza es respetable.
- JOSEFINA: La tuya no, porque humilla.
- ENRIQUE: Has sido absurda y tonta. Voy a hablar con mi padre y con tu madre.
- JOSEFINA: No, eso no, te lo ruego, sería una venganza demasiado cruel, mi madre no sabe nada y no me perdonaría nunca la reserva.
- ENRIQUE: Te acusaré con los dos.
- JOSEFINA: No, sería inútil, además. Yo no me casaré contigo nunca.
- ENRIQUE: Yo tampoco, ahora te conozco bien.
- JULIETA: (*Entra con el libro en la mano y repitiendo su lección en voz alta.*) Una combinación es aquella que se verifica por medio del calor o la electricidad, dando un nuevo compuesto, con propiedades completamente nuevas. (*Mientras lo hace, anuncia con señas de los ojos y de las manos, que alguien se acerca.*)
- ENRIQUE: (*A Josefina.*) Los celos te han vuelto fiera, me quieres más de lo que yo creía.
- JOSEFINA: Vete Enrique, pronto, no quiero que te vea mi mamá.
- ENRIQUE: Me iré, sí, pero juro que me iré para siempre. Tú te arrepentirás y ya será tarde.
- JOSEFINA: ¡Pretencioso! Te has burlado de mí, pero ya no lo harás.
- ENRIQUE: ¡Adiós, Josefina! ¡Hasta luego! (*Dolorosamente.*) ¡Hasta nunca! (*Se va.*)

(Julieta que escucha las últimas frases, corre hacia Josefina y las dos se abrazan con ternura. Mientras permanecen en esta actitud entra Gabriela conduciendo a Miguel en una silla de ruedas.)

MIGUEL: Aquí estaré mucho mejor ya que es edificante ver estas escenas de amor fraternal.

GABRIELA: Qué bonito cuadro. *(Se separan en silencio.)* Pero sigue estudiando chiquita porque así no terminarás tu tarea.

MIGUEL: Ahora se dedicarán todas a preparar sus clases de mañana y yo me aburriré como siempre.

GABRIELA: ¿Y qué vamos a hacer hijo? Todos tenemos deberes. Yo me dedico a ti todo lo que puedo. En realidad eres ahora mi consentido.

MIGUEL: Por supuesto, mamá, sí ya lo sé. Sólo que los inválidos somos así, nos violentamos de todo, de la inacción, de la soledad, de la espera.

GABRIELA: *(Acariciándolo tiernamente.)* No te desesperes, Miguel, recuerda que todo tiene un plazo. El médico ha dicho que muy pronto tendrás tus piernas fuertes y podrás caminar.

MIGUEL: Nada envidia tanto como la actividad, es la vida que se manifiesta, pero esta inercia, en cambio, es la muerte en vida. Desde que estoy enfermo observo y escucho los pasos de todos, los conozco y los distingo, tienen una psicología especial y un significado. Hay pasos alegres, firmes, violentos, tristes... Desde el rincón silencioso de mi cuarto, escucho los pasos de todos y conozco su estado de ánimo. Yo antes no sabía esto, porque tenía todas las facultades y las ejercitaba. La plenitud aturde.

GABRIELA: Chiquito mío, tienes que darle gracias a Dios, la enfermedad te ha serenado y te ha hecho más lúcido.

JULIETA: *(Que estudia en silencio, inquiere.)* Josefina, ¿qué significa, en química, una mezcla y una combinación?

JOSEFINA: *(Ha permanecido en silencio con un sentimiento de dolor recatado. Con la pregunta de Julieta parece despertar de un letargo. Piensa un momento y contesta.)* Ah, sí. Pues... una mezcla es la unión de dos o más elementos que pueden separarse por medios físicos, pero que conservan sus propiedades fundamentales. Por ejemplo, si unes polvo de azufre y de imán, se confunden uno con otro y esto es una mezcla. Si tomas, para apartarlos, un trozo de hierro imanado, éste atrae al imán en polvo, que se separa del azufre y obtienes entonces los dos elementos íntegros, tal como los tenías en un principio.

JULIETA: ¿Y una combinación? No entiendo cuál es la diferencia.

(Gabriela mientras tanto, se sienta frente a uno de los escritorios, revuelve algunos papeles y mientras escribe y consulta un libro, observa el diálogo de las niñas, Miquel escucha también.)

JOSEFINA: Supongamos que para hacer esta mezcla, los elementos son dos enamorados. Unen su amor y sólo podríamos tomarlo como un amorío sin importancia, un amor sin fundamentos firmes que puedes destruir con suma facilidad. Si los

separas, cada uno seguirá su camino sin importarle nada del pasado. Una combinación, por el contrario, es aquélla en que el paso de una corriente alimenta a los dos elementos. A éstos no los separas tan fácilmente porque han sufrido un cambio en su naturaleza íntima y han venido a formar una tercera, completamente nueva y diferente... es la fusión perfecta... es... es... (*Sus ojos pensativos se quedan fijos en el suelo.*)

JULIETA: (*Ingenuamente.*) ¿Y no se pueden separar ya, de ninguna manera?

JOSEFINA: (*Conmovida.*) Sí, sí, por medios químicos, por métodos más difíciles, pero a veces ocurre que estos elementos sufren tal intercambio de sus moléculas, que al separarlos no quedan íntegros como antes... hay mucho en común entre ellos que les impide separarse completamente y a veces, es tan difícil encontrar el agente disociador, que no se pueden apartar.

JULIETA: ¿Pero existe ese agente, verdad?

JOSEFINA: (*Acentuando la expresión desolada de su semblante.*) Sí, pueden separarse, pero su naturaleza íntima ya ha sufrido un cambio definitivo, porque los ha unido el fuego que deja siempre huellas profundas...

(*Josefina solloza y cubriéndose la cara hace mutis violentamente por la escalera, hacia las habitaciones superiores. Julieta con ojos asombrados la ve salir y después, lentamente, cierra el libro y queda conmovida.*)

- GABRIELA: (*Visiblemente preocupada.*) Julieta, no te detengas, continúa estudiando.
- JULIETA: No me gusta la química. (*Hace pucheros infantiles.*)
- GABRIELA: Es necesaria.
- JULIETA: ¿Sabes, Nena?, la química es muy cruel provoca las cosas más tristes de la vida, por eso la rechazo. Se forman combinaciones que llegan hasta el corazón de los elementos, y los químicos se empeñan en separarlos, y uno tiene que ser su cómplice, que aprenden a separarlos... ¿Por qué?, ¡qué horrible!, ¡qué malo es todo eso!
- GABRIELA: Esa es la química humana, mi vida. Esa interpretación es muy complicada para ti, eres todavía muy tierna para comprenderla. Vuelve a estudiar, yo te ayudaré.
- MIGUEL: (*Caviloso, hablando bajo como consigo mismo.*) El fuego... deja siempre huellas profundas...
- JULIETA: ¿No sería posible que quitaran la química de los programas de educación? Todos los males de la humanidad son debido a ella. Si a alguien le duele el estómago, es por cuestiones químicas defectuosas de las sustancias digestivas, los daños causados en la guerra, es por los explosivos químicos. ¡Es monstruosa! Además. ¡Pobrecita de Josefina! (*Julieta sube precipitadamente la escalera y entra al mismo cuarto donde se refugió Josefina.*)
- GABRIELA: (*Con expresión angustiada, escucha las quejas de su hija y la ve partir mientras repite tristemente sus últimas palabras.*) ¡Pobrecita de Josefina!
- MIGUEL: (*También mira hacia la puerta por donde desapareció Julieta. Después se vuelve hacia su madre*

- y al observar la gravedad de su semblante dice con tono preocupado.*) No le des importancia, Nena, son niñerías, ya conoces a Julieta.
- GABRIELA: (*Con abatimiento.*) No, Miguel, no son niñerías. Yo sé lo que le pasa a Josefina, lo sabes tú también, es un secreto a voces. No es preciso que me diga sus cosas, para que yo las comprenda. Si es mi hija, es parte de mí misma. Ella ha perdido la confianza en mí, para hablarme de sus amores con Enrique, y ahora que necesita de mis consejos y de mi consuelo, no encuentra la forma de confiarme sus penas. Quizás ha roto sus relaciones con él, o quizás le sucede algo más grave...
- MIGUEL: Se ha convertido en un enigma, no quiere hablar con nadie.
- GABRIELA: ¡Si fuera posible que ella hablara de nuevo! Se ha vuelto muda para todos nosotros. Me conmueve su silencio receloso. Parecería que nos tiene rencor. ¿Por qué tiene que desconfiar de todos, hasta de su madre?
- MIGUEL: Tú has hablado con ella varias veces por su extraño proceder. ¿No es así?
- GABRIELA: He querido penetrarla por todos los medios, con ternura natural, con dureza autorizada, he provocado la confidencia... y no he logrado que salga una palabra de su boca hermética.
- MIGUEL: Hay aquí dentro una especie de caos. ¿Sabes? Una atmósfera violenta, agresiva, desintegrada, a la que nadie se empeña en ponerle remedio, ni tú misma. Yo eso lo veo mejor que ustedes, porque estoy aquí, sin tener otra cosa que hacer, más que observar y sentir.

- GABRIELA: Ya lo sé, lo sé muy bien. Tú padre entra y sale sin rumbo ni programa. Bernardo, reprobándolo todo, quiere irse a los Estados Unidos con Enrique. Josefina rondando como una sombra. Julieta, como no tiene problemas aparentes, la tenemos abandonada.
- MIGUEL: Los cuidados los acaparamos los demás, los complicados.
- GABRIELA: Esta tormenta que me ha caído encima de pronto, este desbarajuste, el desapego de todos, me ha hecho cobarde. Yo siento que ya no puedo hacer nada por esta pobre gente.
- MIGUEL: ¡Shist! No digas eso, baja la voz. Tú eres valiente, tienes un gran espíritu, estás obligada a enderezar estos escombros. Que no te oigan los demás. Debes volver a ser tú misma, la valiente.
- GABRIELA: ¡Valiente yo! Este pobre ser empequeñecido, casi avergonzado de las penas de todos.
- MIGUEL: Yo no tengo la potencia que siempre he admirado en ti, pero ahora he sufrido y sé que eso da fuerza y valor para embestir en la vida. Mi padre, Bernardo, las niñas, yo, hasta Lupe, todos necesitamos tu ayuda.
- GABRIELA: ¿Y eres tú, Miguel, el que hablas de esta manera? ¿Tú nunca tuviste orden para meditar? Tuvo que inmovilizarte Dios, para que pudieras pensar en él.
- MIGUEL: ¿Recuerdas que me apodaban “El ciclón”?
- GABRIELA: ¡Y qué bien puesto el nombre! Ya eras un muchachote así de crecido, y aún traías un mechón sobre la frente, los zapatos desabro-

chados y un calcetín caído. Subías las escaleras de cuatro en cuatro...

MIGUEL: O trepaba por el barandal.

GABRIELA: Cantabas todo el día...

MIGUEL: Y canto.

GABRIELA: Muy engolado, pero siempre has cantado.

MIGUEL: Te acuerdas cómo salíamos a... *(La expresión alegre se forma seria súbitamente, se mira las piernas y vuelve la cara hacia otro lado.)*

GABRIELA: *(Con infinita ternura.)* ¿Te acordabas ahora de cuando tú y yo salíamos a bailar, no es eso? *(Miguel no contesta.)* ¿Por qué te da pena recordarlo? Ahora eres tú el que no tienes valor. Me dijiste muchas veces que yo era tu mejor pareja.

MIGUEL: *(Le rodea la cara con las dos manos y le dice.)* Bailabas vals mejor que nadie.

GABRIELA: ¿Por qué dices bailaba? ¡Bailo!

MIGUEL: Me gustaba tanto verte bailar. Ahora te has seriado. Pareces ya una persona mayor y todo por culpa de tus hijos.

GABRIELA: ¿Persona mayor yo? ¿Gente solemne? ¡Qué insulto! Yo bailo mejor que Josefina y sé bailes nuevos que tú no conoces. ¡Mira!

(Se levanta ágilmente, tararea en voz baja y baila con ligereza y suavidad algunos compases de vals.)

MIGUEL: Hacía mucho tiempo que no bailabas, Nena.

GABRIELA: *(Deja de hacerlo.)* Necesito que te alivies pronto para que nos vayamos de nuevo a fiestas, los dos solos. ¿Quieres?

- MIGUEL: (*Tristemente.*) ¡Quién sabe si vuelva a levantarme! Lo he pensado muchas veces, y bailar, creo que nunca volveré a hacerlo.
- GABRIELA: (*Le acaricia la cabeza con ternura y dice quedamente con gran emoción.*) Ya no importaría eso, Miguel, porque tú has aprendido a volar y la agilidad del espíritu vale mucho más. (*Hay una pausa conmovedora.*)
- LUPE: (*Aparece por la puerta de la calle con varios paquetes en los brazos.*) ¡Buenas tardes, señora!
- MIGUEL: ¿Qué pasó, Lupe? Ya es muy tarde.
- GABRIELA: Miguel te espera desde hace media hora.
- LUPE: Dispéñeme, pero mi trabajo en la oficina de don Ernesto no tiene horario. Venía corriendo por la calle, pensando que ya se estaba acabando el sol y que yo no llegaría a tiempo para sacar a Miguel a dar la vuelta.
- GABRIELA: ¿Qué paquetes son esos, Lupe?
- LUPE: No sé, se los manda Enrique a Josefina, tengo que entregárselos personalmente.
- GABRIELA: Dámelos, yo se los entrego, ya sé lo que contiene.
- MIGUEL: ¡Sácame ya hombre, tengo ganas de sol!
- LUPE: (*Da los libros a Gabriela con algún recelo, toma la silla de ruedas por el respaldo y mientras lo conduce hacia la puerta de salida dice a Gabriela.*) Don Ernesto le ruega que lo espere, viene para acá ahora mismo a tratarle un asunto de importancia.
- GABRIELA: ¡Aha!

(*Está sentada sobre sus dos piernas, encogida, más bien. Su actitud es graciosa y juvenil.*)

BERNARDO: *(Viene de la calle con Lena y dirigiéndose a Gabriela exclama con alegría cariñosa.)* ¡Conejito! Mira Lena, ¿qué te parece? ¿Crees tú que esa es la actitud digna de una persona seria? ¡No te muevas! ¿Parece una señora jefe de familia?

GABRIELA: Bernardo, me estás faltando al respeto.

BERNARDO: A ese conejo ni lo respeto ni lo quiero. *(Se lanza hacia ella, la abraza y le da una vuelta por el aire. Gabriela mientras tanto da ligeros gritos defensivos.)*

GABRIELA: No, Bernardo, ¡déjame! ¡Muchacho! *(Defiende una mano y la extiende a Lena con dificultad.)* *(Bernardo aprieta fuertemente los hombros de Gabriela y le da un beso en la punta de la nariz.)*

GABRIELA: ¡Ay! ¡Me duele!

BERNARDO: Eres demasiado delicada. Si fuera tu novio no me casaría contigo.

GABRIELA: ¡Magnífico!

BERNARDO: Tú no sabes lo que es amor. La pasión es así, mira: *(La empuja al sillón nuevo, la besa en los ojos, en la frente, en el pelo, en la nariz; le levanta la barbilla con energía y le besa el cuello. Ella, por fin, logra desasirse de él toda agitada y entre risas dice a Lena.)*

GABRIELA: ¡Lena! Toma nota ¡Es un salvaje!

BERNARDO: ¡Ella ha decidido que le gustan los salvajes!

GABRIELA: ¡Qué mal inclinada!

MARÍA ELENA: Todos hablan por mí, menos yo. No me gustan los salvajes...

GABRIELA: ¡Claro!

MARÍA ELENA: Me gusta un salvaje.

- BERNARDO: ¡Ah! (*La mira en actitud de embestir y se lanza hacia ella. Le pone las manos sobre los hombros con energía y le besa la nariz levemente.*) ¿Ya ves, Nena? No puedo ser más fino.
- GABRIELA: Esas tenazas sobre los hombros, son las que me dan pánico.
- ERNESTO: (*Llega con gesto grave.*)
- BERNARDO: ¡Tío Ernesto!
- ERNESTO: Qué tal, muchacho. (*Pone una mano distraída-mente sobre el hombro de Lena y al dar la mano a Gabriela dice.*) Necesito hablar contigo ahora mismo. ¿Me haces el favor?
- GABRIELA: Por supuesto. Vamos a la sala.
- ERNESTO: Ni te figuras de lo que vengo a tratarte.
- GABRIELA: Tal vez sí...

(*Se van los dos al comedor.*)

- MARÍA ELENA: Bernardo, háblale a los muchachos para decidir eso de una vez.
- BERNARDO: (*Gritando hacia las habitaciones superiores.*) ¡Josefina! ¡Julieta! Vengan, aquí está Lena.
- JULIETA: (*Bajando la escalera a saltos.*) ¡Hello! Hello! ¡Hello!
- MARÍA ELENA: ¿Qué hubo, Julieta? ¿Por qué ese saludo tan pocho?
- JULIETA: Por un motivo muy triste.
- MARÍA ELENA: ¿Cuál es?
- JULIETA: El primo Enrique se va a los Estados Unidos.
- MARÍA ELENA: ¡Julieta, eres estupenda, brutal!
- JOSEFINA: (*Baja lentamente y al llegar abajo besa a Lena en silencio con una sonrisa cortés.*)

- BERNARDO: Verás, Josefina, se trata de esto: Lena y yo que-remos ir esta noche al baile del Country pero como a ella no la dejan salir sola, queremos que vengas tú, como en otras ocasiones.
- JOSEFINA: Sólo que... yo...
- BERNARDO: ¿Vas a negarte, Josefina?
- JOSEFINA: El caso es que yo ahora, precisamente ahora, me es imposible salir.
- JULIETA: Sí, perdónenla, ella no puede ir a fiestas ahora. Si yo tuviera un año más, iría con mucho gusto.
- MARÍA ELENA: Ya sabía yo que te ibas a negar. En realidad, siempre que sales con nosotros, lo haces con bastante desagrado.
- JOSEFINA: No, Lena, no lo tomes así. Yo te ruego que me disculpes. ¡Si tú supieras!
- BERNARDO: Lo único que sabemos es que eres una egoísta, insoportable. Se trata de hacerle un favor a alguien. Ah, pues lo niegas, aunque tú misma te privas del placer de una fiesta. Eres una morbosa, te gusta hacernos daño. Y todo por...
- JOSEFINA: Bernardo, no seas injusto. Tú no sabes lo que me pasa.
- BERNARDO: ¡Cómo no lo voy a saber! Claro que lo sé, ¡eres una neurasténica! Estás biliosa por no tener unos amores sinceros como toda la gente. Eres una gente seca, amarga.
- JULIETA: Déjenme decirles, Josefina...
- JOSEFINA: *(Ya muy exaltada, se precipita hacia Julieta y le cubre la boca con mano brusca, mientras dice.)* ¡Cállate!
- MARÍA ELENA: Son esos estudios de biología, de química y todos esos rompecabezas que no son para las mujeres.

- JULIETA: ¿Yo? Si yo no digo nada.
- BERNARDO: (*Interrumpiéndola con voz violenta.*) Las dos son unas libertinas que con el pretexto de estudiar se pasan la vida en las calles y en las bibliotecas, chacoteando con los hombres. Ustedes y mi madre deberían ser como la familia de Lena: distinguida, decorosa, quedarse en casa, como lo hace la gente decente.
- JOSEFINA: ¡Bernardo! ¡Es demasiado!
- BERNARDO: Además, ya he sabido de un lío tuyo que has escondido hipócritamente y no sé hasta dónde habrá llegado. Ahora mismo voy a decírselo a la Nena, para que sepa qué clase de simuladora eres.
- JOSEFINA: ¡Ah! No, eso no. No se lo dirás, no te lo permito, suceda lo que suceda.
- GABRIELA: (*Aparece en la puerta con gesto severo.*) ¿Qué gritos son esos en una casa decente?
- JOSEFINA: Lena se avergüenza de nosotros y Bernardo nos traiciona y nos ofende.
- BERNARDO: Josefina te engaña, ha estado mintiéndote durante un año.
- GABRIELA: ¡Silencio! ¡Irrespetuosos!
- JOSEFINA: ¿Yo?
- GABRIELA: Tú y él, los dos. El hogar es como un templo. Aquí no se grita, ni se blasfema, ni se ofende a nadie.
- BERNARDO: Necesitas saber que Josefina...
- JOSEFINA: Sí, madre ha pasado algo.
- BERNARDO: Sus aventuras ocultas con Enrique...
- JOSEFINA: ¡Malo! ¡Qué malo eres! No es cierto, Nena, yo te contaré todo. (*Intentan subir el tono de la dis-*

cusión y Josefina se va en los primeros escalones de espalda y con dolor desesperado dice.) No, aquí no puedo seguir viviendo. (Después se vuelve a los presentes y agrega.) Todos son extraños, crueles ¡Tú, eres perverso! (Señalando a Bernardo.) Mi padre no me entiende, nadie me quiere y tú... (Por Gabriela.) Tú no me perdonarás. No puedo más. Me voy ¡Ya no se puede vivir en esta casa! (Sin dominio en su voz ni de sus sentimientos, en actitud de violencia, casi de locura, se lanza precipitadamente a la calle.)

GABRIELA: ¡Josefina! ¿Estás loca? ¡Josefina! ¡Válgame Dios!

TELÓN

TERCER ACTO

Han pasado nueve horas desde la huida de Josefina. Son las tres de la mañana. A través de los cristales del ancho ventanal que está cubierto a medias por las cortinas, se ven algunos anuncios luminosos rezagados. En la habitación hay encendidas dos lámparas de mesa que dan una luz triste. El ambiente es desolado. Arturo, tirado en un sillón en actitud de abatimiento. Julieta camina por la estancia nerviosamente y sube y baja la escalera con cualquier pretexto. La abuelita dormita en un sillón y se despierta más tarde para dirigirse al comedor. Josefina mira hacia la calle por la parte descubierta de la ventana, después cierra las cortinas con violencia y se retira. Miguel va y viene de un lugar a otro, empujando su silla de ruedas.

JULIETA: (Con teléfono en la mano.) Perdóneme, señora, que la haya llamado a esta hora tan avanzada,

pero es que estamos muy atribulados. Dígame, ¿no ha estado mi mamá en su casa esta noche...? ¿No... ? Ay, Dios mío... Es que salió de casa temprano, a... (*Titubeando.*) A una diligencia y no ha regresado; tememos que pueda haberle ocurrido algún accidente. Sí señora... Gracias, señora... Buenas noches. (*Marcando otro número de teléfono.*) ¡Bueno! Señora Farías, perdóneme por llamarla de nuevo, soy Julieta. ¿No tiene alguna noticia de la Nena? ¿No la ha llamado por teléfono? ¡Válgame...! No señora, no sabemos nada... Sí, ya hablamos a todos los puestos de socorro y no se sabe nada. Perdóneme por molestarla tanto, ya no llamaré más esta noche. ¡Hasta luego! ¿Qué haremos, papá, Miguel?

MIGUEL: Esta imposibilidad me tortura ¿De qué sirve tener energía y carácter, si estoy preso en este sillón y dentro de estas cuatro paredes, que son una jaula? Yendo y viniendo por esta habitación, dando vueltas inútiles como en una pista de circo ¡Qué horror! ¡Qué gran castigo!

JULIETA: Pensando en tu propio problema, cuando a los demás no nos alcanza el corazón más que para sufrir por ella, por su ausencia.

MIGUEL: Si por ella me desespero, por no poder seguirla y buscarla. Si pudiera andar, yo la encontraría ¿Qué sitio de México se me iba a escapar sin revisarlo?

ARTURO: ¿Dónde buscarla, en una ciudad como esta?, en las comisarías, la Cruz Roja... ¿Qué más se puede hacer...? Esperar.

- MIGUEL: Yo estoy seguro que ella debe estar buscando en las casas de las amigas de Josefina, después quizá la buscará por las calles, con su paso menudo, fino..., qué sé yo... De todos modos, si yo pudiera caminar, ya la habría encontrado, porque el amor da ojos y olfato, como a los perros leales. Bernardo fracasará porque anda loco.
- ABUELITA: Todos se han vuelto locos, nadie tiene la cabeza en orden. En esta casa parece que hay una maldición bíblica, y es porque todos la abandonan, todos huyen de ella, parece que a todos, hombres y mujeres, les repugna este viejo rescoldo.
- JULIETA: ¿Dónde podrá estar ahora? Voy a encender de nuevo el radio por si dan alguna noticia. *(Lo hace.)*
- ARTURO: Apaga el radio, me aturde. A esta hora no hay noticias.
- ABUELITA: Pero hay que hacer algo, por Dios. Todos aquí lamentándonos, pero sin salir por ahí a traer a Gabriela a casa ¿O es que esperan que vaya yo a traer por las orejas a esta muchacha?
- JOSEFINA: Yo quise salir de nuevo a buscarla, pero ustedes me lo impidieron ¡Ahora iré, tiene razón la abuela!
- ARTURO: ¡Josefina! ¡Detente, no saldrás! Sería mejor no tratar este punto, pero la verdad es que tú tienes la culpa de todo.
- JOSEFINA: ¡Es horrible! Si yo hubiera sabido que una locura, una rabieta mía, iba a traernos todo esto... un momento después de haber salido

de aquí ya estaba arrepentida y avergonzada de mi violencia, y no tenía valor para enfrentarme a una situación que yo misma había creado.

MIGUEL: ¡Si hubieras regresado a tiempo! Cuando dieron las diez de la noche y tú no volvías, todos estábamos desesperados y ella salió en tu búsqueda, dispuesta a encontrarte en cualquier lugar de la tierra.

JOSEFINA: Cuando volví dispuesta a pedirle perdón, ya ella había partido.

JULIETA: Habló varias veces por teléfono, preguntando si habías regresado. Se le oía desolada, llorosa.

ARTURO: Sólo una libertina vulgar, se porta de esa manera. Sé que saliste de aquí gritando dramáticamente que “ya no se podía vivir en esta casa” ¿Cuál otra es mejor para ti? Aquí todos te queremos, te mimamos y tu madre y yo les damos a ustedes todo, desde un par de zapatos, hasta un nombre honorable y limpio. Si yo hubiera estado aquí no habría permitido semejantes escenas. Gabriela es demasiado tierna y ustedes abusan de ella, todos abusamos de ella.

ABUELITA: Sí, creo que hasta yo le doy mortificaciones. Pero es que me sucede algo curioso. A veces siento como si ella fuera la madre mía.

JULIETA: Es que es madre de todos nosotros, como con la Salve. “Dios te salve, reina y madre...”

JOSEFINA: Todos y cada uno parece como si nos hubiéramos esmerado en darle una pena diferente. A esta pobre casa nuestra todos traemos un

matiz de dolor, y la Nena los recibe, los rechaza a veces, los transforma o los toma para sí, los funde en sí misma y calla. Calla y sonríe, como si ninguna pena pudiera traspasar su fuerza espiritual.

MIGUEL: Una vez me dijo en confidencia: ¡qué malo es ser fuerte, porque por serlo, tengo que resistir más de lo que puedo! Hubiera deseado ser una mujercita débil a quien todo el mundo se sintiera obligado a proteger.

ARTURO: Esta noche, mientras indagaba por todas partes, inventando pretextos con las amigas, multiplicando la mirada por las calles húmedas, preguntando en las comisarías, por si le hubiera sucedido alguna desgracia, pensaba constantemente en su complicada psicología, tan firme como tan infantil. Enérgica y serena en las situaciones difíciles y aturdida, olvidadiza, tierna, niña, en muchos momentos.

(Suena el teléfono. Julieta corre a él y contesta.)

JULIETA: ¡Nena! ¿Eres tú...? ¡Ah! Perdóname tío Ernesto, creí que... no, no sabemos nada, creo que mi papá va a salir de nuevo... ¿No es así, papá? ¿Verdad que vas a ir a buscarla otra vez?

(Arturo se levanta de su asiento con violencia y se asoma por la ventana sin contestar.)

JULIETA: *(Continúa en el teléfono.)* Vuelve a llamar tío, te lo ruego *(Cuelga el auricular.)*

- JOSEFINA: ¡Dios mío, si estuviera en la Cruz Roja!
- ARTURO: Allá fue Bernardo, no lo creo, no quiero pensarlo.
- MIGUEL: ¿Por qué no vuelve Bernardo? ¿Y por qué hiciste tú eso, Josefina? Eso no es decente ni normal. Yo hombre, no me atrevería nunca a huir de mi casa... y tú, niña fina y romántica, nos das la sorpresa. Castígala tú, papá, duramente.
- ARTURO: Deja esa tarea a tu madre, ella los entiende mejor. Yo tan lejos, moral y materialmente. ¿Qué puedo saber del alma de ustedes? Además Josefina es ahora un enigma para todos. No entiendo sus honduras espirituales.
- JOSEFINA: (*Permanece muda y altiva. Se levanta y se asoma por los cristales.*)
- MIGUEL: Cuando ella vuelva, todos tenemos que compensarla por el mal que le hacemos.
- JULIETA: Papá, ¿por qué no nos llevas al rancho ahora? Allá descansaría la Nena mejor que en ninguna otra parte, eso podría compensarla después de todo esto.
- ABUELITA: (*Con intención.*) Esa es una buena idea. ¿Tú qué opinas, Arturo?
- JULIETA: Además, papá, yo tengo una idea que creo magnífica, brillante.
- ARTURO: ¿Qué puedes pensar a tu edad, Julieta?
- JULIETA: Yo tengo corazón para sentir las penas de todos y pienso lo que puedo. Hace mucho tiempo que se me ha ocurrido algo acerca del rancho y no me atrevía a decirlo por eso, porque temía que no quisieran oírme.
- ARTURO: ¿Qué se puede hacer de aquel desastre?

- ABUELITA: Una persona con vida es capaz de hacerlo todo. Sólo las gentes muertas son estériles.
- JULIETA: ¿Qué dices papá? ¿Quieres que te explique las ideas que tengo?
- ARTURO: (*Con violencia.*) No hablemos de esto, es inútil, es estúpido, inoportuno.
- ABUELITA: ¿Te disgusta que se hagan planes para llevar a Gabriela al rancho?
- ARTURO: Prefiero no volver a hablar nunca del rancho. ¿Oyeron? ¡Jamás!
- MIGUEL: ¿No crees que exageras un poco tu susceptibilidad? El disgusto inicial por la inversión del dinero en irrigación, es algo que se olvidó del todo. Si alguna cualidad tenemos los seres que habitamos esta casa es que no somos rencorosos.
- ARTURO: Es que hay algo más que ustedes no saben y que no me he atrevido a decir a tu madre ¿Cómo, en medio de tanta desazón? Esto lo he llevado yo solo.
- JOSEFINA: (*Volviendo de la ventana.*) ¿Tú también tienes tu abismo interior? ¡Y decías que no comprendías el mío!
- ARTURO: Las almas vienen solas y sola se van. Hace mucho tiempo que oí decir esa frase y nunca pensé que en nuestra casa pudiera tener sentido. Pero ahora estamos todos tan distantes ¡Tan dolorosamente solos!
- JULIETA: ¿Qué pasa papá? Dínoslo.
- ARTURO: Tengo que confesarlo ahora.
- ABUELITA: (*Interrumpiéndolo.*) No es el momento, Arturo. Hay que buscar a Gabriela antes de todo.

No son horas de contar historias dramáticas. Creo que voy a ser yo quien salga a la calle por esa criatura (*Sube la escalera...*)

ARTURO: Tengo que confesarlo, porque por haberlo callado, me siento aislado, lejos del espíritu de la familia, como si mi secreto fuera una barrera de culpa que se interpusiera moralmente entre ustedes y yo.

MIGUEL: ¿Qué más pudo haber sucedido?

ARTURO: Aquella noche del santo de Gabriela, yo traje la infausta noticia de la irrigación del rancho y todos me la reprocharon, a tal grado que me sentí culpable, y mi primer impulso fue deshacer lo hecho, pero eso no era posible ¿Qué recurso me quedaba? Vender el rancho por el que yo tenía cierta repugnancia. Era una idea inspirada por la violencia del momento, nada más, pero aquella misma noche sucedió el accidente tuyo (*Dirigiéndose a Miguel.*) Tan grave. Se necesitaban muchos miles de pesos para tus operaciones, los médicos, las enfermeras, el sanatorio... y tuve que vender el rancho.

TODOS: ¡Papá!

MIGUEL: ¡Qué noticia! Pero... ¿es cierto?

ARTURO: Claro les disgusta, ¿verdad? Hace tiempo que yo no hago más que cosas desagradables. Y no es por torpeza, sino por haber caído en desgracia. Naturalmente la desgracia es triste, desagradable, molesta.

JOSEFINA: La noticia es... desconcertante. Claro que no era mucho tener un pobre rancho en receso, pero... era una esperanza, sobre todo para la Nena.

- MIGUEL: Antes era yo siempre el que alteraba la armonía de esta casa con mi carácter impulsivo. Ahora que creo haberme corregido con estos meses de paciencia, sigo siendo yo, por carambola, el que provoca las dificultades, los problemas.
- JOSEFINA: Que no lo sepa la Nena ahora, es demasiado.
- JULIETA: Se lo dirás otro día, papá.
- ARTURO: No he encontrado el momento adecuado.
- ABUELITA: *(Ha bajado del piso superior arrebujaada en un abrigo y se dirige decidida a la puerta de la calle.)*
- MIGUEL: *(Saliendo del paso.)* Detente abuelita, eso no es cuerdo, ¿a dónde vas a ir?
- BERNARDO: *(Entrando con gesto dramático.)* ¿No ha llegado?
- ARTURO: *(Niega con la cabeza abajo.)*
- ABUELITA: ¿No fuiste a la casa de Lena? Tengo el presentimiento de que puede estar allá.
- BERNARDO: Abuelita, eso es absurdo.
- MIGUEL: No sabemos nada ¿Fuiste a todas las cruces?
- BERNARDO: *(Se tira en el sillón.)* Ni una huella, ni un indicio. ¡Nada!
- MIGUEL: Sal de nuevo, no podemos quedarnos aquí todos a esperar.
- JOSEFINA: Yo iré contigo, creo que tengo una idea. ¡Pobrecita! ¡La angustia que le he proporcionado!
- BERNARDO: Yo he sido el peor.
- JULIETA: ¿Quieres que vaya yo también?
- ARTURO: Esta lluvia implacable ¡Dios mío! Habrá que recorrer ahora las grandes avenidas. Insurgentes, la Reforma... ¡Qué horror! ¿Se habrá aventurado a Chapultepec?
- JOSEFINA: Vayamos ahora mismo, pronto.

(Gabriela llega de la calle apoyada en el brazo de Lupe y se detiene en la puerta con un gran cansancio. Viene mojada de la cabeza los pies, los cabellos en desorden y la cara pálida y descompuesta.)

JOSEFINA: *(Con un grito ahogado y corriendo hacia ella.)*
¡Mamá! *(Gabriela y Josefina se abrazan estrechamente y las dos lloran emocionadas.)*

LUPE: La señora Nena fue a mi casa hace poco, pensando que allí podría estar y... y yo la he acompañado.

MIGUEL: Gracias, Lupe.

GABRIELA: *(A Josefina.)* ¡Mi chiquita! ¡Mi corazón! ¿Cómo pudiste? ¡Cállate, mi vida!

JOSEFINA: Necesito explicarte... estaba loca.

GABRIELA: No es necesario, mi vida, yo te conozco, eres tan buena, tan seria, tan sensible. *(Llora de nuevo.)* Lo importante es que estás aquí.

JOSEFINA: Yo te juro que esto no volverá a suceder. Perdóname, siento vergüenza ante todos y les pido perdón.

MIGUEL: ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Si el mal que hacemos pudiera remediarse así, con una absolución o con una indulgencia de los demás!

LUPE: Perdón, yo creo que estoy estorbando, mejor volveré mañana a ver cómo está doña Gabriela.

JULIETA: Es mejor Lupe, vete ¡Hasta mañana!

LUPE: ¿No se le ofrece algo, señor?

ARTURO: No, por Dios, muchacho, déjame en paz.

LUPE: *(Sale de manera atolondrada.)*

MIGUEL: *(Alarmado por el abatimiento de Gabriela, le inquiere.)* ¿Te sientes muy mal Nena? ¿Te ha sucedido algo en la calle?

- JULIETA: *(La besa y le sonríe con ternura.)*
ARTURO: ¡Gracias a Dios que has llegado!
BERNARDO: *(Con profundo remordimiento intenta ir a ella y se detiene a distancia con gesto conmovido.)*
GABRIELA: Creo que es muy tarde, a mi también me da vergüenza llegar ahora.
ARTURO: *(Llevándola a un sillón.)* Estás hecha una sopa. Déjame quitarte el abrigo. *(La despoja de él.)*
JULIETA: ¡Cómo traes los zapatos, mi vida! ¡Te los voy a quitar!

(Sube la escalera, trae unas pantuflas y se las coloca. Después permanece a su lado y le acaricia los cabellos.)

- ARTURO: ¿Por qué has tardado tanto? ¿A dónde fuiste?
GABRIELA: *(Pasándose la mano por la frente.)* ¡Qué sé yo! ¡A tantos lugares!
MIGUEL: Lo único importante es que ya has vuelto a casa y que estás sana y salva. *(Le besa las manos después de secárselas con un pañuelo.)* El enfermo ha estado solo toda la noche. Hoy no ha tenido quién lo cure, ni con quién charlar ni con quién quejarse.
GABRIELA: ¡Ha sido horrible! Yo no sé por dónde he andado. Nunca había salido sola de noche, tenía miedo, ahora era diferente, tenía valor o inconsciencia.
ABUELITA: Te fuiste de aquí a las diez de la noche, atropelladamente, como la misma Josefina y tampoco tú escuchaste mi voz que te detenía.
GABRIELA: Iba en busca de mi hija y nadie podía detenerme.
ARTURO: Pero ¿qué has hecho todas estas horas?

GABRIELA: Sólo recuerdo que fui a muchos lugares. No busqué a Josefina en las casas de sus amigas porque ella es muy orgullosa y sabía que no iría allí. Fui a la iglesia a rezar, a la casa de su maestra Luz, a la de aquella vieja invidente a quien tanto quiere, a la de Juana, su amiga pobre a la que ayudan... y en ninguna había estado. La busqué por muchas calles. Tenía las ideas revueltas y confusas. Pensé muchas cosas atropelladamente, sin ritmo, la cabeza me daba vueltas y sentía como si el corazón me llenara todo el pecho hasta ahogarme. (*Llora de nuevo silenciosamente.*)

JOSEFINA: ¡Perdóname!

GABRIELA: Caminé mucho, mucho, no sé cuánto tiempo, hasta ahora... de pronto levanté la vista y vi uno que otro anuncio luminoso rezagado. Debía de ser muy tarde, porque las calles estaban desiertas. Pasé entonces frente a los espejos de un escaparate y me sorprendí de mirarme. ¿Soy yo?, me dije. Era como otra persona a quien no podía reconocer. Había envejecido diez años. Rápidamente tomé un coche de alquiler, fui a la casa de Lupe como un último recurso y cuando tampoco allí la encontré, me dejé arrastrar hasta aquí por esta criatura de Dios.

BERNARDO: (*Estallando.*) Todo es culpa mía. He sido un canalla, lo reconozco, un traidor, un cobarde, te hice perder la serenidad.

JOSEFINA: La culpable soy yo. Es imperdonable.

ARTURO: Yo fui quien trajo a esta casa la primera amargura grave. Primero quitándoles la casa, des-

pués al fracasar en el negocio y por último, lo que aun te falta por saber...

MIGUEL: ¡Padre!

GABRIELA: Somos humanos, eso es todo. Nadie es perfecto ni podemos ser tan exigentes con nosotros mismos.

BERNARDO: Yo necesito hablar con mi madre a solas, les suplico que nos dejen.

ARTURO: Podría ser mañana, Bernardo, es muy tarde ahora.

BERNARDO: Tiene que ser hoy mismo.

GABRIELA: Déjenos, se los ruego, sólo un momento.

JULIETA: Vamos al comedor, mi abuelita y yo prepararemos café para todos.

ABUELITA: A mis años, tener que batallar de nuevo con las locuras de todos. (*Salen.*)

BERNARDO: Madre, no sé qué decirte para que me creas. Yo sé que ya todo lo he perdido contigo.

GABRIELA: Mi hijo, te creo todo lo que me digas.

BERNARDO: No, no, no, ya no seré nunca el que fui. Yo estaba loco. Sólo así me explico lo que les dije a ti y a mis hermanas. Yo, que abofeteé a Miguel cuando te faltó al respeto. Te juro que nunca antes había pensado lo que dije más tarde, no sé qué me ocurrió.

GABRIELA: Sí, lo habías pensado, mi vida.

BERNARDO: No, nunca, yo te juro que...

GABRIELA: Es un viejo pensamiento, sólo que no te dabas cuenta con precisión, de lo que pensabas, o más bien, de lo que sentías. Ustedes, los hombres de esta casa, me tienen un espacio de rencor, porque trabajo. Les defrauda un poco este tipo de madre fuerte que se enfrenta a la necesidad.

- BERNARDO: ¿Defraudarnos tú? ¡Si te debemos tanto!
- GABRIELA: Las deudas son molestas, especialmente cuando un hombre le debe a una mujer. Yo te comprendo. Tú te has sentido “muy hombre” para permitir que tu madre trabaje para el sostenimiento y sientes por ello disgusto y vergüenza, pero no sabes que es por ti mismo o por tu madre ¿no es así?
- BERNARDO: No sé, no podría concretar mis ideas. Pero tú no me has permitido que trabaje.
- GABRIELA: Pero sí eres muy joven y necesitas terminar tu carrera.
- BERNARDO: Yo siento bochorno de que tú, una mujer, trabaje para nosotros. Y como ese es mi sentimiento, me resisto a aclarar la realidad y la niego, la niego siempre ante todo el mundo, con eso niego tu mérito ante los demás. Ésta es otra culpa que yo tenía que confesarte. Quizás hago mal, pero la situación es tan deprimente para mí... todos mis amigos dicen “mi papá hizo, mi papá realizó tal o cual cosa, fui con mi papá...” y aquí en nuestra casa, papá siempre ausente. ¿Cómo voy a declarar que tú compartes con él el trabajo, que nos das dinero y que yo admito? Yo tengo que hablar con ellos. ¿Comprendes? Yo sé que te traiciono al no reconocer tu nobleza ante los demás, pero es mejor así, porque así nuestra casa es como todas las casas.
- GABRIELA: Tienes razón, mi vida ¡Tiene tanta dignidad tu conducta! ¿Qué me importan a mí ni la crítica ni el reconocimiento de los demás? Me basta con saber que no te avergüenzas de mi trabajo

que no nos juzgas inferiores a la familia de Lena. Esta tarde lo dijiste.

BERNARDO: Ahora veo claro, siento vergüenza, pero es por no trabajar en lugar tuyo, vergüenza de mí mismo. Pero no volveré a sentirla porque desde mañana me voy a trabajar.

GABRIELA: Eso no, abandonar tu carrera, no.

BERNARDO: A trabajar y estudiar al mismo tiempo, no te preocupes. Esta tarde yo no supe explicarles, no quería decir lo que dije. Yo sé que ni tú ni mis hermanas volverán a tener fe. Fui violento, insensato, llegué a los extremos apasionados que siempre les han hecho sufrir. Pero yo respeto a mis hermanas y las quiero, ahora más que nunca.

GABRIELA: Josefina sintió que la humillabas delante de María Elena ¡La pobre! Ha sufrido la responsabilidad de la independencia y maduró su espíritu antes de tiempo. Ella piensa que lo que dijiste hoy es influencia de las ideas de María Elena, que tiene un concepto de la vida distinto del nuestro. Vida fácil de pequeña burguesa. Josefina se desespera de pensar que el concepto de María Elena lo comparten sus amigas y quizá toda nuestra pequeña sociedad. Si ellos juzgan que nuestro modo de vivir es equivocado o absurdo, nosotros sabemos que es necesario, y tú lo sabes muy bien.

BERNARDO: Lena no me ha dicho nada contra ustedes, es muy buena.

GABRIELA: Hay muchos modos de decir las cosas. Que si yo sé hacer esto y lo otro, que si no es femeni-

no ni honesto estudiar y trabajar fuera de casa; que si a ti te gustaría que ella lo hiciera desentendiéndose del hogar y sosteniendo trato con hombres... claro, a la larga todo esto forma una nueva conciencia y consideras a tus hermanas y a tu madre indignas, vulgares e inferiores.

BERNARDO: No, eso no. ¿Tú puedes pensar eso, mamá?

GABRIELA: A mí me toca parte muy directa de tu reproche de esta tarde y te comprendí. En un momento abarqué la situación. Nuestro régimen familiar choca con el de la familia de Lena, tan burgués, tan acomodado y lo que más te disgusta es no poder deslumbrarla con una situación superior. Pero... ¿qué culpa tenemos todos de esto, mi vida? y ¿qué puedo hacer yo para remediarlo?

BERNARDO: (*Conmovido.*) ¡Mamá! ¡Mírame! Mamá, ¿me crees capaz de censurarte algo? Si tú para mí eres perfecta y nuestro hogar es sagrado. Tan sufrido, tan honrado, tan laborioso. Me siento orgulloso de pertenecer a él. Ahora lo veo todo tan claro, pero tú necesitas creerme.

GABRIELA: Te comprendo.

BERNARDO: No hay nada ni nadie en el mundo que me importe como tú ¿Lo entiendes? Es preciso que me tengas fe como antes, para poder vivir. Tú no sabes bien lo que eres para mí.

GABRIELA: ¿Crees que no lo siento?

BERNARDO: Cuando yo era un niño enfermizo, enclenque, te pasabas los días y las noches a mi lado y yo sentía un fluido saludable que emanaba de tu persona, que me protegía y me daba vida. Entonces aprendí a amar tu salud y tu energía.

Cuando estabas ausente declinaba y sólo sentía vivir de tu reflejo. Llegué a pensar que me preferías a los demás por débil y que la pena de mis enfermedades nos había unido fuertemente. Te adoré, y así ha sido siempre, como a algo precioso y único que llevo aquí dentro. Los otros cariños son secundarios ¿Crees tú que Lena me menosprecia? La quiero mucho y no la creo capaz de ello, pero si tú observas que no te comprende y te ofende, aun cuando sea con su pensamiento, la dejó para siempre. No quiero nada, ni a nadie, que no te sea grato.

- GABRIELA: ¡Mi chiquillo!
- BERNARDO: Mañana terminaré con Lena. Estoy decidido.
- GABRIELA: Serénate, mi amor ¡Quién piensa en eso; María Elena es una niña encantadora y muy buena! Yo la quiero mucho porque te quiere a ti.
- BERNARDO: Y a ti y a los demás. Si sólo yo soy el culpable de todo.
- GABRIELA: No digas eso. Ahora que ya se han aclarado estos malos entendidos, no pensemos más en ellos. Son destructivos. Mañana temprano llamaré por teléfono a María Elena y le daré una disculpa en tu nombre. Hoy después del incidente perdiste el dominio sobre ti mismo y estuviste descortés y brusco también con ella. La pobre chiquilla ha de estar desconcertada.
- BERNARDO: Comprendí que todos los hombres son rencorosos y yo mismo le tuve rencor, porque aún sin comparar la vida de mis pobres hermanas con la de ella, te ofendí injustamente. Esto no me lo perdonaré nunca y quiero encontrar la

forma de destruir los hechos, de borrar todo y que tú olvidaras. Pero eso no puede ser, sólo destruyéndome yo mismo.

GABRIELA: Eres desproporcionado en tus sentimientos, mi vida, me has alarmado siempre. ¿Quieres que invite a Lena para mañana y pongamos punto final a este asunto?

ABUELITA: (*Regresa del comedor y al escuchar las últimas palabras de Gabriela contesta en lugar de Bernardo.*) Claro, invítala. Mañana tendremos aquí un gran comelitón, de eso me encargo yo. Tenemos que festejar... muchas cosas. (*A Gabriela.*) Aunque me parece de muy mal gusto que nos hayan tenido inquietos durante tantas horas. ¿Dónde se ha visto que una señora y una señorita decentes anden por ahí de noche como unas vagabundas?, si lo sabe María Elena las criticará de veras y tendrá muchísima razón.

BERNARDO: Tú sí la quieres abuelita.

ABUELITA: Y la entiendo, las dos somos gentes ordenadas. Ya lo sé que me dicen reaccionaria. Gracias a Dios que esa criatura vuelve a casa. Eso hay que festejarlo. (*Llamando hacia el comedor.*) ¡Arturo! ¡Josefina! ¡Todos vengan!

JULIETA: (*Entrando.*) Mira, Nena, una taza de café te caerá bien.

ABUELITA: Gabriela va a invitar mañana a María Elena, para que coma con nosotros. Yo quiero pedirles a ustedes, Josefina y Julieta, que en honor de esta vieja anticuada no traten con rencor a esta chiquilla que nos hace feliz a este muchacho loco.

JOSEFINA: ¿Favor, abuelita?

- BERNARDO: Sí es favor Josefina, aunque no lo parezca.
- GABRIELA: ¡Por Dios! Ahora todos tenemos que quedarnos en paz con nosotros mismos y aún tener alegría para rehacer nuestra vida. Entre todos vamos a levantar los muros de una casa que se nos viene abajo, de esa otra casa que también hemos perdido: nuestra unión.
- ABUELITA: Es que vinieron los otros, los de afuera, con ideas y con intereses distintos. Cuando estábamos solos éramos como uno mismo. Pero eso es ley natural. Ustedes no lo saben, pero yo sí lo sé. Soy vieja y he visto mi casa y otras casas, partirse en muchos intereses.
- GABRIELA: Tú también estás pesimista, mamá. Tenemos que ser animosas y valientes. Que vengan esos extraños, tan queridos para nosotros, que se llevan a nuestros hijos y que esta casa se llene de chiquillos y de bendiciones. A propósito Josefina: esta tarde vino Ernesto mi hermano a pedirte en matrimonio con Enrique.
- JOSEFINA: No, eso no, de ninguna manera. No me casaré nunca con Enrique.
- ARTURO: ¿Por qué no? Gabriela y yo estamos de acuerdo. Enrique es un magnífico muchacho, digno hijo de su madre.
- JOSEFINA: Además, no podría dejarlos a ustedes ahora, ahora menos que nunca.
- GABRIELA: Cualquier tiempo es bueno para buscar la felicidad.
- JOSEFINA: ¡La felicidad! Si tú supieras.
- GABRIELA: Lo sé todo, chiquilla. Ya hablaremos tú y yo, largamente. No hay nada irreparable con la

- conducta de Enrique. Cualquier cosa que haya hecho es... un titubeo, el atolondramiento de un muchacho que empieza a vivir.
- JOSEFINA: No, Nena, déjame explicarte, ahora sí te abriré mi corazón.
- GABRIELA: ¡Mi criatura!, sí te entiendo muy bien ahora, pero también te comprendía cuando callabas, lo sé todo, he hablado con Ernesto.
- JOSEFINA: ¿Sabes que me ha engañado, que me ha humillado?
- GABRIELA: Sé que es bueno y que te quiere. Además, tú también lo quieres. Es muy grave confundir al amor, con el amor propio.
- JOSEFINA: No, no lo quiero, ya no lo quiero.
- GABRIELA: ¿No lo quieres y te torturan las combinaciones químicas?
- JOSEFINA: ¡Mamá!
- GABRIELA: Sí, son mis hijos y los veo a través de un cristal. Yo aliento cada uno de sus sentimientos ¿No han sentido ustedes cuatro que hay algo mío que late dentro de ustedes?
- JOSEFINA: Nena, quizás tengas razón, no lo sé, estoy ofuscada.
- ARTURO: Josefina, tú has sido siempre la criatura más rebelde de esta casa. Cuídate, que vas en camino de hacerte neurasténica.
- GABRIELA: Después de esa sacudida que hemos sufrido todos, pienso que nos convendría pasar una temporada de descanso en el rancho. ¿Están de acuerdo? (*Pausa.*) ¿No lo aprueban o es que no han escuchado? (*Silencio embarazoso.*)
- ARTURO: Gabriela, yo necesito decirte la verdad.
- MIGUEL: No quedamos en eso, papá.
- GABRIELA: ¿La verdad de qué?

- ABUELITA: De nada, Arturo se cree en posesión de la verdad absoluta y está muy equivocado, no le hagas caso.
- ARTURO: Es necesario decirlo ahora todo, de una vez, aunque parezca cruel.
- MIGUEL: Mamá necesita descansar, todo tiene un límite.
- GABRIELA: ¡Válgame Dios! ¿Hay algo más que yo no conozco?
- ARTURO: Lo vas a saber ahora, aunque se oponga todo el mundo. No quiero hablar del rancho porque ya no es nuestro. Lo hipotequé hace tres meses y hoy cerró la operación de la venta.
- GABRIELA: (*Desolada.*) ¡Ah!
- ABUELITA: Eso no es cierto.
- ARTURO: ¿Por qué me desmiente usted? Trata a Gabriela como si fuera una niña o una cobarde a quien hay que ocultarle la realidad.
- ABUELITA: La realidad no la sabes tú ni nadie, la sé yo. (*Todos la ven con extrañeza.*) En los primeros días, después de aquellos acontecimientos penosos, no había en la casa más que desolación, desorden en las ideas y las acciones. Yo los observaba a todos y un día sorprendí a Arturo tratando la hipoteca del rancho, por teléfono. Después lo escuché cuando arreglaba la venta.
- ARTURO: ¿Me espiaba usted? Me lo temía.
- ABUELITA: Él pretextaba el costo de la operación de Miguel, para lo que bastaban los ahorros que tenemos en casa. Lo que en realidad padecía, era despecho por la reprobación del dinero invertido en el rancho. Yo me ocupé de alejar al comprador y avisé a mi hijo Ernesto lo que ocurría. Él compró el rancho por medio de un

tercero y sigue siendo nuestro, lo ha puesto a nombre de los muchachos.

JOSEFINA: ¿Pero es cierta esa historia, abuelita?

ABUELITA: Yo no invento dramas, como lo hacen ustedes.

JULIETA: ¡Y dicen que las hadas no existen! Tú eres un hada, abuelita.

MIGUEL: Si no fueras tú la que lo dice, me parecería una novela de folletín.

ARTURO: ¿Por qué no lo ha dicho usted antes? Esperaba este golpe teatral para que yo quedará en ridículo.

GABRIELA: ¡Arturo, por Dios! Está muy bueno todo lo que nos ocurre, que tenemos que alegrarnos y dar gracias a Dios.

ABUELITA: ¿A ti, Bernardo, no te alegra la noticia?

BERNARDO: *(Durante toda la escena ha estado alejado, abstraído en pensamientos sombríos. Responde sin emoción.)* ¡Naturalmente!

(Gabriela observa el retraimiento de Bernardo y no lo pierde de vista el resto del tiempo.)

JULIETA: Yo sé que todos estamos contentos y no sé cómo celebrarlo. Soy tan tonta.

¿Si quemamos el libro de química, Josefina? Lo voy a quemar en tu honor. *(Las dos hermanas se abrazan entrañablemente pero ahora con emoción diferente.) (Julieta continúa.)* Además, aquí están estas flores que trajo Lupe. Vamos a compartir con ellas nuestra alegría ¡Son tan lindas! Mira esta Nena. *(Se la prende a Gabriela en el pecho.)* Esta es para mi papá. *(Se la coloca también. Después dice tímidamente.)* Yo tengo una idea. He pensado que hasta del mal que

- nos ha hecho el volcán, podemos sacar ventaja y salvar así uno de nuestros problemas.
- MIGUEL: ¿Qué sabes tú de nuestros problemas ni de cómo resolverlos, Julieta? Eres una niña.
- ARTURO: Eres una florecita. (*Acaricia su cabeza.*)
- JULIETA: Yo no soy una flor, soy una persona grande, madura, triste, como todos, yo también soy neurasténica, como Josefina.
- GABRIELA: Mi niña, voy a tener que ocuparme de ti, preferentemente.
- JULIETA: Es que yo tengo una idea aquí (*señala su frente.*) Y no me dejan expresarla, me discriminan, porque soy una chica. ¡Y eso que en la escuela se habla de los derechos de la juventud!
- GABRIELA: Di lo que quieras, mi vida, todos te escuchamos con interés, eres la más equilibrada de la casa.
- JULIETA: Ahora me da vergüenza, a lo mejor es una tontería.
- JOSEFINA: Tú siempre dices cosas muy lindas.
- ARTURO: ¿Qué pensabas chiquilla?
- JULIETA: Por la geología he aprendido que, cuando termine la actividad del volcán, los terrenos invadidos por la ceniza tendrán una savia nueva formidable, porque las sustancias que contiene la ceniza, son abono magnífico. Además yo pienso que, aprovechando el gran interés que ahora existe por contemplar de cerca el espectáculo del nuevo volcán, podríamos hacer en el rancho un gran campo para turistas. Yo sé que sería un gran negocio. Mejor dicho, yo creo... yo supongo... no sé.
- GABRIELA: Es una gran idea, Julieta, no sé cómo no se nos había ocurrido antes.

- ARTURO: Habrá que pensarlo, lo resolveremos todos juntos.
- MIGUEL: Me gusta el proyecto de Julieta, yo podría administrarlo. Siempre he pensado que podría dirigir un hotel o cualquier otro negocio de esa naturaleza. Una empresa así me interesa mucho.
- JULIETA: Tienes razón, Miguel, cuando eras chiquillo y jugabas con nosotros, siempre eras el organizador, el líder.
- JOSEFINA: Ese era tu apodo ¿recuerdas? “El líder” o “El cabecilla” como te motejaba Bernardo.
- JULIETA: Yo tendría donde correr, espacio para jugar y ver flores y pájaros y estrellas... aquí solo veo libros.
- JOSEFINA: ¿Irá con nosotros mi tío Ernesto?
- JULIETA: A Enrique lo llevo yo.

(Bernardo con la mirada extraviada sube las escaleras y penetra a una de las habitaciones superiores.)

- GABRIELA: Mamá encabezaré la partida.
- ABUELITA: Yo no me muevo de México, soy como un viejo tronco hincado aquí para siempre.
- JOSEFINA: Tronco sin solar, abuelita, porque la tierra la tenemos allá.
- GABRIELA: ¿Por qué no hemos de volver a luchar por tener nuestra casa aquí? Todos somos jóvenes. Arturo puede volver al rancho a iniciar los trabajos para realizar la idea de Julieta, que es genial, y nosotros, empezaremos de nuevo nuestras privaciones, los ahorros, los trabajos en apoyo al empleo que va a iniciar Bernardo, todo será para levantar entre todos la casa nuestra, para

vivir en paz. Esta resurrección la lograremos con ayuda de “los pobres ricos”.

JOSEFINA: Ya estoy ahora tan animada, tan optimista que podré ayudar mejor.

GABRIELA: ¿A dónde ha ido Bernardo?

ARTURO: A descansar tal vez. Todos debemos hacer lo mismo.

GABRIELA: No. Tenía cara extraña. Mientras nosotros hablábamos, él se recluía en sí mismo, más y más, y miraba hacia su interior, como quien está tramando algo extraño.

ARTURO: Tú estás cansada, nerviosa y te figuras lo peor.

GABRIELA: Yo lo vi, creo adivinarlo. No sé cómo pude distraerme. Voy arriba pronto.

ARTURO: Descansa, es lo mejor.

ABUELITA: Yo sí que me voy a descansar, no puedo más.

GABRIELA: *(Sube precipitadamente la escalera y se detiene y da un grito.)* ¡Ah! ¡Bernardo!

(Todos se levantan y se precipitan a la escalera. Bernardo aparece con la cara descompuesta y una pistola en la mano derecha.)

BERNARDO: *(Estallando en llanto.)* ¡Mamá! ¡Perdóname! ¡Perdóname!

ARTURO: ¡Perdonar! Perdonar siempre. Son ustedes los que no tienen piedad.

GABRIELA: No digas nada, Arturo. Él es como un niño débil. ¿No lo ves? ¡Mi chiquillo! Ven conmigo acá. Ven *(Baja con él abrazado.)* ¡Pobrecito niño!

ARTURO: ¿Por qué hiciste eso Bernardo?, son locuras, anormalidades, estupideces.

GABRIELA: ¡Chist! Ahora no digas nada.

BERNARDO: No sé... en un momento me sentía extraño a la familia, ajeno. Todos tenían derecho a formular proyectos, a convivir, pero yo les había traicionado, era como un intruso... me creí perdido. Nunca estuve tan cerca del precipicio... Parecía tan fácil saltar...

GABRIELA: No digas esas cosas.

BERNARDO: Yo sé que no tengo perdón, no merezco el perdón.

GABRIELA: (*Les seca la frente y le besa con gran ternura.*)
Tranquilízate. Cierra los ojos y procura seguir con tu pensamiento. Tú has pasado por una crisis que afortunadamente ya terminó. Hemos tenido en casa una efervescencia, parecíamos contagiados por el volcán. ¡Son todos tan pequeños, tan tiernos! Les nacieron las pasiones temprano y se desbordan tirando cada uno por su lado. Todos quisieron irse lejos del hogar, dispersarse. Nos apoyamos antes uno en los otros y así vivamos en paz y con fe. Podemos volver a ser otra vez nosotros mismos unidos y fuertes bajo el mismo techo. Hay que rehacer la casa nuestra, la íntima, la interior.

JOSEFINA: Tú eres el hogar nuestro.

GABRIELA: El hogar se hace entre todos. Cada uno de nosotros es como una cifra mágica que lo sostiene y lo adorna con diverso matiz. Aquí dentro, las culpas de todos se perdonan y se transforman en fuerza. ¿No lo ves? Todos estamos aquí ahora recibíendote para darte la mano.

BERNARDO: ¡Mamá! ¡Nena!

GABRIELA: Lo que ahora nos hace falta es que entre otra vez la luz bajo nuestro techo. (*Va hacia la ventana y descorre la cortina por donde penetra la claridad del amanecer. Después, vuelta de espaldas a la ventana, su figura se ve como iluminada por un halo luminoso y exclama.*) ¡Miren, ya hay luz de amanecer! La mañana tiene que estar en todos, como en la naturaleza. Hay que empezar de nuevo ¡Vengan, aquí está ya el sol del nuevo día!

BERNARDO: (*Levanta la cabeza agobiada y al advertir el resplandor que presta la luz a la cabeza de Gabriela, exclama con expresión de asombro.*) ¡Madre, veo la luz del alba en ti!

TELÓN

MAGDALENA MONDRAGÓN

GABRIELA YNCLÁN

Magdalena nace en Torreón (1913-1989) vive las dos guerras mundiales. Estrena su primera obra de teatro en 1938; *Cuando Eva se volvió Adán*, considerada la mejor obra del año por la crítica. Esto se da en plena Expropiación Petrolera cuando Lázaro Cárdenas era presidente y todo tenía aires de Socialismo. También vive la industrialización del país con Manuel Ávila Camacho y el tan mencionado “milagro” alemanista (1947-1953).

Magdalena Mondragón es la primera periodista de temas policiacos, trabaja en el periódico *La Prensa* y mientras aborda la nota roja, ve el nacimiento de la televisión y será testigo de la Época de Oro del cine mexicano. Fue además la primera reportera a la cual se le dio la fuente presidencial.

Entre sus obras de teatro más importantes están: *No debemos morir*, *Cuando Eva se volvió Adán*, *El choque de los justos*, *Porque me da la gana*, *El mundo perdido* y *Torbellino*.

Sus novelas más reconocidas: *Los presidentes dan risa*, *El día no llega*, *Norte bárbaro*, *Yo como pobre* y *Más allá de la tierra*.

La sirena que llevaba el mar (1945) se estrenó en 1950 en el Teatro de Bellas Artes, su director uno de los mejores de su época, Xavier Rojas. La obra está considerada como la pionera del realismo mágico con un argumento lleno de elementos fantásticos y un lenguaje poético. Nereida, la protagonista de la pieza, simboliza una mujer llena de contradicciones que se debate entre su amor por el mar y el de su esposo. Es una

mujer-sirena que siente el deseo de ser libre en el mar y va tras el canto de sus hermanas las sirenas.

Magdalena Mondragón es poeta, dramaturga, narradora, ensayista y periodista.

LA SIRENA QUE LLEVABA EL MAR

MAGDALENA MONDRAGÓN

PERSONAJES

NEREIDA: Mujer joven. Viste modestamente, al estilo de las esposas de los pescadores jarochos; lleva el pelo suelto y rizado y un delantal de colores vivos; aparece con adornos en el cuello. Estos adornos deben ser de concha o de coral.

JOSÉ: El marido de Nereida, hombre joven. Viste como pescador.

ANTOÑO: Viejo pescador con la cabeza blanca y que aparece en el reparto unas veces con su nombre y otras con el de “Pescador Quinto”.

CUATRO PESCADORES DE DIFERENTES EDADES: uno joven, que sepa tocar la guitarra.

PEDRO: Hombre joven.

BRUJA: Vieja y desdentada.

COMPARSAS Y MÚSICOS: *(Las comparsas y los músicos quedan a discreción del director de escena. El “Son de la Culebra” que se hace figurar en la obra, puede obtenerse en disco. Los efectos de cantos de sirenas, también pueden obtenerse de esta manera o con la colaboración de alumnas de la escuela de canto.)*

PRIMER ACTO

Modesta casa de pescadores, frente al mar. Al frente una puerta y una ventana, a la derecha una puerta. Desde la ventana y desde la puerta del frente se divisa el mar. Éste debe dibujarse en un telón de fondo, con barcas, etc. Dentro de la pieza, muebles comunes y corrientes: silla de madera, una mesa de madera sin mantel, implementos de pesca, etc. Al levantarse el telón aparece Nereida, sentada, componiendo las redes. Luego se oye el ruido de los hombres que llegan: son cinco pescadores que entran cantando. Algunos de ellos llevan caracoles marinos, que ponen delante de la boca, a manera de cuernos de caza, mientras cantan.

(*Afuera:*)

PESCADORES: A la víbora, víbora de la mar, de la mar, por aquí pueden pasar. A la víbora, víbora de la mar...

(Dos de los pescadores se adelantan y forman un arco para que pasen los que vienen detrás. Entran primero dos que llevan caracoles y en seguida como en sorpresa, aparece el último, dejando caer a los pies de Nereida, una serpiente marina. Nereida da un salto. La serpiente marina puede hacerse de trapo con aletas de celofán.)

NEREIDA: ¡Uy!, ¿qué es esto?

(Los pescadores ríen a carcajadas:)

PESCADOR PRIMERO: La hemos pescado para ti.

PESCADOR SEGUNDO: Es un regalo del mar. Escucha su canto.
(Le acerca el caracol al oído y le dice:) ¿Qué es lo que canta?

NEREIDA: ¡Ay, que todas las olas del mar se revientan en mi oído!

PESCADOR PRIMERO: También los caracoles son para ti.

PESCADOR TERCERO: Dicen que la serpiente marina trae buena suerte.

PESCADOR CUARTO: ¿Dónde la ponemos? ¡Mírala, mírala de cerca, es muy hermosa!

(Nereida se acerca con cuidado.)

PESCADOR PRIMERO: ¡Miedosilla! ¡Si está bien muerta!

PESCADOR SEGUNDO: ¡Mira qué lindas aletas tiene!

(El pescador coge la serpiente entre las manos. Nereida instintivamente da un paso hacia atrás. El pescador toma la serpiente por las aletas y las extiende ante los ojos de Nereida.)

PESCADOR PRIMERO: Mira a través de las aletas. Mira tonta, que la serpiente está muerta.

(El pescador acerca las aletas a los ojos de Nereida.)

NEREIDA: *(Mirando.)* ¡Sí, es verdad! *(Pausa. Se atreve a tocarla.)* Tiene aletas de seda transparente. Todo el mar se ve a través de ellas como si estuviera envuelto en neblinas de concha nácar.

PESCADOR SEGUNDO: ¿Verdad que es hermosa? Te la vamos a disecar.

NEREIDA: Sí, y la pondré en medio de los caracoles, allí, en la pared. ¿Cómo la pescaron?

PESCADOR PRIMERO: Tú sabes que durante las noches de luna, los peces juegan a las escondidas con las redes.

Ayer la noche estaba muy bella. ¡Si tú hubieras podido ver las fosforescencias! Era como si todas las luciérnagas de la tierra hubieran flotado sobre el mar.

PESCADOR SEGUNDO: Las fosforescencias les hacían competencia a las estrellas.

NEREIDA: (*Impaciente.*) Sí, ¿pero cómo la pescaron?

PESCADOR TERCERO: (*Se adelanta y señala.*) Íbamos en el bote de “San José”. Arrojamós los chinchorros al mar, fijamos las boyas; todo como de costumbre... El día de ayer, ya amanecido, esperábamos encontrar los chinchorros repletos de peces.

PESCADOR SEGUNDO: ¡Y mira nada más lo que hallamos!

NEREIDA: ¿No encontraron nada más?

PESCADOR QUINTO: ¡Sí, jujuy! ¡Cómo que no! Había cientos de peces. Brillaban a la luz del sol como pedazos de azogue. Cientos de peces...

PESCADOR CUARTO: Yo me he quedado mudo por la sorpresa. Casi no hablo desde ayer amanecido.

PESCADOR PRIMERO: Estaba en el tercer chinchorro, entre cientos de peces.

PESCADOR SEGUNDO: Su cuerpo largo y estrecho era como una espada.

PESCADOR PRIMERO: Su forma y sus aletas le daban un aire extraño. ¡No, no era un pez...! Tampoco era un pájaro. ¡Jesús, María, creímos que estábamos embrujados!

PESCADOR SEGUNDO: ¡O que todos los diablos del mar se habían metido con nosotros!

PESCADOR TERCERO: ¿De dónde había salido? Nunca habíamos visto un animal así.

PESCADOR CUARTO: ¡Es tan bonita!

NEREIDA: Sí... Parece una libélula gigantesca.

(La acaricia suavemente con las manos.)

PESCADOR QUINTO: Brillaba en la madrugada como una cinta de plata. ¡Uy, qué miedo! ¿Quién sabía lo que era? Ninguno de nosotros. Alguien, sin duda, nos la había enviado. ¿Para bien o para mal? ¡Quién sabe! Pero allí estaba, como una interrogación.

PESCADOR CUARTO: Sí, era una interrogación sobre la cubierta del barco. Cuando la sacamos de la red, quedó así.

(Acomoda el cuerpo de la serpiente en forma de interrogación.)

PESCADOR PRIMERO: Una hora estuvimos discutiendo qué haríamos con ella. La arrojábamos de nuevo o la traíamos con nosotros. A lo mejor nos anunciaba desgracia.

PESCADOR SEGUNDO: Y al fin, éste (*señalando al tercero.*) dijo que preguntáramos al capitán del puerto. Él es un hombre muy leído.

PESCADOR PRIMERO: Y trajimos el raro animal.

NEREIDA: ¿Y qué les dijo el capitán?

PESCADOR PRIMERO: ¡Dijo... dijo... ja, ja! ¡Se burló de nosotros!

PESCADOR SEGUNDO: Nos llamó miedosos, gallinas, pobres diablos, ignorantes.

PESCADOR TERCERO: Qué, nos dijo, ¿son ustedes tan imbéciles y tan pescadores que no conocen una serpiente marina?

- NEREIDA: Pero si todos la hemos oído nombrar...
- PESCADOR QUINTO: ¡Sí, jujuy! La hemos oído nombrar... pero mirarla, ¡qué va!
- PESCADOR SEGUNDO: Yo oí decir, cuando pequeño, que cuando ella aparecía era que iba a haber tempestad.
- PESCADOR TERCERO: Pero también buena pesca para todo el año.
- PESCADOR CUARTO: Una culebra es signo de suerte. Por eso te la hemos traído.
- NEREIDA: ¡Con que así son las serpientes marinas! (*La vuelve a tomar de las aletas.*) ¡Qué hermoso se ve todo a través de ella!
- PESCADOR PRIMERO: (*Acercándose.*) Yo no veo nada.
- PESCADOR SEGUNDO: Yo veo todo igual.
- PESCADOR TERCERO: (*Tomando la serpiente en sus manos.*) Son figuraciones tuyas. ¡Verlo todo hermoso a través de las aletas!
- NEREIDA: Es que son ustedes unos puercos. Sólo yo sé apreciarla.
- PESCADOR TERCERO: Por eso te la hemos traído.
- PESCADOR SEGUNDO: Ya una vez te trajimos caballitos marinos, ¿te acuerdas?
- NEREIDA: Allí los tengo guardados.
- PESCADOR TERCERO: Y en otra ocasión te trajimos conchas raras.
- NEREIDA: Con ellas he formado un collar.
- PESCADOR QUINTO: (*Que es el más viejo.*) Tú eres la niña de nuestros ojos.
- NEREIDA: Sí, ya sé que me quieren mucho. (*Emocionada.*) Por eso les coso las redes.
- PESCADOR CUARTO: Y nos haces de comer.

PESCADOR PRIMERO: Y nos curas cuando enfermamos.

NEREIDA: ¡Hala!, que ya está la comida. Menos labia, menos labia.

PESCADOR SEGUNDO: ¡Uy, y qué bonita te pones cuando te enojas!

PESCADOR TERCERO: Desde que eras así (*Hace una seña con la mano a una altura determinada, indicando que Nereida tenía siete años.*) Eres nuestra mascota. Berreabas y paleteabas el suelo cuando querías algo.

PESCADOR CUARTO: Y tu padre, que en paz goce, (*persignándose.*) Y todos nosotros nos divertíamos contándote cuentos.

NEREIDA: Cuentos que todavía recuerdo.

PESCADOR QUINTO: ¡Aún te gustan... y eso que no has crecido!

PESCADOR PRIMERO: ¡Sigues siendo la misma niña bonita!

NEREIDA: Menos labia, a comer.

(Sale rápidamente y entra con los platos, etc., rodean la mesa, acercan sillas vuelve a salir y luego entra con la olla de sopa. Dos de los hombres la ayudan, los restantes sacan sus pipas y cigarros y los encienden.)

NEREIDA: ¡Que me molesta el humo!

PESCADOR QUINTO: Siempre tan delicada. Si no pareces del puerto. Con la piel fina y los cabellos como de seda.

NEREIDA: (*Dulcificada.*) Bueno, bueno, pueden fumar, pero poco.

PESCADOR CUARTO: Vamos, pequeña...

(Nereida sirve la mesa.)

NEREIDA: ¿Y mi marido?

PESCADOR QUINTO: Llegará hoy o mañana. Logró buena pesca.

PESCADOR CUARTO: ¡No sabe nada de la serpiente!

NEREIDA: ¡Bah, parecen ustedes unos chiquillos! (*Hace un mohín y se queda sonriéndoles a todos.*) ¿No me han traído nada más?

PESCADOR PRIMERO: Mira si serás ambiciosa.

PESCADOR SEGUNDO: (*Se acerca y busca en las bolsas.*) Yo sí, yo sí te he traído algo más. Corales para tu cuello.

NEREIDA: Ya tengo muchos.

PESCADOR SEGUNDO: Pero no como éstos. (*Los muestra y se los coloca en el cuello.*)

PESCADOR QUINTO: Cada vez que te miro, creo que se hace realidad mi sueño sobre las sirenas.

PESCADOR SEGUNDO: Nereida es una sirena. Su padre también soñaba con ellas; por eso le puso ese nombre.

PESCADOR TERCERO: Y todos fuimos padrinos del bautizo. ¡Qué borrachera nos pusimos!

NEREIDA: ¿Tú has visto alguna vez una sirena?

PESCADOR QUINTO: Nunca; por las noches he abierto mucho los ojos para ver si las descubro en la oscuridad... ¡pero nunca he podido!

NEREIDA: Deben ser brillantes.

PESCADOR CUARTO: Yo he soñado con ellas.

PESCADOR SEGUNDO: Todos los pescadores soñamos.

NEREIDA: Pero ninguno las ha visto. ¡Bah, yo creo que son pamplinas!

PESCADOR QUINTO: ¡Tú siempre tan incrédula! De chica llamabas al diablo a la orilla del mar.

NEREIDA: (*Riendo.*) Pero nunca me llevó.

PESCADOR PRIMERO: El único que te llevó fue tu marido.

NEREIDA: Cuando ustedes se van, me aburro aquí sola.

PESCADOR CUARTO: Ahora tienes (*señala con la cabeza*) la serpiente que te acompañe.

NEREIDA: Sí, y los corales, y las conchas, y los caracoles, y todos los niños del puerto.

PESCADOR PRIMERO: Ya tendrás un niño tuyo. ¡Qué apenas te has casado!

PESCADOR CUARTO: ¡Qué apenas seis meses llevas!

NEREIDA: Yo los cuento cada uno por dos. Para mí, deben de contar los meses acompañada, que los demás sola, es decir, sin marido...

PESCADOR TERCERO: (*Levantándose.*) ¡Qué ambiciosilla eres!

NEREIDA: Un día de éstos me voy con ustedes al mar.

PESCADOR SEGUNDO: Eso sí que no. La pesca ha sido trabajo para hombres solos. Agua dentro, sólo el mar. Aquí sobre la tierra, tú.

PESCADOR QUINTO: Que eres como el mar, inquieta y revoltosa. Ya se lo dijimos a José, tu marido. A ésa hay que darle cuerda como a los peces gordos... si no, te rompe el hilo y te revienta a ti.

NEREIDA: ¡Qué malos son ustedes! ¡No me quieren nadita!

PESCADOR CUARTO: Tontita, tontita, si es porque te queremos que se lo advertimos.

NEREIDA: ¡Qué me han hecho enojar! ¡Con lo que hago yo por todos ustedes!

(Los pescadores primero y cuarto se levantan de la mesa y se acercan a ella. Nereida como una niña mimada que hace pucheros y finge enojos.)

LOS PESCADORES: (*En distintos tonos.*) ¿Quieres que cantemos?
¿Cosemos las redes por ti?

PESCADOR QUINTO: (*Abandonando su asiento.*) La echamos a perder. Todos la hemos echado a perder. Desde que era ansinita... ¡Caprichosa como el mar! Vamos, (*al Pescador Primero*) disequen la serpiente.

NEREIDA: Tráiganla pronto, muy pronto.

PESCADOR TERCERO: Ya casi está preparada. Le falta poco. La tendrás dentro de un rato.

PESCADOR QUINTO: Y ustedes cántenle a la niña mientras lava los trastos.

NEREIDA: Y usted, mientras, echa humo, abuelo.

PESCADOR QUINTO: ¿Y qué quieres que haga yo? La sal de mar está sobre mis cabellos.

NEREIDA: Por eso los tiene tan blancos.

PESCADOR QUINTO: Pero tus manos son como estrellas marinas jugando en el agua.

NEREIDA: De que me dice cosas bonitas, es para que le traiga su café. ¡Vaya manera de expresar que mis manos se ensucian y maltratan lavando trastos!

(El Pescador quinto ríe socarronamente. Nereida sirve café en una taza de barro y la acerca al Pescador. Mientras, los compañeros afinan la guitarra y cantan una canción. Nereida la escucha y va llevando los trastos hacia la cocina lentamente. El Pescador quinto fuma y toma su café. Los demás pescadores que no salieron a disechar la serpiente cantan:)

Paloma blanca, dame un pañuelo
de tus dos alas

para que me hables
cuando me alejo
diciendo adioses
que no son ciertos;
porque aunque lejos de ti me vaya,
siempre regreso...

NEREIDA: Eso se llama cantar. Lo demás son tonterías.

PESCADOR TERCERO: ¿Te ha gustado? La hicimos para ti.

NEREIDA: ¡Mentiroso! Si tú siempre improvisas lo que quieres.

PESCADOR TERCERO: Pero con tu inspiración.

PESCADOR QUINTO: Bien cantado. ¿Ya acabaste de lavar los trastos, niña?

NEREIDA: ¿No lo ve usted?

(Se acerca enjugándose las manos con el delantal. Son aumentando el volumen.)

PESCADOR QUINTO: Que allá vienen los otros, con la serpiente rellena de paja. Ya de antemano le habíamos preparado la piel. Fina y bonita como la tuya.

NEREIDA: Sí, allá vienen, con la sarta de chiquillos detrás.

PESCADOR QUINTO: Es que todos han visto anguilas, pero no serpientes de verdad, con aletas y todo.

NEREIDA: ¿Son tan difíciles de pescar?

PESCADOR QUINTO: Yo nunca había visto una... y mira, ya la sal del mar está sobre mi cabeza.

(Se acercan los pescadores al “Son de la culebra”, tocada por la charanga del pueblo. Los chiquillos danzan alrededor de los pescadores.)

PESCADOR QUINTO: (*Asomándose.*) Y toda la gente baila, y baila alrededor de la serpiente.

NEREIDA: ¡Yo también tengo ganas de bailar!

PESCADOR QUINTO: ¡Qué tienes el diablo metido en el cuerpo!

NEREIDA: Tengo el baile, que es distinto.

(Nereida toma la mano a los pescadores y baila alegremente, junto con ellos. Cuando los pescadores que traen la serpiente entran en el cuarto, Nereida se encuentra agitada, pero los invita con gestos a que dejen la serpiente sobre el suelo y todos bailan alrededor de ella, al son de “La culebra”, que se escucha fuera. Los pescadores han cerrado de puerta al entrar. Termina al poco tiempo la música y Nereida se abanica con el delantal, diciendo:)

NEREIDA: ¡Uy, qué cansada me siento!

PESCADOR QUINTO: ¡Mira que hacerme bailar a mi edad!

PESCADOR CUARTO: Y buen bailarín que es usted. Como que nos da punta y raya a nosotros, que somos tan viejos.

PESCADOR QUINTO: Pues ya no se cuecen al primer hervor.

PESCADOR TERCERO: No; que no estamos diciendo que somos unos chavalillos, pero vamos, en comparación de usted...

NEREIDA: Dejen eso de la edad para mí.

PESCADOR QUINTO: Siempre, todos, te veremos ansinita...

NEREIDA: Mire, tío Toño, para mí usted es mi abuelo y el abuelo del mar.

PESCADOR QUINTO: Y en él he de morir.

PESCADOR CUARTO: Como todos nosotros.

PESCADOR TERCERO: Es el único rival que tienes.

NEREIDA: Pues ustedes no tienen más que a mi marido.

PESCADOR QUINTO: Él también es como un hijo nuestro.

PESCADOR SEGUNDO: Bueno, ahora a clavar la serpiente. ¿La quieres aquí?

(La coloca en la pared.)

NEREIDA: Sí, y con los caracoles debajo.

PESCADOR PRIMERO: ¿Así?

NEREIDA: Así merito.

PESCADOR SEGUNDO: Pues estás servida, niña. Ahora, vamos a dormir un poco, que anochecido está.

LOS PESCADORES: *(Despidiéndose.)* Hasta mañana, si Dios nos da licencia.

PESCADOR QUINTO: *(Besando a Nereida en la frente.)* Que la paz de Dios sea contigo.

NEREIDA: Hasta mañana, pues.

(Salen los pescadores. Nereida entra y cierra la puerta. Luego se acerca a la serpiente y le acaricia las aletas. Escucha el ruido de los caracoles que se acerca al oído. Disco de canto de sirenas.)

NEREIDA: ¡Uy, oigo canto de sirenas! ¿Será fantasía? *(Se acerca de nuevo el caracol.)* No, no es aquí. El canto viene de más lejos... De más lejos...

(Se acerca a la ventana, se acomoda en ella y se queda escuchando, embelesada. Sobre el fondo, la noche pinta de azul el paisaje y las estrellas se encienden, fosforescentes. Un canto melodioso se escucha, a lo lejos.)

NEREIDA: *(Escuchando, excitadísima.)* ¡Sí! ¡Sí... son sirenas, son sirenas...!

(El disco, con la música de las sirenas, continúa hasta el final.)

TELÓN

SEGUNDO ACTO

(El mismo escenario. Nereida se encuentra junto a la ventana. Es de noche y no ha prendido la luz. La luna entra por la ventana; el cielo azul y el mar se ven a lo lejos. Las estrellas brillan en la oscuridad, así como Nereida, que tiene fosforescencias en los brazos y en la cara. Éstas se pueden obtener fácilmente con luz fluorescente. Nereida debe llevar un vestido cuyas mangas puedan levantarse de modo que los brazos se vayan iluminando por la luz fluorescente a medida que los descubre, así como el cuello, su cara, sus pies. Las redes se encuentran tiradas en el suelo y Nereida peina sus cabellos, en los que también hay luces. Después de permanecer varios segundos así, entra José, el marido, que la mira sorprendido:)

JOSÉ: ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué no está encendida la luz? ¡Nereida!

NEREIDA: *(Como si despertara de un sueño.)* ¿Qué? ¿Llamabas?

JOSÉ: ¿Que por qué no está encendida la luz? ¿Qué haces ahí, en la oscuridad?

NEREIDA: Miro el mar.

JOSÉ: *(Acercándose a ella, se frota los ojos.)* Pero, ¿qué veo? ¿Por qué brillas tanto?

NEREIDA: ¿Brillo?

JOSÉ: Como la propia luna. ¿Qué es lo que te pasa?

- ¿Te has ido a bañar y la fosforescencia te ha iluminado?
- NEREIDA: No. No me he ido a bañar, pero el mar vino a mí.
- JOSÉ: ¿Pero qué dices? ¿Estás loca?
- NEREIDA: El mar ha venido a mí.
- JOSÉ: ¡Has perdido la razón! ¡Cómo brillas! Debe ser una enfermedad. Anda, vamos a ver a la tía Lola.
- NEREIDA: ¿A la bruja que está cerca de los Cuatro Caminos?
- JOSÉ: A la misma. Debes estar embrujada. Si no, no brillarías tanto. ¿También brillas así de día?
- NEREIDA: No lo sé.
- JOSÉ: ¿Qué no lo sabes?
- NEREIDA: No. Me gusta sentarme en la oscuridad para verme brillar.
- JOSÉ: Encenderemos la luz.

(Nereida, levantándose rápidamente, le detiene la mano que busca la bombilla.)

- NEREIDA: Por favor, no. ¿Es que no te gusto así?
- JOSÉ: Sí, de gustarme, me gustas siempre.
- NEREIDA: ¿Y entonces?
- JOSÉ: Pero te ves tan rara... *(Se acerca e intenta abrazarla, pero retira las manos como si se quemara.)*
No, no puedo... Es como si abrazara a una sirena.
- NEREIDA: *(Ríe jubilosamente.)* Tonto, soy una sirena.
- JOSÉ: ¿Qué dices?
- NEREIDA: Lo que oyes.
- JOSÉ: *(Tocándola, retira las manos y las vuelve a acercar, miedoso.)* Entonces, ya no eres más la Nereida que yo dejé.

- NEREIDA: No digas tonterías. Sólo que ahora soy una sirena... una sirena que te ama.
- JOSÉ: No eres la misma.
- NEREIDA: Acércate. Ven junto a mí. (*Lo atrae y sus manos luminosas encierran entre sus dedos las manos de José que desean escapar.*) ¡Tardaste mucho tiempo, José!
- JOSÉ: Sólo tres días. Era necesario ganar dinero para ti. ¡Pero te encuentro tan cambiada!
- NEREIDA: Soy la misma. El corazón es el mismo, un corazón enamorado de ti.
- JOSÉ: Ya no hablas igual... Es como si fueras otra. Antes eras mucho más sencilla.
- NEREIDA: Una cambia cuando se encuentra demasiado sola.
- JOSÉ: No puedo abandonar el mar.
- NEREIDA: Lo sé, ahora lo comprendo. Ahora, que soy una sirena.
- JOSÉ: ¡Déjate de bromas!
- NEREIDA: ¿No lo crees? Por eso me paso los días junto a la ventana. Pero al salir el sol, cambio, siento tristeza y deseos de dormir. Es por la noche, por la noche, ¿sabes?; cuando tengo que sentarme junto a la ventana para ver el mar... o paseo en sus playas. Empiezo a tener el deseo de sumergirme en él. Anoche nadé por horas y horas.
- JOSÉ: ¿Y no te cansaste?
- NEREIDA: No. Me sentía como pez. Creo que al pisar las olas, mis pies se transformaron en aletas. Y luego, al salir, siento un cansancio... Me siento mal fuera del agua. Si no hubiera sido por ti...

JOSÉ: ¿Qué habrías hecho?

NEREIDA: Quedarme en el mar. Pero te amo, amo el mar y te amo a ti. Nos pasa a los dos lo mismo, ¿no es verdad?

JOSÉ: Sí, yo también amo al mar. ¿Y desde cuándo te sucede todo esto?

NEREIDA: ¡Oh, desde hace tres días...! Primero escuché el canto melodioso de las sirenas...

JOSÉ: Deliras.

NEREIDA: Es verdad. Cantaban en la noche. Las oí desde aquí, desde mi ventana. El cielo parecía luminoso y la luna tenía la misma forma de tu boca, cuando te ríes. Escuché el canto por varias horas, hasta que ya no pude más y me quedé dormida sobre la ventana. Cuando desperté, el sol me besaba la cara.

JOSÉ: ¿Y luego?

(Acercándose.)

NEREIDA: Luego estuve todo el día ansiosa, deseando que llegara la noche para volver a escuchar el canto. Pero la segunda noche no pasó nada. Sólo la ansiedad de interrogar al mar, y el mar respondió con el canto de sus olas. De nuevo pasé la noche sin dormir. Y esta vez mis ojos contemplaron el sol que iluminó mi ansiedad.

JOSÉ: ¡Qué cosas tan raras dices! Llevo días trabajando por ti, para ti, pensando en ti, y llego para encontrarte convertida en otra mujer... una mujer diferente de la que dejé.

NEREIDA: ¡Déjame contarte! ¡Déjame contarte!

JOSÉ: (*Dando la espalda.*) Cuenta, que te escucho.
 Trataré de comprender.

NEREIDA: Siéntate a mi lado, aquí a mis pies.

(Le coloca la cabeza sobre sus rodillas y le acaricia suavemente los cabellos.)

JOSÉ: Me siento pequeño y te veo en este instante como a una madre que contara cuentos fantásticos.

NEREIDA: Pero lo que te digo es verdad... Te he esperado con angustia, porque eres lo que me retiene sobre la tierra.

JOSÉ: ¡Nereida! (*Se sienta, espantado.*) ¿No será que habrás muerto y estoy viendo tu fantasma? ¿Esas fosforescencias!

NEREIDA: No. No es mi fantasma. Bueno, he muerto en cierta forma. No quieren entender que ya no soy mujer, que soy una sirena, y que poco a poco la transformación se está operando en mí. Dentro de unos días me perderé en el mar para siempre.

JOSÉ: ¿Serías capaz de dejarme?

NEREIDA: Es una fuerza más poderosa que yo. Por las noches, las sirenas me llaman. Óyelas, ¿no las escuchas?

(Se vuelve a oír el canto melodioso, a lo lejos.)

JOSÉ: Yo no oigo nada. Ya tus pies también tienen fosforescencias.

NEREIDA: Y todo mi cuerpo. Mira mis piernas...

(Le enseña sus tobillos luminosos.)

- JOSÉ: ¿Pero es de veras que las sirenas cantan?
- NEREIDA: *(En éxtasis.)* Sí... Tú me oirás cantar a mí antes de partir.
- JOSÉ: Siempre quise ver una sirena... pero no quiero que mi mujer lo sea.
- NEREIDA: Pues lo soy.
- JOSÉ: Todavía no.
- NEREIDA: ¿Ves estas fosforescencias? Es que ya todo el mar está dentro de mí... Y yo... yo estoy dentro del mar, lo llevo conmigo.
- JOSÉ: Cuenta cómo fue.
- NEREIDA: Te estaba contando... pero no sé por qué nos desviamos. La segunda noche no sucedió nada, pero la tercera, o sea la de hoy, empezaron a salir luces de mis dedos. Primero una luz pequeñita como un diamante diminuto, apenas si una chispa. Creí que era una gota de agua que brillaba con la luna, pero al pasar mis dedos sobre mis uñas, la luz se extendió y se extendió hasta que mi mano quedó iluminada. Ahora, más que nunca, las sirenas han cantado, llamándome. ¡Óyelas, óyelas!

(Se levanta ansiosa y se acerca a la ventana. José, conmovido, se pone de pie y trata de alejarla.)

- JOSÉ: ¡No las escuches!
- NEREIDA: ¡Pero me llaman! José, tengo que irme.
- JOSÉ: ¡No te vayas!

NEREIDA: ¿No las ves? ¿No las oyes? Ya no son cantos, son lamentos. ¡Y vuelan por el aire, como pájaros ciegos! Si continúan así, muchas de ellas morirán sobre la playa. Si no voy, mañana amanecerá la playa cubierta de cadáveres de sirenas, ¡y el mar vendrá por mí!

JOSÉ: ¡Qué mueran todas! Cada pescador tendrá su sirena, la sirena que siempre ambicionó. Pero yo... ¡yo quiero a mi mujer! Quizás matándolas todas podré recuperarte...

NEREIDA: José, José, ¡no irás a matarlas!

JOSÉ: Sí, las mataría si las viera.

(Sale corriendo por la puerta, luego se le ve a través de la ventana arrojando pedazos de piedra que retumban en la oscuridad, al perderse en el vacío.)

NEREIDA: ¡José!

JOSÉ: *(Desesperado.)* Es como dar palos de ciego.

(Se oyen los cantos agudos de las sirenas, lamentándose.)

NEREIDA: Óyelas, óyelas, cómo se quejan... pero vienen por mí... ¡Y yo me voy!

(José para de tirar piedras y entra en la casa, cierra la puerta y grita tristemente:)

JOSÉ: ¡No me dejarás!

NEREIDA: *(Viendo que su marido se acerca para cerrar la ventana.)* Déjala abierta. Ya ellas se han retirado.

(Nereida suspira de nuevo y se sienta; obliga a José a que se recline sobre sus rodillas.)

NEREIDA: Cuando ellas se van, me siento de nuevo atada a ti. José, te amo.

JOSÉ: Dime cómo pasó.

NEREIDA: ¿Qué?

JOSÉ: Eso de que quisieras convertirte en sirena.

NEREIDA: Yo no quería. Ni siquiera pensé jamás en ellas. Siempre supuse que eran cuentos de pescadores.

JOSÉ: ¿Entonces?

NEREIDA: No sé... Desde el día que me trajeron la serpiente... José. La marina. Regalo del tío Antón y los muchachos. Mírala está allí, clavada.

JOSÉ: ¿Qué pasó cuando te trajeron la serpiente?

NEREIDA: Por de pronto, nada. Miraba el mar a través de sus aletas, como en neblinas de ópalo; luego la colgaron allí y se fueron. Dijeron que traía suerte.

JOSÉ: ¿Y qué más?

NEREIDA: Cuando los muchachos salieron me coloqué el caracol en el oído y escuché cantos... cantos de sirena. Creí que eran cosas de mi fantasía, pero escuchando bien, el canto venía de más lejos... y acudí a la ventana. Luego... tú ya sabes lo demás.

JOSÉ: ¿Y qué tiene que ver la serpiente?

NEREIDA: Es que por el día, cuando duermo, la sueño. Sueño que la serpiente se acerca a mi oído y me llena con la tentación de convertirme en sirena; veo cómo se descuelga de la pared y llega hasta mi cama, traída por las olas del

mar, y me dice muy quedito: Si te hundes en el mar, serás sirena. ¿Te gustan las sirenas? Óyelas cómo cantan... Y me arrulla con los cantos, hasta que ellos están dentro de mí y mi alma se encuentra en un ensueño. Es como si estuviera despierta y dormida, ¿comprendes? Y luego, cuando despierto, la serpiente está allí, en la pared, como si jamás hubiera bajado, ni hecho nada, y oigo las sirenas de verdad, que me llaman desde la playa. Han intentado llegar hasta aquí, pero no pueden... ¡Si tuvieran alas! Pero al saltar sobre las olas parece que vuelan.

- JOSÉ: Y te llaman, igual que la serpiente.
- NEREIDA: Sí, me llaman, y hoy me han empezado a brotar fosforescencias. José, siento que si no voy al mar hasta la luz de la luna se transformará en fuego y moriré sobre la tierra... como una sirena a la que le faltara el agua.
- JOSÉ: No quiero que mueras. ¡Tú sabes cuánto te amo!
- NEREIDA: Lo sé, y yo también te amo, pero necesito el agua como tú el aire que respiras.
- JOSÉ: Te creo. ¿Cómo haré para salvarte?
- NEREIDA: Quisiera permanecer contigo y no puedo.
- JOSÉ: Podrás. Nunca pensé que una sirena fuera tan difícil de retener. ¿Te sientes morir?
- NEREIDA: Sí. Siento que me falta la respiración.
- JOSÉ: Entonces, yo mismo tendré que echarme en el mar. Todo es preferible a verte en agonía. Pero no me resigno...
- NEREIDA: Es necesario.

JOSÉ: Habrá un modo, ¡un modo! ¡No quiero perderte!
NEREIDA: Pronto, José, que no puedo más.
JOSÉ: Espera, espera un poco, déjame que piense...
NEREIDA: Permíteme acercarme a la ventana. Así (*Se acomoda*) respiro el mar.

(*Abre la boca como si agonizara.*)

JOSÉ: Vamos. (*Triste*) ¡Vamos a llevarte! (*La toma en brazos y está pronto a ganar la puerta, cuando de repente deposita a Nereida sobre el suelo y dice:*)
Ya. Ya lo he pensado. Tonto de mí, ¿cómo no se me ocurrió antes?
NEREIDA: Me voy al mar, José.
JOSÉ: No te irás.

(*Se acerca a la serpiente clavada en la pared.*)

NEREIDA: (*Casi llorando.*) José, ¿qué haces?
JOSÉ: ¿Dices que ella es la que te da tentaciones?
¿Qué esto ocurre desde que la trajeron?
NEREIDA: Sí, pero ¡déjala!, ¡déjala!
JOSÉ: No. Ahora mismo voy a convertirla en una vulgar serpiente terrestre.
NEREIDA: ¡José! ¡José!
JOSÉ: No tengas miedo.

(*Se acerca a la serpiente y la descuelga de un manazo. Afuera el cielo se oscurece y un rayo ilumina el firmamento. Se escuchan ruidos de tempestad.*)

NEREIDA: ¿Ves? ¡Te matará!

JOSÉ: ¡Yo le quitaré las alas! ¡Yo le cortaré las alas!
 ¡No tengas miedo! ¡Se acabará el maleficio!
NEREIDA: ¡Cuidado! ¡Cuidado!

(Afuera los relámpagos y los truenos anuncian la tempestad. José toma la serpiente, le arranca de un tirón las aletas y la arroja por la ventana. Cuando hace esto, un nuevo rayo ilumina el escenario, de tal suerte que se ve la serpiente al ser arrojada.)

JOSÉ: Ya no hay más serpientes marinas. Mírala, mírala, Nereida. Se pierde en la tierra, entre las rocas. Es una vulgar serpiente terrestre. ¡Una vulgar serpiente terrestre!

(Ríe a carcajadas.)

NEREIDA: José...
JOSÉ: Ya no tendrás ninguna tentación, ya no serás una sirena.

La tempestad sigue iluminando el cielo con varios relámpagos. José abraza a Nereida, y baja el...

TELÓN

(FIN DEL ACTO SEGUNDO)

TERCER ACTO

Nereida aparece pálida y recostada sobre una silla de lona, con toda la apariencia de una convaleciente. Todavía de vez en cuando peina sus cabellos con el mismo gesto atractivo de cuando era sirena.

Al levantarse el telón, aparece sola. Luego por la puerta principal entra el tío Antonio. Trae en la mano un manojó de pescados.

- ANTONIO: Mira lo que te traigo.
NEREIDA: (*Distraída.*) Sí, es un bonito obsequio.
ANTONIO: Te haremos una buena sopa. ¡Qué susto nos has dado, criatura!
NEREIDA: Estuve muy enferma.
ANTONIO: Un mes lo menos. Creíamos que te morías.
NEREIDA: Pues ya ve que no.
ANTONIO: ¿Y José?
NEREIDA: Por ahí anda, afuera.
ANTONIO: ¡El susto que ha pasado el hombre! Creía que se quedaba viudo. Mientras tú delirabas, él no sé qué cuentos me hizo con la serpiente que te regalamos. Que si querías volverte sirena, que si...
NEREIDA: ¡Silencio! ¡No hable usted tan alto!
ANTONIO: ¿Pero tú también?
NEREIDA: No me recuerde esas cosas...

(El tío Antonio pone los pescados sobre la mesa y se sienta junto a la muchacha.)

- ANTONIO: Vamos, ahora que estás bien, ¿podrías explicarme?
NEREIDA: No haga usted caso, tío Antonio, ¿podría usted contarme una leyenda, así, en la misma forma que cuando era niña?
ANTONIO: Si eso te alegra...
NEREIDA: Muchísimo.
ANTONIO: ¿Qué clase de leyenda quieres que te cuente?
NEREIDA: Algo así como de sirenas. ¿Las ha visto usted?
ANTONIO: ¿Volvemos a lo mismo? Estoy harto de sirenas.

- NEREIDA: No es verdad. Siempre le gustaron esos cuentos... Y yo creo que eran mentiras. Ni una solita ha sido presenciada por usted.
- ANTONIO: ¡Eso sí que no! A mí nadie me llama mentiroso.
- NEREIDA: Pues yo se lo digo a usted.
- ANTONIO: No lo voy a permitir. ¡Venirme a mí con esas cosas! ¡Mira que tiene gracia! ¡A mí que me he pasado la vida en el mar!
- NEREIDA: ¡Cuentos, puros cuentos!
- ANTONIO: Que bien se conoce que tú no has estado nunca sobre las olas, como Jesucristo. Yo me he pasado la vida con los pies dentro del agua. ¡Con decirte que me envidian hasta los peces!
- NEREIDA: ¡Presumido!
- ANTONIO: ¡Y que conozco el mar! He visto sirenas con mis propios ojos. Las he visto con mis propios ojos. ¡Las he visto!
- NEREIDA: ¡Apuesto a que no es verdad!
- ANTONIO: Que las he visto, digo. Tú no estuviste, como yo, espiándolas en la garganta del ahorcado.
- NEREIDA: ¿Dónde queda eso?
- ANTONIO: ¿Ves? Pero si ni siquiera conoces el mar por sus orillas. Así se llaman a unas rocas que están al oeste del pueblo. Una de ellas semeja la garganta de un cristiano. Parece que ahí se mató un hombre y de esto les viene el bautizo. Se mató por espiar a las sirenas. De pronto, al estarlas viendo, quedó tan embobado, que perdió el equilibrio y cayó.
- NEREIDA: ¿Y lo encontraron muerto?
- ANTONIO: ¡Jamás! Desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Dicen que por las noches

se aparece y aúlla, como lobo. Es que quiere imitar cierto canto pero no puede.

NEREIDA: Pero usted... las vio y no ha muerto.

ANTONIO: Precavido que soy. Me amarré alrededor del cuerpo y junto a las rocas... ¡por si quedaba embobado!

NEREIDA: (*Riendo.*) ¡Hombre precavido!

ANTONIO: La experiencia, ¡la experiencia!

NEREIDA: Y diga, ¿las vio usted?

ANTONIO: ¡Ya lo creo! En la garganta del ahorcado, hay muchos peces bobos, cientos de cientos. Creo que todos se dan cita en dicho lugar, allá por el mes de marzo.

NEREIDA: Será la época de celo.

ANTONIO: ¡Qué sé yo! Pero nunca vuelven a juntarse tantos. Bien, pues una noche clara, como te digo, me amarré una cuerda a la cintura y esperé con los ojos abiertos; como a la media noche se acercó una mujer morena y hermosa, con los cabellos sueltos, igual que tú. Llevaba en la mano una bandeja de plata sobre la que relucía un bobo de oro puro. Vi cómo brillaba el metal en la oscuridad; era como si el sol se estremeciera sobre las olas.

NEREIDA: ¿Era hermosa la mujer?

ANTONIO: Como tú. La mujer se metió en el agua hasta que le dio el agua sobre los pechos desnudos. El bobo entonces cobró vida por un instante y se transformó en un bobo gigantesco. De un solo bocado engulló a la mujer que salió convertida en sirena. Era la hija de ambos. Por eso es que la sirena tiene mitad de pez y mitad de

hembra. Sobre el mar muchos bobos pequeñitos nacieron...

NEREIDA: ¿Y el bobo de oro?

ANTONIO: (*Muy serio.*) Se licuó en el mar. Por eso la playa oeste, tiene una arena mezclada con partículas de ese metal. Es el bobo, desintegrado, que intentan volver a solidificarse. Una vez cuando hizo aire, un pedacito se me metió en mis ojos. ¡No te imaginas! ¡Lloré toda la noche! ¡Era el bobo que lloraba en mí! Fue hasta que me lavé con agua del mar que los ojos se desinfectaron.

NEREIDA: Allí viene Pedro. Le aseguro, Antonio, que él sabe leyendas más bonitas que las que usted me ha contado.

ANTONIO: Él sabrá leyendas, ¡yo te digo la verdad!

NEREIDA: Pedro, ¿cómo estás?

(*Entra el Pescador segundo trayendo un puñado de conchas que arroja sobre la falda de Nereida.*)

PEDRO: (*Pescador segundo.*) Bien, ¿y tú? ¡Qué pálida te veo!

NEREIDA: Dice José que tengo el mismo color que la laguna de acero durante la época de lluvias.

PEDRO: ¿Cuando está el cielo gris?

NEREIDA: Y el agua.

PEDRO: Tú estás pálida como las perlas; pero siempre hermosa.

NEREIDA: ¿Ya oíste al tío Antonio? Ha contado cosas... ¡Imagínate, de sirenas!

PEDRO: ¡Ya, ya!

ANTONIO: Puritita verdá. Lo que tú digas son invenciones.

- PEDRO: Usté es más viejo que yo y ha visto menos.
- ANTONIO: No digas tonterías. ¡Si tú eres capaz de ver volar las estrellas por tus narices sin notarlos!
- NEREIDA: A ver, yo seré la que decida cuál historia es la mejor. Porque también tú has visto sirenas, ¿verdad, Pedro?
- PEDRO: De carne y hueso, nomás.
- NEREIDA: Cuenta, cuenta...
- ANTONIO: Si es mentira te doy unos moquetes...
- PEDRO: Ya oiremos lo que usted cuenta.
- NEREIDA: Te escucho.
- PEDRO: *(Toma también asiento y dice:)* Fue en los mares de Baja California. Es decir, en el Pacífico. Era yo entonces pescador de perlas. Nos metíamos en el mar desnudos y con el cuchillo entre los labios por si teníamos un mal encuentro.
- ANTONIO: Tú... ¡pescador de perlas!
- PEDRO: Y a mucha honra. Ya ve usted, abuelo, conozco el mar mejor de lo que se creía. Usted lo conoce en la superficie y en uno que otro naufragio. Yo he bajado hasta sus profundidades.
- NEREIDA: No te detengas.
- PEDRO: Pues como te decía, entrábamos en el mar y era nadar y nadar en las profundidades hasta descubrir las ostras. Aquella mañana, muy temprano, dos compañeros y yo nos dedicábamos al buceo. De pronto nos quedamos deslumbrados. Frente a nosotros había algo como un pez luminoso. De pronto creímos que era un monstruo marino, pero al dar la vuelta vimos la cara de una mujer muy bella que nos sonreía. Los tres nos lanzábamos sobre ella, para aprisionarla; pero el Jaibito,

que así lo llamábamos, a nuestro compañero más joven, fue el que la asió por la cola. Ella lloró de dolor. El Huachinango, que así le llamábamos al otro muchacho, vio cómo de los ojos de la sirena se desprendían perlas enormes, sartas de perlas. Se arrojó sobre ellas para aprisionarlas y sintió de pronto que el peso de la sirena y del Jaibito se le echaban encima, impidiéndole nadar. Yo quise alcanzarlos para ver y prestarles ayuda, pero en menos que uno lanza un suspiro, desaparecieron ambos en la profundidad. ¡Como cosa de encantamiento! Ni sirena ni hombres. Cerca de mí unas cuantas perlas flotaban como burbujas de espuma rosada... pero no las cogí, me entró miedo y no era para menos. Desde entonces todos los pescadores que cruzan esta parte del mar oyen por las noches los llamados de la sirena encantada. Si alguna vez una embarcación se acerca, el agua forma remolino y se traga a los hombres. Esto fue lo que me hizo ya nunca buscar perlas. Ahora, más pobremente me dedico a recoger pescado.

- ANTONIO: (Irónico.) ¡Así que despreciaste una fortuna!
- PEDRO: ¡A lo mejor no lo era! Ave María Purísima con el maligno. Desde aquellos tiempos tengo para mí que las sirenas son la presencia de Luzbel en el mar. No son peces ni son mujeres.
- NEREIDA: No, no son peces...
- PEDRO: Pero dime... José nos ha platicado que te estabas convirtiendo en sirena.
- ANTONIO: Cállate, Pedro. A la niña le hace mal hablar de eso.
- PEDRO: Sólo quiero saber una cosa. ¿Qué sentías?
- NEREIDA: (Mirando hacia la puerta.) Ahí viene mi marido.

- ANTONIO: (Volviéndose.) No, es Pitacio.
- PITACIO: (Pescador tercero.) ¿Qué tal, Nereida?
- NEREIDA: Bien. Llegas a tiempo para el concurso.
- PITACIO: ¿Qué concurso?
- ANTONIO: El de las leyendas de sirenas.
- NEREIDA: ¿Sabes tú alguna?
- PITACIO: La he visto con mis propios ojos.
- ANTONIO: ¡Embustero!
- PEDRO: ¡No es verdad!
- PITACIO: Por ésta. (Besando su mano en señal de la cruz.)
- NEREIDA: Cuenta...
- PITACIO: Como que tienes recuerdos de algo...
- NEREIDA: No importan mis recuerdos. ¿Cómo que las viste?
- PITACIO: Era una noche lluviosa. Los peces no picaban. ¡Dos días llevaba en el mar, y como si tal cosa! La barca no tenía más pescado que mi persona, que estaba convertida en charal.
- NEREIDA: ¡Qué tristeza!
- PITACIO: Pasaban las horas y yo seguía más pensativo. No había ni qué mirar en el cielo. La noche estaba oscura y las estrellas escondidas. ¡Figúrate tú!
- ANTONIO: Me lo figuro.
- PITACIO: Que me lleve el diablo si pica una sirena, exclamé y mal había este voto, cuando el chinchorro se estremeció. Lo levantamos entre todos porque parecía que estaba lleno de peces grandes. Cuando lo sacamos no vimos más que uno enorme. Era una sirena y su cola gigantesca batía como el huracán rompiendo el chinchorro. Al fin logró evadirse, pero le

- lancé el anzuelo y logré engancharla por los cabellos... ¡y aquí pasó lo increíble!
- ANTONIO: ¡Todo es increíble!
- PEDRO: ¿Qué pasó?
- NEREIDA: Te apuesto a que se te escapó de las manos.
- PITACIO: Completamente. Pues como te iba diciendo, la enganché por los cabellos por cada manojo de cabellos se convirtió en peces y cuando saqué el anzuelo, pendía de la punta un rosario con pescaditos.
- ANTONIO: (*Con sorna.*) Debió ser el collar de la sirena.
- PEDRO: O los hijos de la sirena.
- PITACIO: No, eran los cabellos. Por eso resultaron tantos y tantos peces. Ya no cabían en mi barca; pero los pescadores espantados, los echamos de nuevo al mar.
- NEREIDA: ¿Cuántos peces fueron?
- PITACIO: No los contamos. Parecía que el rosario no terminaría nunca. Dejaron de salir cuando apareció el sol. Ya bien amanecido nos perseguió y volvimos a la orilla, con la barca vacía.
- NEREIDA: ¡Qué lástima! Debiste haber guardado uno de recuerdo.
- PITACIO: Pero tuve miedo, de verdad.
- NEREIDA: ¡Por qué las historias siempre son distintas! Ni uno solo de ustedes ha visto una sirena del mismo modo.
- ANTONIO: Es que las sirenas son caprichosas.
- PITACIO: Y casi siempre causan desgracia.
- NEREIDA: No lo creo. Ellas deben enamorarse de los pescadores.

ANTONIO: Dicen que sólo se aparecen al pescador del que se enamoran. Esa es la causa por la que, si el pescador se deslumbra por su belleza casi siempre desaparece.

PITACIO: Sí, se lo traga el mar.

PEDRO: ¿Quieres otro cuento?

NEREIDA: Me gustan tanto...

ANTONIO: Pues verás...

NEREIDA: (*Mirando hacia la puerta.*) Silencio, porque ahora sí viene mi marido.

(*Todos guardan compostura y silencio. Nereida se peina displicentemente los cabellos.*)

JOSÉ: (*Con gesto hosco.*) ¿De qué están hablando?

ANTONIO: De nada. Tonterías.

PEDRO: Es para entretener a la niña.

JOSÉ: ¿No le habrán traído otro obsequio, de esos malignos?

NEREIDA: Calla, José.

ANTONIO: ¿Cómo íbamos a saber nosotros, José?

JOSÉ: Ahora, en el pueblo, dicen que Nereida está loca.

PEDRO: ¿Quién lo dice?

JOSÉ: Todo el pueblo.

NEREIDA: A lo mejor lo estoy.

JOSÉ: También debo estarlo yo, que vi cómo, por obra de Luzbel la serpiente cobraba vida y desaparecía, ondulante, entre las rocas, convertida en serpiente terrestre.

PEDRO: ¿Tú la viste?

JOSÉ: Con estos ojos que se han de comer los gusanos.

NEREIDA: Yo también la vi.

- ANTONIO: Ave María Purísima.
JOSÉ: Hubo una gran tempestad y Nereida ya no tuvo fosforescencias, pero cayó desmayada. Cuando la levanté tenía una fiebre muy alta. Desde entonces no puede caminar.
ANTONIO: Cortaste muy bruscamente el maleficio.
JOSÉ: Ahora, que medito, creo que tiene razón. Todo se debe a que sobre el suelo quedaron tiradas las aletas.
ANTONIO: Son las aletas del maligno.
PEDRO: Qué, ¿no las tiraste?
JOSÉ: No, aquí están...
NEREIDA: (*Aterrorizada.*) ¡José...!
JOSÉ: No tengas miedo, mujer. He hablado ya con la tía Lola y las arrojaremos al mar, exactamente donde el camino está a los Cuatro Vientos.

(Saca las aletas de una caja de concha y las enseña a todos. Los pescadores se persignan y miran a través de ellas.)

- PESCADOR UNO: Son hermosas, ¿verdad?
NEREIDA: ¡Muy hermosas!

(Mientras los hombres miran. Nereida tararea una canción. El tío Antoño hace que, discretamente, José haga un aparte.)

- ANTONIO: ¿Has meditado bien lo que haces al acudir a la tía Lola?
JOSÉ: ¡Ya lo creo!
ANTONIO: (*Lo mira largamente.*) Es malo tratar con el maligno.
JOSÉ: No es con el maligno, es con Dios.

(Los otros pescadores, mientras tanto, examinan las aletas y externan diversas exclamaciones:)

UNO: Dámelas...

OTRO: Déjamelas ver...

OTRO: ¡Qué hermosas son!

NEREIDA: José, no quiero ver a la tía Lola...

JOSÉ: *(Rápidamente.)* Es por tu bien, sólo por tu bien...

NEREIDA: José, tengo miedo...

JOSÉ: *(Imperativo.)* Yo también... pero de que sigas como estás. Desde que te enfermaste no puedo sentir tu presencia en carne viva... Ahora es como un cacto cubierto de espinas, como una ola movable... *(Dirigiéndose a los pescadores.)* Anden, vayan por la tía Lola, pronto. *(Los pescadores salen y dejan las aletas de la serpiente en las manos de José. Tío Antonio también se dispone a salir pero José lo detiene.)* No, usted no que es como nuestro padre. Quédese con nosotros. *(Luego, meditando.)* Antes, tío Antoño, Nereida era como un fruto abierto para mí, como las granadas que se deshacen en jugo vivo *(A ella.)* Y me corrías, como ellas en la época de estío, toda en rojo, por las manos y por los labios y por los párpados cerrados, como mis lágrimas y como mi sangre...

ANTONIO: *(Tratando de consolarlo, se acerca.)* Muchacho... *(Luego, meditabundo.)* No hay que tentar la cólera de Dios. ¿No crees que existe un serio peligro al acudir a los cuatro caminos para alejar el maleficio? Convertirás a Nereida en una

mujer fatal, o sea una sirena fracasada o a lo mejor muere...

JOSÉ: (Ríe.) ¿Sirena fracasada, qué es eso?

ANTONIO: Una mujer de esas o se las abandona o se les mata, porque nos hacen la vida imposible.

JOSÉ: (Pensativo.) Mujer fatal...

(Ríe nerviosamente.)

(Nereida que ha aparecido despreocupada, pero que en realidad ha estado escuchando la conversación, habla en son de protesta:)

NEREIDA: Aunque me costara la vida, quiero volver a caminar...

ANTONIO: ¡Niña!

NEREIDA: Solo que no me gusta la tía Lola...

JOSÉ: Yo estoy dispuesto a todo con tal de que te alivies.

NEREIDA: ...Allí viene, allí viene...

BRUJA: La paz de Dios sea con ustedes... Todo está listo, hijo mío, todo está listo...

(Detrás de ella aparecen todos los pescadores.)

JOSÉ: Entonces, vamos...

(La habitación queda a media luz, y la Bruja, muy solemnemente encabeza la procesión. Es seguida por José con Nereida en brazos, por los pescadores y por el tío Antoño. Se hace la oscuridad por un segundo para dar tiempo a levantar el telón con la casa, y que quede únicamente visible con el fondo del mar. Cuando se vuelve a hacer la media luz se supone que ya es de noche o de madrugada, la Bruja dice:)

BRUJA: Por aquí... por aquí...
JOSÉ: ¿Quieres que te siente junto a las rocas?
NEREIDA: Sí.

(José camina con ella en los brazos y la deposita amorosamente sobre el suelo, junto a las rocas figuradas en el telón del fondo, pero que quedarán a un lado del escenario, si es posible de bulto, para que Nereida quede frente al espectador. Los pescadores se persignan.)

BRUJA: ¿Trajiste el copal?
PESCADOR: Sí, aquí lo tiene usted, tía Lola.
BRUJA: *(A otro pescador.)* ¿Y las yerbas que te encargué que recogieras del campo?
PESCADOR: Desde amanecido que me lancé por esos campos de Dios para traérselas a usted. Fue difícil encontrarlas, pero aquí las tiene.
BRUJA: *(Observando las yerbas.)* ¡Tonto, so tonto! ¡No son éstas!
PESCADOR: *(Consternado.)* Entonces... ¿No podrá usted invocar al Padre de los Cuatro Vientos?
BRUJA: Pensando en tu tontería me levanté yo misma y aquí traigo las yerbas. *(Saca éstas de una bolsa de trapo que lleva cosida a las faldas.)* ¿José, cortaste el rizo de los cabellos de Nereida?
JOSÉ: Sí, tía Lola. Aquí lo tiene usted.
BRUJA: ¿Y trajiste las aletas de la serpiente?
JOSÉ: ¡Aquí están, sobre mi pecho!

(Saca de la camisa las aletas. Todos los pescadores se persignan de nuevo.)

BRUJA: Trae aquí a Nereida. Colócala frente al mar.

JOSÉ: Tía Lola...

BRUJA: No tengas miedo. ¡Vamos! ¡Vamos!

(José toma a Nereida en sus brazos y la coloca frente al mar.)

BRUJA: Ya está... ¡Ahora quemaremos el copal y la palma! A ver, Antoño, dame un cerillo...

(El canto melodioso de las sirenas se escuchan. Todos los pescadores vuelven la cabeza asombrados y se miran unos a otros, diciendo en diferentes tonos:)

PESCADORES: ¡Canto de sirenas! ¡Canto de sirenas!

JOSÉ: *(Acercándose a su esposa.)* ¡Nereida! ¡Nereida!
¿Las oyes?

NEREIDA: *(Se levanta como alucinada.)* ¡Me llaman! ¡Me llaman otra vez! ¡Míralas como brillan en la noche! Sus colas son semejantes a peces multicolores, y sus cabellos destrenzados ondean al viento como banderas de combate. Sus cuerpos están hechos de perlas, parecen joyas en la oscuridad. Yo también siento el canto del mar en mi garganta. ¿Sabes, José? Ese canto está hecho de ola y viento... Por eso es tan maravilloso... Ola y viento...

(Camina despacio, pero José, repuesto de su estupor, le cierra el paso.)

JOSÉ: No te irás. Me perteneces porque eres carne de mi carne. Estamos ligados como la arena y el mar.

NEREIDA: Me llaman, José.

(El canto de las sirenas se oye más fuerte.)

JOSÉ: También te llamo yo. Ah, no vacilo en invocar al Diablo y a Dios a desafiar el destino por ti, y ahora quieres irte...

NEREIDA: *(Como si volviera de un sueño.)* José... puedo caminar, estoy de pie... ¿Cómo ha sido? *(Viendo la cara triste de su esposo.)* ¿Pero, qué es lo que te pasa? Debías de estar alegre al ver cómo camino. ¡Llevo tantos días de no poderme poner en pie! Es maravilloso sentir de nuevo los pies firmes sobre la tierra... Firmes...

JOSÉ: *(Intentando sonreír.)* Bailaremos de nuevo...

NEREIDA: Como antes, ¿te acuerdas?

(Lo besa con amor.)

JOSÉ: *(A la Bruja.)* Pronto, doña Lola, pronto, ahora que todo está en silencio.

BRUJA: Ya voy. Ya voy. Ya está encendido el copal y la palma. Ahora prenderé las ramas... *(Enciende éstas. Con los brazos en alto ordena a Nereida.)* Siéntate aquí, frente al mar. *(Nereida obedece.)* ¡Todos de rodillas! ¡Todos de rodillas!

(Se hincan los pescadores. La Bruja parada frente al mar, con los brazos en alto y la palma bendita en la otra mano, grita:)

BRUJA: ¡Padre de todos los cielos
que recorres los caminos del mundo,

lleva entre tus manos mi voz
y conjura al que hizo daño a esta hermana!

Padre de todos los cielos,
devuelve a su ánima doliente
la salud, quitándosela al que se la llevó.
Padre de todos los cielos.

(El lamento de las sirenas se escucha durante toda la oración. Al principio, fuerte; a medida que la oración avanza va disminuyendo hasta que vuelve a reinar el silencio. La Bruja dice entonces:)

BRUJA: Habrá que decir tres veces: Padre de todos los cielos. *(Los pescadores la acompañan.)*

(Mientras esto dice la Bruja, hace en el aire la señal de la cruz con la palma bendita o con las manos. Los pescadores se persignan.)

PESCADOR PRIMERO: Ya no se oye el canto. *(Sonríe.)*

(La Bruja con las ramas humeantes hace la señal de la cruz sobre el cuerpo de Nereida.)

BRUJA: Ahora las aletas. Quemaré las aletas, pero todos tendrán que repetir conmigo la oración. *(Hace además de encender las aletas, y acercándose despacio al mar dice:)*
Por las estrellas del mar,
por la rosa de los vientos,
por el rocío mañanero,
y por todos los luceros,
que olvide la niña el mar

que la serpiente no vuelva
su corazón a turbar.

(Los pescadores repiten estos dos últimos versos. La Bruja deposita las cenizas de las aletas en su recipiente.)

JOSÉ: Tía Lola...

BRUJA: Silencio, que arrojaré las cenizas a los cuatro vientos y el agua salubre para que se pierdan en lo infinito. *(Se acerca cabalística a la orilla del mar y dice como si cantara:)*

En el viento y en el mar,
tus cenizas quedarán
arena y viento perdidos
estrella y agua serán
en la esencia del olvido.
¡Arena y viento perdidos!

(Diciendo ésto arroja las cenizas al mar.)

BRUJA: *(Haciendo la señal de la cruz sobre Nereida)* Por la señal de la santa cruz, que son los puntos cardinales del Padre de Todos los Cielos, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo arrojen de tu cuerpo para siempre el maleficio que vuelvas a ser la mujer de antes, sencilla de corazón y limpia de pecado insatisfecho. *(Haciendo la señal de la cruz:)*

Por la Virgen María
por el Niño Jesús

que tu Espíritu Santo
arroje a Belcebú...

(Termina la oración, la Bruja se emboza en su chal y los hombres, llevando en alto las palmas benditas, la siguen. La Bruja con los brazos elevados, avanza casi cantando:)

BRUJA: ¡Padre de todos los cielos! *(Los pescadores le hacen segunda. La procesión sigue avanzando, pero de repente un viento huracanado sacude a todos. La escena se oscurece otro poco para dejar visibles ráfagas de luz.)*

(El huracán mantiene a todos en estupor. Se oye el canto de las sirenas cada vez más fuerte. De pronto, de entre la semioscuridad, como brotadas del fondo del mar, aparecen varias sirenas, visibles por las ráfagas; sirenas que hacen señas, con ademanes ondulantes, llamado a Nereida. Ésta, que casi ha quedado al final de la procesión, se siente como iluminada, [debe ser enfocada por un reflector], y avanza circundada por luz verde. De nuevo brillan sus cabellos por fosforescencia. Sólo a la luz de las ráfagas brillantes puede verse a los pescadores parados en seco, a un lado del escenario. Sobre el canto de las sirenas se escucha la voz de:)

JOSÉ: ¡Nereida! ¡Nereida!

(Pero Nereida avanza como en un trance y empieza a desaparecer en el mar. Es entonces cuando José grita con más fuerza:)

JOSÉ: *(Lleno de una gran angustia.)* ¡Nereida!

ANTONIO: No la detengas. Es una mujer ideal, siempre se pierde, nunca se alcanza...

(José, sin hacerle caso, avanza con los brazos extendidos, pero al llegar hasta lo que se supone es la orilla del mar, al fondo del escenario, Nereida desaparece por completo, mirándose en el círculo de luz sólo a José, con los brazos extendidos, en ademán desesperado, apareciendo completamente solo a la orilla del mar. Todo el escenario está en sombras. Poco a poco José se va hincando sobre la arena, con un gesto de dolor, hasta que su cuerpo y sus manos se crispan sobre la playa vacía. Ante sí ya no hay sirenas, ni Nereida, solo el mar y el cielo. La música de las sirenas tampoco se escucha, oyéndose en su lugar una música dulce y cadenciosa [desde que Nereida empieza a ir hacia el mar el huracán cesa]. La música puede ser la de la “Llorona” u otra canción cadenciosa semejante. En un lado del escenario, donde han quedado los pescadores y la Bruja envueltos en la oscuridad, surge la voz potente de la tía Lola, a la que no se la ve:)

BRUJA: Por la rosa de los vientos
 y por la orilla del mar
 perdióse mi pensamiento...

(El telón baja ni muy rápido ni muy lento, con el fin de que estos versos puedan decirse, pero debe bajar completamente en el último verso, de tal suerte que se escuche sólo: “perdióse mi pensamiento”; como una voz lejana y bella de la noche.)

TELÓN

Gabriela Ynclán. Profesora de Lengua y Literatura Españolas. Egresada de la Escuela Normal Superior de México (1984) y de la Escuela de Escritores de México de la SOGEM (1991). Ganadora del IV Concurso Nacional de Escritores de Teatro, SOGEM (1992), con la obra *Coreografía*. Premio de Cuento Mexicano y Chicano “Culturas en contacto” (1988), Colegio de México/Colegio de la Frontera Norte/Instituto Nacional de Bellas Artes. Ha escrito más de 40 obras de teatro y dos espectáculos poéticos. Está incluida en 17 antologías de teatro. Sus obras han sido montadas en diferentes estados del país, en la Ciudad de México y en Francia, con un total de 43 montajes. Promotora cultural: organizadora de la Bienal de Dramaturgas Latinoamericanas (2000) junto con la SOGEM, Bellas Artes y la Universidad Nacional Autónoma de México, así como coordinadora del Encuentro Nacional de Dramaturgas.

DRAMATURGAS MEXICANAS DEL SIGLO XX TOMO I

La obra compila ocho textos de dramaturgas de la comedia mexicana del siglo xx (1920 a 1950). Ellas son las escritoras de teatro más destacadas en nuestro país y cuyas obras ponen de manifiesto la visión de las mujeres de la clase media y las diferentes formas de escribir teatro en su época. Actualmente, muchas de estas obras, si no es que todas, no se consiguen, y es importante no solo para la historia del teatro, sino para la historia de México, que se den a conocer y que el lector ubique el contexto social e histórico en que se escribieron. De ahí que cada obra lleva una breve ficha en donde se menciona la época y los datos de cada autora.

SDC

